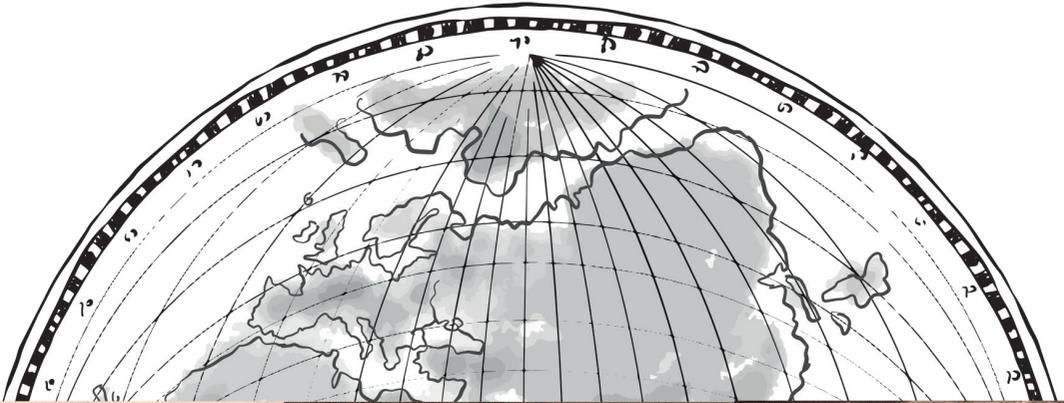


MANUEL DELGADO CARRASCO

AL PASO DE MI VIDA



Al paso de mi vida

Autobiografía de Manuel Delgado Carrasco

Manuel Delgado Carrasco

In memoriam

© De la presente edición:
Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz

© Manuel Delgado Carrasco

Edita:
Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz
Avenida 4 de Diciembre de 1977, n. 12. 11071 Cádiz
publicaciones@dipucadiz.es

Diseño y maquetación: Arantxa Morales
www.arantxamoraes.com

Ilustración contraportada: Arantxa Morales

Imprime: Global Ingraphi, S.L.
ISBN: 978-84-1312-077-5

Depósito legal: CA 233-2022
Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

Capítulo I: La infancia	11
Capítulo II: La escuela.....	19
Capítulo III: Aventuras gaditanas	21
Capítulo IV: El cortejo	27
Capítulo V: Enseñar y aprender	31
Capítulo VI: La República	35
Capítulo VII: La Guerra Civil.....	39
Capítulo VIII: El Campo de refugiados en Francia	53
Capítulo IX: La Legión Extranjera.....	57
Capítulo X: Europa, un voluntario camino de Noruega.....	65
Capítulo XI: Inglaterra	75
Capítulo XII: La vida tras la II Guerra Mundial	83
Capítulo XIII: Volver a España	89
Capítulo XIV: Mi ascendencia, reflexión final	93
Album Familiar	97

Saluda de la presidenta

Hace ya algún tiempo, en una conversación con Luis Romero Acedo, exalcalde de Alcalá de los Gazules, me comprometí a publicar la autobiografía de Manuel Delgado Carrasco, un hombre que, como tantos otros, se sintió empujado en 1939 a abandonar España para salvar su vida temiendo las represalias de una dictadura recién instaurada.

En este documento, Manuel nos transfiere sus vivencias desde que era un niño en Alcalá, su numerosa familia, las estrecheces económicas en las que vivían, la dificultad y también su empeño por aprender a leer y escribir, su visión idealista del mundo, su etapa como maestro rural, las tradiciones, el cortejo... Hasta llegar a los movimientos obreros de la II República; las vicisitudes por las que pasó como secretario de CNT, las detenciones y represalias. Luego narra los horrores de la guerra civil española, viajando por unos momentos terribles y únicos en la historia del pasado siglo, su periplo por pueblos andaluces, por pueblos del Levante español y por Cataluña hasta que la batalla del Ebro llegó a su fin y con ella se inicia la retirada de las tropas republicanas hacia aquellos campos de internamiento franceses junto a más de 550.000 españoles que en condiciones inhumanas, en campos de concentración improvisados, construidos a toda prisa cerca de la frontera con España, acogía a los derrotados que habían defendido al legítimo gobierno español vencido por un golpe de Estado. Muchos españoles perecieron de desnutrición, frío y enfermedades diversas en estos internamientos.

Desde aquellos campos, y ante tanta muerte, Manuel solicita ser reclutado en la llamada *Légion Étrangère* francesa. El gobierno francés había optado por incorporar como voluntarios, para formar parte de la Legión extranjera, a los españoles de los campos de concentración ante la amenaza de expansión de los alemanes. Fueron al menos unos 6.000 españoles los que formaron parte de la Legión.

La vida no fue fácil tampoco para Manuel, que firmó un contrato por cinco años y fue embarcado rumbo a Argelia para integrarse en los nuevos regimientos de infantería.

De allí volvería a Francia, Bélgica, Noruega e Inglaterra, viviendo en permanente tensión, luchando y sufriendo en los frentes más importantes de la Segunda Guerra Mundial, hasta llegar, por último, a ser miembro de la Inteligencia Británica.

Hago este somero repaso de una vida que Manuel nos cuenta con muchos e interesantes detalles, porque es importante comprender y apoyar a aquellos que vivieron años tan injustos y despiadados y que nos dejan fragmentos de su memoria para que no olvidemos.

Admiro esa fortaleza de quien supo adaptarse a tantos retos como la vida le puso por delante; me emociona que su historia, partiendo de una infancia en el pueblo gaditano de Alcalá, al que tanto quiso, le llevara, acabada la II Guerra Mundial a casarse y vivir en Inglaterra, su patria de acogida, hasta que pudo pisar con emoción el suelo español, abrazar a los hermanos que le quedaban y volver a la plaza del pueblo, aunque solo fuera por vacaciones.

Es una pequeña muestra de la memoria de un hombre, que queremos dignificar, después de tantas falsedades impuestas en la dictadura. Queremos que sea una razón más de nuestro compromiso con la libertad y el respeto a quienes no tuvieron oportunidad de expresar sus ideas y su periplo vital en los años difíciles.

Irene García Macías

Presidenta de la Diputación de Cádiz.

Prólogo

A mediados de la década de los años 70, cuando empezaba a vislumbrarse el final de la dictadura franquista, los supervivientes protagonistas de aquella historia silenciada durante demasiado tiempo, fueron aparcando el miedo, y sus testimonios sobre los hechos acaecidos en el golpe de estado de 1936, guerra y postguerra, fueron saliendo a la luz. De mis conversaciones con algunos de ellos, tuve por primera vez conocimiento sobre la vida y hechos de Manuel Delgado Carrasco.

Mi conocimiento y al mismo tiempo admiración por Manuel se fue acrecentando con el tiempo, principalmente por los relatos que sobre él, con gran entusiasmo, me hacía su hermana Josefa, gran amiga de la familia.

Al establecerse la democracia en España, nunca faltaba a la cita de visitar Alcalá, su pueblo que tanto añoraba. Siempre nos encontrábamos y no podía faltar el conversar sobre los temas que nos apasionaban. En cada uno de los encuentros se acrecentaba mi convicción de la gran calidad humana que atesoraba, de su gran inteligencia y de la coherencia que siempre exhibió a lo largo de su existencia. Desde nuestro primer encuentro, una relación de amistad sincera ha perdurado durante toda la vida.

El distanciamiento geográfico, vivía en Inglaterra, hacía que nuestro contacto epistolar fuera frecuente, y cada año Manuel Delgado esperaba con ilusión la llegada del libro publicado por el Ayuntamiento de Alcalá de los Gazules *Apuntes Históricos* cuya lectura se le hacía imprescindible para mantener el vínculo con la historia, artículos, pregones, etc., del pueblo al que siempre amó, tuvo en su pensamiento, y nunca habría tenido que abandonar.

Pronto Manuel Delgado empezó a colaborar con el libro *Apuntes Históricos*, y de las lecturas de sus publicaciones, descubrimos a un gran escritor y a un gran conocedor de la Alcalá rural de su tiempo. Cada año los lectores esperábamos con expectación su aportación a la publicación y así pudimos disfrutar con artí-

culos como: “Fiestas y costumbres en el campo”, “La lucha por la tierra”, “El mes de septiembre” etc., etc.

De una “pluma brillante”, “una memoria encomiable” y una trayectoria de vida apasionante, el lector no solo quedará cautivado por el relato autobiográfico, sino que por momentos, el autor nos traslada al marco de una novela costumbrista donde nos retrata los hábitos y forma de vida en la España rural de la preguerra del 36, o bien al escenario de una novela épica donde la acción se desarrolla en marcos tan diversos como España, África Ecuatorial, Noruega, Francia, Normandía, Bélgica o Inglaterra.

Fue en Inglaterra donde después de mucho tiempo, pudo sentirse libre, formar una familia feliz con su esposa Brenda y sus hijos Anlucía e Ian, encontrando la estabilidad personal y laboral de la que no pudo disfrutar en su querida y adorada España.

En fin, tienen en sus manos la autobiografía de un hombre humilde, autodidacta, con una voluntad férrea para aprender, un hombre de paz que siempre mantuvo una línea de coherencia y honradez y que por circunstancias ajenas a su voluntad, tuvo que abandonar su pueblo, su familia, sus raíces, verse inmerso en dos guerras que ocuparon diez largos años de su vida y abocado a un exilio que tuvo que soportar durante casi 40 años.

Luis Romero Acedo

Excalcalde de Alcalá de los Gazules

Nota aclaratoria

Cuando Brenda, mi esposa, empezó a compilar el árbol genealógico, me pidió que escribiera una corta historia de mi vida para agregarla a los datos que ya tiene acerca de mí, como fotografías, postales, documentos, etc. Este árbol genealógico está escrito en inglés y va dirigido a mis descendientes, que son ingleses, por eso yo creí que ellos estarían interesados en saber cómo se había desarrollado mi vida en España, donde las costumbres y modo de vida son completamente diferentes a la vida en Inglaterra.

Al hablar de mi ocupación como agricultor, del sistema de propiedad de la tierra y del estado de educación (o no educación) en Andalucía, creí necesario hacer énfasis sobre temas que difieren completamente de Inglaterra.

Para un andaluz, mucha de la información que doy en la historia es innecesaria. Por eso al presentar una copia de mi autobiografía en lengua castellana para mi familia de España, me veo obligado a aclarar aquí que mi intención al escribir esta corta historia fue informar a mis descendientes ingleses de la diferencia que existe entre los dos pueblos.

El lector podrá ver que utilizo algunas palabras en inglés; esto no ha sido pedertería por mi parte, tratando de presentarme como un erudito; todo lo contrario, he usado ciertas palabras como: *ferry*, *wanted*, *mugged*, etc., porque no encuentro o no sé sus equivalentes en castellano.

Dicho esto, solo me resta añadir que todo lo escrito en esta corta historia lo hice con la mejor intención. Es posible que el lector no esté de acuerdo con ciertas ideas expresadas aquí.

Si es así, sinceramente le pido *to agree to disagree* que traducido al castellano significa: "estar de acuerdo en estar en desacuerdo".

Capítulo I

LA INFANCIA

Cuando pienso en mi vida infantil, temo que los acontecimientos que voy a narrar aquí no guarden un orden cronológico, ya que es muy difícil recordar con exactitud lo que ocurrió hace tantos años. Sin embargo, en mi memoria han quedado grabados ciertos hechos que, aunque confusos, como el despertar de un largo sueño, parece que ocurrieron ayer. Quizás algo de lo que creo, fue realidad en mis tiernos años, sea parte de un sueño, porque los sueños y las realidades se mezclan en nuestra mente cuando se va llegando al ocaso de la vida. Sea como sea, lo que voy a narrar aquí acerca de mi vida es lo que yo creo, fue realidad.

Los primeros recuerdos de mi existencia se remontan a una época lejana y a un lugar desolado, sin vegetación ni casas. Mi madre me cogía de la mano y en el cuadril llevaba un cántaro. Caminábamos por una estrecha vereda cubierta de polvo y guijarros; al lado del camino había cardos espinosos que, al rozarme contra ellos, me herían las piernas. Llegamos a un pozo dónde crecían arbustos y zarzamoras. Mi madre llenó el cántaro de agua y volvimos a casa por el mismo camino. Yo no tengo la menor idea de dónde estaba situada, pero creo que era por la parte de El Saltillo. ¿Qué edad tendría yo entonces? No lo sé; opino que aproximadamente dos años.

Antes de continuar hablando de mi infancia, creo que debo explicar aquí, aunque sea brevemente, lo que han tenido que bregar mis padres para criar y mantener una numerosa familia de nueve hijos, sin otros recursos que un miserable sueldo, sin mencionar muchas veces, cuando ni esto era posible, porque mi padre estaba parado.

Antes de la Primera Guerra Mundial, España estaba atravesando una terrible crisis económica. La agricultura estaba paralizada en Andalucía, los pocos terratenientes que empleaban obreros en sus tierras, ya fuese como agricultores o como ganaderos, pagaban un sueldo tan bajo, que era insuficiente para poder vivir. La competición por los pocos empleos disponibles era enorme y los patronos podían elegir a sus trabajadores a su gusto y despedirlos sin ningún motivo.

Mi padre al principio, esto es antes de 1930, estaba empleado de ganadero, pero cuando sus hijos (cuatro varones y cuatro hembras) empezaron a ser adultos, se dedicó a la agricultura, primero como asalariado y más tarde como pegujalero o aparcerero.

Pero veamos cómo se las arreglaban mis padres para darnos de comer y vestirnos cuando éramos pequeños. Mi padre estaba empleado de vaquero y el sueldo para un ganadero en aquella época era de cinco duros al mes y la cabañería, esto es, 25 pesetas en metálico y dos fanegas de harina, dos tarros de aceite, un tarro de vinagre y cierta cantidad de sal. A este ingreso pecuniario en la casa hay que agregar el sueldo de mis dos hermanos mayores y el mío. Yo empecé a ganar 10 reales al mes a la tierna edad de cinco años, en vez de ir a la escuela, fui empleado para cuidar cerdos. No sé si yo cuidaba de los cerdos o los cerdos de mí, porque a aquella edad no creo que mi inteligencia fuese mayor que la de un cerdo.

El ingreso total con el sueldo de mi padre, el de mis hermanos y el mío no creo que sumase más de 60 pesetas al mes. Para ayudar un poco, mi madre criaba pavos y los vendía en Navidad y así traía a la casa unos cuantos duros; mi padre, durante la noche, cuando su trabajo se lo permitía, se dedicaba a hacer sillas y las vendía entre los vecinos, de esta manera aportaba un poco a su miserable sueldo.

¿Cómo alimentar y vestir a una familia con tan pocos medios? La respuesta es que andábamos en harapos y con agujeros en las suelas de los zapatos. Respecto a la comida no podemos decir que pasábamos hambre, pero sí que nos manteníamos con potajes de garbanzos y tagarninas, sopas de ajos y gazpacho. La carne era un lujo del que no disfrutábamos a menudo, sin embargo, nuestra salud era excelente y aunque carecíamos de muchas cosas, éramos una familia feliz; por lo menos amor paternal no nos faltaba.

Mis padres, como la mayoría de los campesinos andaluces, eran analfabetos. Las pocas escuelas que había en aquellos tiempos estaban en los pueblos y solo asistían a ellas los hijos de los privilegiados o aquellos que vivían permanentemente y podían pagar su manutención. No era obligatorio ir a la escuela antes del advenimiento de la República en el año 1931. En el campo no había escuelas de ninguna clase y los niños crecían sin ningún tipo de enseñanza, además, no era posible que los niños de familias numerosas como la mía, pudiesen asistir a la escuela porque a esa edad ya teníamos que empezar a ganar el pan. Por esta razón más del 90% de la población campesina andaluza era analfabeta o semianalfabeta. En esta parte del país, los pueblos están situados a una gran distancia unos de otros y los campesinos que vivían en estos campos solo iban al pueblo los días de fiesta, esto es, tres o cuatro veces al año.

Hoy todo esto ha cambiado, con la dictadura de Franco, los pequeños rancheiros, que empleaban tres o cuatro obreros en todo el año, han sido forzados a

abandonar la tierra y emigrar al extranjero o a Cataluña o a la Costa del Sol y las tierras han sido ocupadas por unos cuantos latifundistas, que tras un lindero, usan los campos para cotos de caza o criaderos de toros de lidia, bajo la custodia de un solo hombre montado a caballo y llevando a la grupa la amenazadora escopeta, dispuesto a usarla contra quien ose atravesar el territorio bajo su custodia. Tierras que un día fueron cubiertas de doradas espigas, están hoy cubiertas de maleza, y lo que es peor es que ese gran número de expertos campesinos han desaparecido y nadie podrá reemplazarlos el día que una reforma agraria cambie estas anomalías. El problema agrario data de hace mucho tiempo y ningún gobierno ha sido capaz de resolverlo.

Parece que me he desviado del objeto de esta historia, que es mi autobiografía, pero ha sido necesario hacer un esbozo de la situación de los campesinos en Andalucía donde yo me he criado.

Ahora vuelvo a mi infancia, empezando por aquellos días que quedaron grabados en mi memoria, aunque un poco confusos e inciertos.

Vivíamos en aquella época en un rancho llamado El Saltillo, no lejos del rancho había un cerro muy alto y muy pendiente llamado el cerro de Cabeza Aguja. Para mí este cerro era un misterio; la leyenda entre los chicos era que, si alguien podía subir a la cúspide del cerro, desde allí podía ver el fin del mundo.

El Saltillo estaba situado frente a la carretera, entre Medina Sidonia y Alcalá, y detrás de la casa había una era donde un hombre trillaba el trigo. Un día este hombre me montó en el trillo, pero como los caballos que tiraban de él corrían con tanta velocidad alrededor de la era, yo no podía mantener el equilibrio y caí en medio de la parva. Las ruedas del trillo pasaron tan cerca de mí que fue un milagro que escapara ileso. Aprendí la lección y nunca más me monté en el trillo.

Me acuerdo que una vez querían cortarme el pelo y para hacerlo tuvieron que atarme de pies y manos a la silla como única manera de subyugarme. Yo debía haber sido un diablillo en mis primeros años porque un día estaba jugando detrás de la casa. Había un pozo alrededor del cual crecía verde y aromática la yerbabuena; una señora lavaba su ropa y la tendía a secar sobre la fresca hierba, donde a intervalos la regaba con agua para sacarle la blancura con los rayos del sol, y mientras la señora lavaba yo me divertía dejando la huella de mis zapatos en la ropa. La señora me advirtió varias veces que me alejara, pero no le hice caso; hasta que perdió la paciencia y cogiéndome por los pies me metió en el pozo, donde aterrorizado, veía mi cara reflejada en el agua, allá en el fondo, como si fuese un espejo. Desde entonces jugaba bien lejos del pozo cuando la señora estaba lavando.

Otro día fui con mi hermana Josefa, mi hermano Gabriel y otros chicos a sacar los pavos por los campos. Después de caminar por un carril, llegamos a una llanura muy grande, dónde había un edificio en ruinas, que según creo, llamaban el cortijo de Mamelucos. Durante todo el día jugamos por las habitaciones desocupadas, subimos y bajamos escaleras gritando para oír el eco de nuestras voces en las habitaciones vacías, y el tiempo pasó sin darnos cuenta de que la noche se aproximaba. Cuando el sol desaparecía en el ocaso ya fue demasiado tarde, la noche empezaba a tender su negro manto sobre la tierra y nosotros nos quedamos sumidos en la oscuridad sin saber en qué dirección estaba nuestra casa. El pavo es un animal que no ve nada en la oscuridad y por mucho que nos esforzábamos para hacerlos caminar, todo era en vano. Había un pavo además que era tuerto y solo veía con el ojo derecho y tenía la tendencia a caminar hacia la derecha, dejando aparte a la piara. Por último, el pavo tuerto se extravió, porque nosotros estábamos más preocupados por encontrar el camino que por él.

Afortunadamente nuestros padres habían salido a buscarnos y oímos sus llamadas desde un cerro y vinieron en nuestra ayuda. Después de una reprimenda, llegamos a casa exhaustos y famélicos y sin el tuerto. Nuestra escapada nos enseñó una lección: que los pavos no ven en la oscuridad.

No sé si lo que ahora voy a narrar ocurrió antes o después de nuestra estancia en El Saltillo, es posible que fuera antes, porque muchos detalles están confundidos en mi memoria, aunque no creo que importe mucho, lo cierto es que yo era muy pequeño. He aquí la historia:

Vivíamos en una casa, en un lugar llamado Las Viñas, esta casa la compartíamos con una familia que se apellidaba Correa, enfrente de la casa había una era y un sombrero. Los Correa tenían dos hijas: Francisca y Soledad. Francisca era de mi misma edad poco más o menos, y pasábamos el día jugando en la era. Muchas veces jugábamos a marido y mujer y nos acostábamos en la parva o en el sombrero. No lejos de la casa había un pozo, alrededor del cual crecían zarzamoras, cerca del pozo había una higuera muy grande y Soledad que tenía unos trece años, trepaba a la higuera como si fuese una ardilla y en un santiamén llenaba un cesto de higos. Lo que más me intrigaba era que ella nunca permitía que yo estuviese debajo del árbol mirando como cogía la fruta. Tan pronto como empezaba a trepar, yo tenía que alejarme y no acercarme al árbol hasta que ella había bajado al suelo. Necesité unos cuantos años para aclarar el misterio, Soledad no llevaba ninguna prenda interior y temía que yo le viese cierta parte de su anatomía.

Ahora vivíamos en otro sitio, aunque no lejos de los Correa, era septiembre y hacía bastante calor. Fuera de la casa estaba lo que pudiéramos llamar cocina, que consistía en un cerco de piedras, reforzado con tierra y en medio había una trébede en el que se colocaba la olla o la sartén que eran los utensilios de cocina de los que se disponía entonces. El combustible que se usaba para cocinar eran

boñigas de vacas que se recogían durante el verano y se guardaban en un lugar seco, para su uso en el invierno. Mi madre, que estaba embarazada, tuvo que irse de repente al pueblo a dar a luz y yo, que tendría unos cuatro años, me quedé encargado de la casa y por consiguiente de la cocina. Mi padre estaba ausente cuidando del ganado y no vendría hasta la noche. Mi madre, ansiosa de que mi padre tuviera la comida lista a su regreso por la noche, me encareció que no le faltase combustible a la olla:

“Hagas lo que hagas —me dijo mi madre— no dejes que se apague el fuego, para que papá tenga la comida lista cuando llegue esta noche”.

Yo me sentí orgulloso de ser útil en una situación tan grave y prometí cumplir su ruego al pie de la letra. Desde aquel momento, empecé a poner boñigas alrededor de la trébede y tan pronto estas eran consumidas por el fuego, eran reemplazadas por otras; el lugar más parecía un infierno que una cocina, y la pobre olla al quedarse sin líquido, se resquebrajó y se carbonizaron los garbanzos; lo que mi madre olvidó decirme fue que, al mismo tiempo que cuidase el fuego, cuidase que no le faltase agua a la olla. ¡Ah, bueno, nadie se hace cocinero en un día!

No lejos de nuestra casa había un riachuelo de donde traíamos el agua para beber. Al lado de la corriente crecían altos álamos, sobre los cuales trepaban como lianas, vides silvestres cargadas de uvas negras. El lugar era como un oasis en el desierto, al borde de las cristalinas aguas crecía la menta silvestre y otras hierbas que le aportaban un frescor vigorizador. Yo recuerdo que mi hermano Francisco me cogía racimos de uvas negras muy maduras, que yo engullía vorazmente. En mi memoria quedaron grabados estos hechos de tal forma que, aún hoy en día, cuando veo uvas negras me viene a la memoria aquel, para mí, misterioso lugar.

Ahora vivíamos en un sitio llamado La Mata, nuestra casa estaba en un rellano donde crecían alcornoques, acebuches, lentiscos y otros muchos arbustos. No lejos de la casa, un manatíal que tenía su origen arriba en la montaña, descargaba sus limpias aguas en una magnífica cascada. A través de los siglos, la caída del agua sobre la roca arenosa, ha formado profundos hoyos que nosotros llamábamos “los cajilones”, a los lados de la garganta, la roca formaba un rellano más o menos a ras, dónde había muchas tumbas abiertas, esculpidas por antiguos pobladores que habitaron estas tierras en siglos pasados. Estas tumbas que pueden verse de distintos tamaños, eran cubiertas con grandes losas, después de colocar en ellas el cadáver y cementar la roca. En las montañas de Andalucía se pueden ver muchas de estas tumbas que han sido profanadas por buscadores de tesoros; hoy numerosas tumbas son hoyos con agua en invierno, dónde los animales y también los seres humanos sacian su sed.

En aquel tiempo yo tenía cinco años. Cuando otros niños a esa edad empezaban su vida escolar, empezaba a “ganar el pan de cada día”. Mi empleo consistía

en cuidar de cinco cerdos, mi “amo”, el señor Fernández, tenía varios hijos, entre ellas Rosario y Pepita. Rosario tenía mi misma edad y Pepita unos tres años. Los tres comíamos en una pequeña mesa. Recuerdo que Pepita en vez de decir gazpacho, decía “capacho”.

El campo donde iba a apacentar los cerdos, estaba entre un monte y un río. Cerca del río había una pequeña laguna, que nosotros llamábamos El Cachón. Era en primavera y en El Cachón había muchas ranas y durante la noche formaban un infernal concierto, con un monótono “croac”, “croac”, “croac”, pero si alguien se acercaba a El Cachón, inmediatamente después caía sobre él un silencio sepulcral; después de unos minutos de silencio, volvía a oírse el “croac”, “croac” tomando un rápido crescendo, hasta que el volumen del ruido se hacía insoportable. Durante el día también tenía su atracción, por lo menos para mí. Había una gran cantidad de tortugas, que solían congregarse en el lado norte de la laguna y salían fuera del agua a tomar el sol; tan pronto como alguien se acercaba a El Cachón se lanzaban al agua precipitadamente. Algunas en su afán de escapar al agua, caían concha abajo bregando con sus cuatro patas y se veían impotentes de emprender la fuga. En un santiamén la ribera quedaba libre de estos reptiles anfibios, los cuales desaparecían bajo el agua. Unos segundos más tarde, las majestuosas cabezas volvían a aparecer en superficie y si se guardaba silencio, de nuevo empezaban a salir del agua bregando tenazmente, subían y se encaramaban en el terraplén. Entre otros habitantes de El Cachón había un gran número de serpientes acuáticas, que zigzagueaban a un lado y a otro. Yo pasaba horas observando absorto como se comportaban estos habitantes de la laguna.

Es necesario explicar aquí, aunque sea brevemente, las vicisitudes por las que tiene que pasar la familia de un vaquero. Debido a la situación geográfica del campo andaluz, el vaquero tiene que desplazarse dos veces al año: en invierno apacienta su ganado en el monte, donde hay abundante hierba y abrigo para los animales, pero cuando las lluvias cesan y llega el verano, no solo no hay hierbas, tampoco agua y hay que buscar nuevos abrevaderos. Normalmente el ganado era desplazado a la campiña jerezana, donde además de inmensos rastrojos, había profundos pozos que suplen el agua necesaria. Así, cada año, desde julio hasta final de septiembre, se desplazaba la ganadería y se dividía temporalmente la familia, porque era imposible buscar acomodo a toda la prole en la campiña.

En esta ocasión de la que voy a hablar, mi madre decidió quedarse en Alcalá esos tres meses, mientras mi padre, mi hermano Francisco y yo íbamos a la campiña de Jerez a un lugar llamado Las Cuevas. Yo tendría seis años poco más o menos, una mañana mi madre aparejó el burro y nos pusimos en marcha, con idea de llegar a la majada y desde allí, mi padre acompañaría a mi madre hasta el pueblo. Monté en el burro y detrás de mí, mi madre “a las ancas”, como era

costumbre de las mujeres andaluzas. Teníamos que bajar una gran pendiente y el camino era tortuoso y muy difícil de seguir, no ya en caballería, a pie también era peligroso andar por allí. Cuando llegamos a un recodo, el pobre animal tropezó y los tres caímos rodando unos cuantos metros por la pendiente; el burro cayó encima de mí, pero afortunadamente salí ileso. Mi madre no tuvo tan buena suerte, ella cayó sobre una roca y se hizo una tremenda herida en la cabeza y en unos segundos la sangre chorreaba por la cara y toda su ropa estaba ensangrentada. Yo, en un terrible pánico, no sabía qué hacer para ayudar a mi madre, que, con calma, rasgó parte de su vestido y con las tiras se vendó la cabeza.

Cuando llegamos a donde estaba mi padre y ellos se marcharon al pueblo, me quedé solo con el ánimo tan bajo que toda la tarde la pasé llorando y creo que tenía alta la temperatura.

Al día siguiente partimos para Las Cuevas, donde nos aconteció otra memorable aventura. Pusimos la majada no lejos de una laguna que llaman la laguna de Medina. La primera noche que intentamos acomodar el ganado en el sitio elegido por mi padre, fue un poco difícil, porque los animales extrañaban el lugar y no era posible que se acomodaran al nuevo hábitat. Por fin después de darles varios rodeos y silbarles para que se calmasen, los animales empezaron a echarse al suelo a descansar. Mi hermano estaba a un lado de la majada y mi padre al otro. Yo más cansado que las vacas, pronto me quedé dormido. A eso de medianoche me despertaron los gritos de mi padre y un ruido de coces y bufidos a nuestro alrededor: una estampida estaba en progreso. Los animales saltaban por encima de nosotros, corriendo en todas direcciones, en menos de un minuto no quedaba una vaca en la majada, todas habían desaparecido.

Afortunadamente ninguno de nosotros sufrió alguna lesión. Más tarde mi padre dijo que lo que había causado la estampida, era que en la laguna había numerosas aves de todas clases y cuando alguien se acercaba, las aves se lanzaban al interior de la laguna, batiendo sus alas a ras del agua, creando un tremendo ruido. Esta fue la razón que causó la estampida, las vacas no estaban acostumbradas todavía al lugar y todo les resultaba extraño, hay que añadir que estos animales se habían criado en la sierra, donde la naturaleza es completamente diferente al ambiente de la campiña.

Como he dicho antes, en menos de un minuto las vacas desaparecieron del lugar. Por lo menos durante un mes, mi padre y otros, empleados por el dueño, estuvieron buscando las vacas por toda la campiña, encontrando aquí y allá pequeños grupos; muchas volvieron a la sierra y algunas nunca fueron encontradas.

Lo que voy a narrar ahora ha sido, según mi opinión, un acontecimiento que ha influido en el curso de mi vida. Hace más de setenta años, en aquel rincón de Andalucía, lo que ocurrió, fue decisivo para que hoy me encuentre en Inglaterra.

Era un hermoso día del mes de mayo, tendría yo unos siete años de edad, los cerdos pacían al lado de la carretera y me encontraba sentado en un mojón kilométrico, todo era verde a mi alrededor, de diversos matices, y había flores de todos los colores. Allá arriba, en el cielo celeste, a más de doscientos metros, batía sus alas esa reina de las aves cantadoras, la alondra; parecía una mota negra, sin moverse del sitio por largo tiempo. La alondra tiene la habilidad de imitar a todas las aves, incluso a la gallina clueca. Estaba absorto oyendo el largo repertorio, ya el jilguero, ya el abejaruco, ya la cogujada... cuando vi aparecer en el horizonte un carruaje, esto era una novedad porque en aquel tiempo podían pasar semanas y semanas sin pasar un coche por la carretera. El coche iba tirado por tres caballos y al pasar frente a mí el cochero hizo el alto. Dentro del coche iban cuatro caballeros vestidos de levita y sombrero de copa alta, uno de ellos me arrojó un folleto e insistió en que lo cogiese, yo cogí el libreto pero por mucho que lo miraba no podía comprender lo que significaba todo aquello.

El resto del día transcurrió muy despacio, porque estaba deseando ir a mi casa a preguntar a mi abuela, la única persona en la familia que sabía leer, qué significaba aquel folleto. Por fin llegó la noche y mi abuela leyó el libreto, que resultó ser un manifiesto político. Cuando mi abuela hubo leído el folleto me explicó que los señores que iban en el coche eran miembros de un partido político e iban buscando votos, y que su política era evitar que España se viera envuelta en una guerra que estaba a punto de comenzar.

“Y qué es una guerra?” – le pregunté yo en medio de mi mayor ignorancia.

“Una guerra–dijo la abuela–es cuando dos o más naciones se baten unas a las otras y los soldados se matan unos a otros”

“¿Y por qué? –pregunté.

Mi abuela no podía encontrar una buena razón y su respuesta despertó aún más mi curiosidad. Pensé que debía aprender a leer y a escribir y descubrir por qué los hombres se mataban los unos a los otros.

Capítulo II

LA ESCUELA

En aquel tiempo andaba por el distrito uno de esos no cualificados maestros de escuela que por unos cuantos reales al mes iban de casa en casa dando clases a los niños. Yo rogué a mis padres que el maestro me diera clases y para ayudar financieramente, di a mi madre una moneda de diez céntimos que una de mis tías me había regalado para que comprase golosinas. Con los diez céntimos mi madre me compró una cartilla, este era el primer libro de enseñanza en las escuelas de aquella época. Las clases empezaron inmediatamente y yo hacía bastantes progresos. Inventé un método para recordar los nombres de las letras del abecedario, por ejemplo, B era el balido del cordero, CH era un juego con el que los niños nos distraíamos, con un palo con punta que se clavaba en la tierra, R era el sonido que hacíamos para llamar a los cerdos, T era una bebida etc... de esta manera aprendí el abecedario enseñada.

Dos meses después de la primera clase ya había acabado con la cartilla, pero entonces, algo adverso tuvo lugar que puso en peligro mi enseñanza. Un día el maestro se despidió de mí con la acostumbrada frase de: "Hasta mañana", pero ese mañana nunca vino, esa fue la última vez que vi al señor Atienza, que así se llamaba el maestro. Según rumores, se había alistado a la Legión Extranjera y yo me quedé sin maestro cuando más lo necesitaba. Este contratiempo no hizo mella en mi afán de aprender, ya podía formar sílabas e incluso vocablos, cuando llegué al final de la cartilla mis padres me compraron el Catón, segundo libro de enseñanza en las escuelas, mi progreso sin maestro fue más lento pero seguro; cuando terminé el Catón, me compraron el tercer libro, "Frasas y Cuentos" que yo ya leía sin dificultad.

La I Guerra Mundial había comenzado y yo podía seguir el progreso de las batallas en los periódicos. Un nombre que se me quedó grabado en mi memoria fue *el Marnes*. Tenía una fiebre insaciable por saber, pero el mayor obstáculo era la falta de libros. En Alcalá no había bibliotecas, ni aún librerías donde comprar libros si hubiera tenido dinero para comprarlos, además yo vivía en el campo, lejos de toda clase de comunicación con la civilización. De vez en cuando caía en

mis manos un periódico ya viejo, otras veces –cuando alguien tiraba al suelo el periódico donde había envuelto sus bocadillos y el viento lo arrojaba de un lado a otro, hasta que, al fin, quedaba fijo en un cardo, hecho trozos– yo recogía esos trozos y los leía y releía hasta que una nueva “literatura” caía en mis manos. Muchas veces estos trozos de periódico no habían servido para envolver bocadillos, su uso había sido menos higiénico, pero no podía ser demasiado selectivo si quería mejorar mis conocimientos.

No solo carecía de libros, sino de material de escribir, este era un problema que resolvía fácilmente; había tres medios de los cuales me valía para escribir y hacer sumas, uno era el uso de lozas calizas que empleaba como si fuese una pizarra; otro era la arena, especialmente a la orilla del río después de una riada y el tercer medio, quizás el mejor, porque podía usarlo una y otra vez, era la ceniza en el fogón, después de extinto el fuego de leña, porque deja una fina ceniza que, aplastada con un objeto plano es ideal para escribir con un palillo, y usando de nuevo el objeto plano se puede repetir cuantas veces se quiera. Puedo decir que aprendí matemáticas de esta manera. Debo aclarar que en aquella época mis padres tenían que vestir, calzar y alimentar a una numerosa familia con un miserable sueldo y antes de gastar unos céntimos en material de escribir era más lógico que lo gastaran en pan.

Más tarde, cuando mi jornal comenzó a crecer, yo ya podía gastar unos cuantos reales en libros, y adquirí gramática, aritmética, geografía... pero nunca pude leer novelas, porque mis medios económicos no lo permitían, así, mis aprendizajes se desarrolló muy despacio en mi infancia, porque no tenía quién me ayudase; mi familia eran todos analfabetos; solo mi cuñado Antonio me ayudó un poco con las matemáticas. Así pasé toda la infancia, luchando para ampliar mis conocimientos, tropezando con las dificultades ya expuestas.

Capítulo III

AVENTURAS GADITANAS

Juana era una de mis mejores amigas. Ella tendría unos diez años y yo ocho o nueve, la edad no importa; lo que importa es que Juana y yo siempre jugábamos juntos, juntos llevábamos los pavos al campo y los días pasaban felices el uno al lado del otro. Para mí, Juana era más inteligente que los otros chicos y más bonita que las otras chicas:

Juana era mi heroína.

Mi vida era muy feliz, pero todo acabó cuando su padre tomó un nuevo empleo en un lugar muy lejos. El día que partimos para no vernos más, creo que lloré y muchos días después seguía sin olvidar a mi amiga. En realidad, yo estaba enamorado de Juana, la amaba con ese amor puro y sincero que solo los niños saben sentir. Cuando Juana se marchó me quedé tan solo, tan triste, que durante unos días perdí la voluntad de vivir.

Había un señor que era amigo de los padres de Juana y un día me dijo que iba a visitar al señor Rodríguez, que este era el apellido del padre de Juana. Aproveché la ocasión y escribí una carta para que se la entregase a Juana, él aceptó y prometió llevarla. Yo aguardaba impaciente el regreso de aquel señor y cuando regresó por la tarde, me llamó aparte y me dio un sobre. Le di las gracias y me puse a un lado para leer la misiva. Mi corazón palpitaba a una espantosa velocidad, pero mis esperanzas pronto se desvanecieron, pues dentro del sobre solo había una vieja factura y no una carta de mi amiga. Los padres de Juana y este señor tuvieron la humorística idea de “tomarme el pelo”. Nunca creí que los adultos podían ser tan crueles.

Ahora vivíamos cerca del pueblo, en un huerto llamado “Rabilero”. Era un domingo de mayo y como era costumbre en aquellos tiempos, la gente se paseaba a lo largo de la carretera. Mi madre cosía enfrente de la casa, a la sombra de un árbol y mi hermana María jugaba con una muñeca dentro de casa; bajo la higuera que daba una gran sombra, dormitaba la perra. Yo, curioso como todos

Los chicos, estaba indagando en diferentes partes de la casa. Miré bajo la cama y encontré la escopeta de mi hermano Francisco. Esta era una vieja escopeta de las que llamábamos de pistón, esto es, que no empleaba cartuchos, la carga se echaba por la boca del cañón, primero la pólvora, después un taco de papel o lana, los perdigones y por último otro taco. En la parte trasera del cañón había un orificio que comunicaba con la pólvora donde se colocaba el detonador, este era una cápsula metálica o pistón dentro de la cual había un fósforo. Al tirar el disparador, el muelle que sujeta el gatillo es liberado, y este percute el detonador con tanta fuerza, que el fósforo dentro de la capsula produce la explosión fulminante de la pólvora. Al parecer mi hermano había estado cazando, disparó la escopeta contra una perdiz o un conejo, pero el fósforo de la cápsula falló y no hubo detonación. Yo vi que el gatillo estaba en posición de haber sido disparado y que la cápsula estaba destripada como si el disparo hubiera tenido lugar y creí que la escopeta estaba descargada. Monté el gatillo y disparé, esto lo repetí varias veces; primero a un gorrión, después apuntando al pecho de mi hermana María disparé otra vez, por último, dirigiendo el cañón hacia la perra, que dormía –como ya dije– a la sombra de la higuera, tiré del disparador y esta vez una terrible explosión tuvo lugar y la pobre perra dio un salto, al mismo tiempo que un lastimero aullido y rodando por el suelo cubierta de sangre, quedó muerta en unos minutos ¡Y pensar que podría haber matado a mi hermana!

En una ocasión mi cuñado Antonio me mandó que trajera a Renegado al rebaño. Renegado era un toro retinto de cuatro años que, debido a que padecía de la enfermedad de las pezuñas, estaba separado del rebaño. El manchón donde estaba Renegado era de zulla, trébol, biznaga y otras hierbas. Las biznagas crecían a una altura de más de un metro y dominaba al resto de vegetación.

Cuando llegué cerca del toro, este pacía muy despacio y se debió enfadar al ver que perturbaba su solaz e inesperadamente me envistió. Yo, que como de costumbre llevaba mi cayado, conseguí rechazarlo dándole un trancazo en los hocicos, pero él me acometió de nuevo y esta vez consiguió lanzarme al aire. Tan pronto como caí al suelo me agarré a las biznagas, mientras que Renegado, dando resoplidos me pisoteaba saltando por encima de mí. Afortunadamente el toro era “gacho”, esto es, en lugar de tener las puntas de los cuernos hacia arriba, las tenía hacia abajo y no podía engarzarme para lanzarme al aire. Renegado trataba de hacerme rodar por el suelo usando su hocico, pero yo me agarraba fuertemente a las biznagas y hacía su tarea imposible. Después de unos cuantos minutos bufando y saltando por encima de mí sin conseguir moverme, optó por pararse y contemplarme. Podía sentir sus patas delanteras pisando mi chaqueta y durante unos quince minutos, todo fue silencio, incluso trataba de parar mi respiración. Renegado quizás creía que su víctima estaba muerta y empezó a lamerme las orejas y el cuello con su rasposa lengua, causándome un terrible escalofrío por la espina dorsal. Por último, cansado de lamerme, empezó a rumiar y sus babas verdosas llenas de hierba caían en mi cara. No contento con todo este

martirio, Renegado decidió vaciar sus intestinos, salpicando mis pantalones con la pestilente y verdosa boñiga. No sé decir cuánto tiempo transcurrió, pero sí que a mi me pareció un siglo. Por fin Renegado decidió continuar la tarea que interrumpí cuando me acerqué a él y lamiéndome de nuevo las orejas, se movió unos cuantos pasos y comenzó a comer hierbas, mirándome cada vez que levantaba la cabeza. Yo lo miraba con el rabillo del ojo, esperando que se alejase un poco más, sabía que si me daba tiempo a levantarme el toro no me daría alcance. Esperé un poco más, Renegado estaría a unos quince metros, esperé a que agachase la cabeza para coger un bocado de hierbas y dando un salto corrí como un gamo sin ni siquiera volverme para ver si me perseguía. Cuando calculé que ya estaba lo suficientemente lejos, miré hacia atrás pero Renegado no se había movido del sitio, me estaba observando, la cabeza en alto, como sorprendido de que su víctima, que tenía por muerta, se hubiera escapado. Nunca he visto a mi cuñado reírse tanto como cuando le conté lo que me había ocurrido, después de regañarme por haber tardado tanto tiempo y no haber traído a Renegado hasta el rebaño.

Lo que me ocurrió con Renegado fue en la primavera de 1920 y el verano de ese mismo año, mi cuñado Antonio condujo sus toros hacia la campiña de Jerez, para pasar los tres meses de agostadero y yo fui con él como ayudante. La casa donde nos alojábamos era una bodega muy grande, donde en otros tiempos se hacía gran cantidad de vinos. Parte de la bodega estaba ocupada por una cuadrilla de gitanos, que ascendía a unos veinticinco o treinta personas de ambos sexos. Estos gitanos se ocupaban de la cosecha de garbanzos, un trabajo muy duro y muy mal pagado. Estos pobres gitanos trabajaban todo el día arrancando garbanzos en un caluroso mes de agosto, causándoles ampollas en las manos y grandes dolores de espalda, sin embargo, por la tarde, cuando la temperatura descendía y después de la cena, formaban corrillos y cantaban y bailaban alegremente.

Entre todos los gitanos no había uno que supiese de cuentas y el manijero, que era muy respetado por los demás, me llamaba el fin de semana para que le resolviese sus cuentas. En esta clase de trabajo, las comidas las hacían comunamente y al final de la semana, se sumaban los gastos y cada uno pagaba proporcionalmente de acuerdo con las comidas que había hecho. Así, cada sábado, yo iba al departamento de los gitanos y el manijero me entregaba la lista de gastos, facturas y listas de comidas que cada uno había hecho y yo empezaba a trabajar. Durante este tiempo, el manijero recomendaba a su gente que guardase silencio, pero tan pronto como yo había terminado de resolver las cuentas, empezaba la fiesta y era un encanto oírles, porque creo que el verdadero flamenco tiene su origen en los gitanos de Jerez. Resolver las cuentas de los gitanos un sábado por la noche, lejos de ser una molestia, era un placer.

He dicho antes que, durante mi infancia, mi padre estuvo empleado de vaquero, pero al fin de la tercera década del siglo XX, cambió su ocupación y se dedicó a la agricultura, primero como asalariado y después como pegujalero o aparcero.

La agricultura en Andalucía difiere mucho de las otras regiones de España, debido a la distribución de la tierra. En Cataluña, el Norte y Levante la tierra está más equitativamente repartida y los campesinos tienen pequeñas parcelas más o menos suficientes para la manutención de la familia, a excepción de la región gallega en la que existe el minifundio y las parcelas son tan pequeñas que no bastan para mantener a una familia. En contraste, en Andalucía existe el latifundio, la tierra pertenece a unos cuantos poderosos terratenientes y la mayoría de los agricultores no poseen tierras. Hoy la gran parte de la tierra es usada como criaderos de toros de lidia o cotos de caza.

En los tiempos en que empecé a trabajar en la agricultura podían verse cuarenta o cincuenta yuntas de bueyes labrando, los tractores en aquellos días eran muy raros. Mi padre además de ser un buen trabajador, era experto en ciertas ramas de la agricultura y por esta razón era fácil para él encontrar trabajo, aunque la mitad del año no había empleo para nadie. El trabajo se dividía en tres etapas durante el año: sementera, escarda y cosecha. La sementera consistía en arar la tierra en una dirección, lo que se llama cohecho, y volverla a arar cruzando los surcos, cuando se sembraba la semilla, lo que se llama siembra. Esta operación duraba dos o tres meses, según las condiciones del tiempo, normalmente desde mediados del mes de octubre hasta Navidad. La escarda, esto es, limpiar los sembrados de malas hierbas, duraba desde marzo a mediados de abril, la cosecha se recogía desde mediados de junio hasta agosto. Así como puede verse, se estaba parado medio año.

Algunas veces era posible encontrar trabajo en las reparaciones de carretera o en la industria del corcho, pero no muy a menudo, y como Alcalá no tenía ninguna industria, al menos seis meses al año estábamos parados. Yo tenía unos quince años cuando mi padre me introdujo en la agricultura y ese fue el oficio que me vi obligado a seguir, no porque me gustara trabajar la tierra, sino porque era imposible encontrar otro tipo de trabajo. La agricultura, además de ser un trabajo muy duro, es el peor pagado de España; cuando empecé a trabajar, un adulto ganaba unos seis reales diarios, no sé lo que yo ganaba, quizás una peseta. El horario de trabajo era de sol a sol, desde la salida del sol hasta la puesta, con dos descansos para las comidas de una hora y dos descansos de quince minutos entre las comidas. Por la mañana había que levantarse muy temprano para tomar el desayuno y caminar hasta la besana, uncir los bueyes y estar listo para empezar a la salida del sol. Una o dos veces en semana, según el número de trabajadores, había que levantarse a las cuatro de la madrugada para alimentar a los bueyes en la estancia o para amasar una fanega de harina. Por la noche, cuando era mi turno, tenía que moler una fanega de habas para el ganado. El trabajo en sí mismo era muy duro, especialmente si la tierra estaba pesada después de las lluvias; y peor aún si había que ararla cuando estaba lloviendo. Si el tiempo era seco el trabajo era más fácil, pero había que soportar grandes escarchas por la mañana, que cubrían con el hielo las herramientas. En

el verano el problema era diferente, no había que levantarse tan temprano para amasar o cuidar el ganado de la estancia, pero había que soportar el terrible calor de los meses veraniegos en el campo abierto y lo que era aún peor, el polvo de las mieses en la era. La peor parte de las tareas del verano era la siega, que consistía en cortar con la hoz las mieses y atarlas en haces, para transportarlas a la era. Aparte de los dolores de espalda que causa el estar encorvado todo el día, hay que soportar en las manos las asperezas de las mieses juntas con los espinosos cardos que hacen sangrar las manos.

También estuve empleado de zagal pastor. Mi compañero se llamaba Fernando, pero era más conocido por el apodo de "Sietelabios", porque tenía el labio superior partido, Fernando era un hombre alto y bondadoso. Como se sabe, las ovejas en verano pasan el día a la sombra, si hay árboles para protegerse del sol, pero si no hay hacen un compacto grupo y poniendo la cabeza entre las patas para protegerse de las moscas y del sol, permanecen todos los días de esta manera, hasta que el calor cesa; durante la noche se mueven de un lugar a otro para buscar con qué nutrirse. Fernando y yo teníamos que cuidar de que nuestro rebaño no traspasara propiedades vecinas, por consiguiente, teníamos que dormir durante el día y cuidar del ganado durante la noche, pero yo por mucho que lo intentaba, no podía dormir más de una hora al día, una de las razones era que hacía mucho calor, y otra que no me acostumbraba al cambio de horario. Cuando llegaba la noche, me era imposible tener los ojos abiertos, tan pronto como me sentaba, se apoderaba de mí un profundo sueño. Luchaba por estar despierto, pero todo era inútil, la modorra me acosaba dominando mi fuerza de voluntad y sucumbía víctima del sueño.

Muchas veces Fernando y yo charlábamos y permanecía despierto, pero otras veces él me dejaba dormir mientras cuidaba de las ovejas. Cuando me despertaba, iba a buscar el rebaño y Fernando, siempre simpático me decía: "¿Has dormido bien?", yo avergonzado le decía: "¿Por qué no me ha despertado usted?", pero él se echaba a reír.

Una noche como de costumbre, me quedé dormido y Fernando y el rebaño se alejaron, yo soñaba, sumido en mi sueño, que iba al pueblo a hacer compras, sin darme cuenta, me levanté y comencé a andar, tomando un camino completamente opuesto a donde estaba Fernando y el rebaño. Anduve como medio kilómetro cada vez más excitado con lo que pensaba comprar. Cuando llegué a un arroyo seco donde había gran cantidad de arena y al pisar sobre ésta mis pies se hundieron y creí que me flaqueaban las piernas, de pronto me di cuenta de mi situación: había caminado sonámbulo sin saber a dónde me dirigía. En el cielo las estrellas titilaban como pequeñas luces que se mecen con el viento, el aire era frío o por lo menos yo sentí frío al verme en aquel lugar sin saber qué fuerza me había llevado allí. Un poco atribulado y con pasos ligeros, me dirigí hacia dónde estaba Fernando, pero nunca le dije lo que me había ocurrido.

Capítulo IV

EL CORTEJO

En esta época permisiva, quizás sea interesante para quien lea esta autobiografía, si hago un breve relato de cómo los jóvenes de mi tiempo tenían que arreglárselas para el cortejo. Hasta hace poco tiempo, las chicas en España, estaba “chaperonadas” de tal modo, entre sus madres u otros parientes, que rara vez se veían libres de la vigilancia materna y por este motivo era imposible para una chica tener ninguna clase de relación con jóvenes del sexo opuesto. Las chicas que vivían en el pueblo eran un poco más afortunadas, pero solo un poco más. En el pueblo era costumbre dar el paseo por la noche en la Alameda o en la plaza y aunque las madres o tía “chaperonas” se colocaban en lugares estratégicos donde podían vigilar todo el tiempo, era posible que si un chico estaba interesado en una chica acercarse y tomar parte del paseo, donde podía hablar de sus planes amorosos. Pero los jóvenes que vivían en el campo no eran tan afortunados.

Aquí la costumbre era que el chico interesado en una chica, visitaba su casa muchas veces durante meses y si la chica estaba interesada en su pretendiente, trataba de sentarse tan lejos de sus padres como fuera posible; el joven cogía una silla y se sentaba a su lado y en voz muy baja que solo ellos podían oír, hablaban de sus amores. Si ella aceptaba, a partir de esa fecha, ese era el método de hablar de sus planes amorosos. Pero yo le digo al lector, que se necesita mucho coraje para coger una silla y sentarse al lado de una chica, cuando normalmente, ésta se hallaba en una habitación que no medía más de tres metros de ancha y cuatro metros de larga y sus padres y demás familia se sentaban a dos metros de distancia. Era desconcertante tanto para los que se veían obligados a tomar parte, como para padres y familiares y peor aún si la chica era tímida y en vez de escuchar al pretendiente, se levanta y retira a su dormitorio, dejándote plantado junto a una silla vacía.

Para los novios ya establecidos, existía otro método: la reja, lo que se llamaba “pelar la pava”. A través de la reja era más romántico, pero no todas las casas tenían rejas. En lugares donde había concentración de vecinos, los chicos y las chicas, con el consentimiento de los padres organizaban bailes o fiestas, como

nosotros los llamábamos, y en estos bailes se buscaba la oportunidad de tener contacto con la chica que nos interesaba. Estas fiestas tenían lugar alternativamente en las casas de los jóvenes, y naturalmente, el “chaperón” o la “chaperona” tomaba parte en la fiesta. Para facilitar el contacto entre jóvenes de ambos sexos, se organizaban juegos que permitían hablarse unos a otros. El juego más popular se llamaba “juego de compadres”, en este juego, las chicas se sentaban en una silla vacante, a su lado, el organizador u organizadora del juego elegía, casi siempre de acuerdo con la chica, el nombre del chico que iba a ser su compadre. Los chicos, uno tras otro iban entrando en la sala y se dirigían a la chica que preferían diciendo: “Buenas noches comadre”, si él era el elegido, la chica le ofrecía la silla vacante a su lado, pero si no era, haciendo un gesto de desprecio, le volvía la espalda. Esto se repetía hasta que finalmente se completaban las parejas. De esta manera había una oportunidad de hablar con la chica que uno quería, aunque no siempre era elegida la persona deseada, muchas veces se arreglaba entre quien organizaba el juego y las partes interesadas y el resultado era el noviazgo.

En estas fiestas teníamos la oportunidad de bailar con la chica que deseábamos y hablar con ella, aunque fuese brevemente. También se podía expresar en coplas o décimas cuando la chica estaba bailando. He aquí un ejemplo que se recitaba a la chica, para ello, el baile se paraba y en un gran silencio, el joven se acercaba a la chica y recitaba:

Desde el levante al Poniente,
desde el Norte al Mediodía,
te llevas la gallardía
como un sol resplandeciente.

En el mirar solamente,
comprenderás que te quiero.
Y así te digo, salero,
que te quiero de verdad.

A ti, hermosa deidad,
Que por tu querer me muero.

El juego de compadres, algunas veces se efectuaba de diferente forma: en lugar de la fiesta y la silla vacante, el juego se hacía colocando los nombres de los chicos solteros en un sombrero y lo mismo se hacía con los nombres de las solteras. Aquí las parejas se formaban sacando un nombre del sombrero de las chicas y otro de los chicos. El nombre de la chica era enviado al chico a su casa y este estaba obligado a hacer un regalo a su comadre. Algunas veces del compadrazgo salía un noviazgo.

A pesar de las dificultades que los jóvenes tenían en establecer relaciones entre sí, casi todos los chicos tenían novia a la edad de diecisiete o dieciocho años. Debido a la crisis económica que asolaba el país por aquella época, los noviazgos duraban largo tiempo: diez o doce años de espera, antes de contraer matrimonio, era lo normal en las parejas. Tan pronto como una pareja se comprometía a casarse, empezaban a ahorrar para comprarse el ajuar, pero con los jornales tan míseros que se ganaban y estando parado la mayor parte del año, no era posible ahorrar mucho.

Mi experiencia como novio no merece un espacio entre estas líneas y sólo mencionaré tres casos que me vienen a la memoria. El primero, cuando yo tenía unos quince años, no fue una novia en el propio sentido de la palabra, era una amiga que se llamaba Quiteria, ni ella ni yo pensamos nunca en contraer matrimonio, pero ambos nos divertíamos “pelando la pava” en la reja durante un verano. Como digo, solo éramos amigos y cuando llegó el día de separarnos, como no había ningún fuego en nuestros corazones, no quedó ningún rescoldo como dice el adagio español. El segundo caso fue algo más serio y Elvira era mi novia, pero, sinceramente, después de los primeros meses, mi ardor por Elvira se apagó y me aburría cuando estaba con ella. Elvira era dos o tres años mayor que yo, su madre era viuda y tenía un hijo llamado Juan. Yo la visitaba en su casa y tanto su madre como su hermano me apreciaban mucho, por este motivo no tenía suficiente coraje para romper las relaciones por completo. Un día cuando estaba haciendo el servicio militar, le escribí una carta en la cual le dije que era inútil continuar las relaciones y así terminó nuestro noviazgo. El tercer caso fue una chica que había sido mi alumna cuando estuve dando clases, se llamaba María, era inteligente y no mal parecida; yo no estoy seguro de que la amara, pero me hubiese casado con ella de no haber sido por nuestras diferencias con respecto a la religión. Ella quería que nuestra boda fuese solemnizada por la Iglesia católica y yo quería una simple boda en el Registro Civil. Como no llegábamos a un acuerdo, decidimos terminar nuestras relaciones y seguir siendo buenos amigos.

Capítulo V

ENSEÑAR Y APRENDER

Como queda dicho, empecé a trabajar en la agricultura a la edad de quince años, unas veces encontraba empleo localmente y otras emigraba a la campiña jerezana, donde en verano era fácil encontrar trabajo. Los peores tiempos eran invierno y primavera. Había veces que encontraba trabajo reparando carreteras, pero en general, el trabajo escaseaba, por esta razón cuando unos cuantos vecinos me animaron a dar clases a sus hijos, acepté de buena gana, no solo porque tendría empleo permanente, sino también porque podría aportar mi grano de arena para combatir el analfabetismo. No tenía ningún título para enseñar, ni siquiera había entrado en una escuela en toda mi vida, pero pensé en el señor Atienza, tampoco él tenía título para enseñar, sin embargo, él me ayudó a dar mis primeros pasos en el camino del saber. Mi conocimiento del magisterio era cero, no sabía cómo enseñar, pero sabía aprender. Podía enseñar tal como yo había aprendido, usando el camino más corto, esto es, simplificando las lecciones. Además, no iba a preparar a estos niños para su ingreso en una universidad, les iba a enseñar a leer, a escribir y a hacer cuentas, y estos eran los deseos de sus padres. El número de alumnos era de unos veinte o veintidós, de ambos sexos y diferentes edades que oscilaban entre los cuatro y los veintidós años. Entre ellos había quienes tenían ya algún conocimiento de las letras y quien empezaba por primera vez a leer y a escribir.

Como los campesinos se levantan temprano, empezaba tan pronto como había desayunado, siempre con los alumnos más distantes y trabajaba viniendo hacia mi casa. Cerca de mi casa había una familia de ocho hermanos y yo daba clase a siete de ellos, la más pequeña tenía dos años y aunque no era mi alumna, pasaba toda la clase sentada en mis rodillas. En casa de esta familia era donde terminaba las clases cada día, empezando después de la cena y acabando a las once de la noche. Aquí el trabajo era fácil, porque mis siete alumnos y muchas veces la pequeña Pepi, se sentaban alrededor de una mesa muy grande y si tenía que dar una explicación acerca de un tema, todos podían escuchar al mismo tiempo. El mayor tenía veintidós años y la menor cuatro, pero yo dividía las clases en dos categorías, los mayores en una y los menores en otra. En la pared teníamos una

pizarra muy grande que además de ser muy útil para resolver problemas de aritmética o aprender los números, los menos avanzados, servía también para el sistema métrico decimal, medidas del tiempo, etc.

Con los demás alumnos diseminados por el campo, no podía emplear mucho tiempo, por término medio empleaba media hora con cada alumno, según su edad y su capacidad para aprender. En algunas casas tenía dos o más y era aquí donde economizaba tiempo. Mis clases comenzaban siempre antes de las ocho y terminaban a eso de las once de la noche, siete días a la semana. Por aquella época no había domingo para los campesinos, los únicos días que tenía descanso eran los días de fiesta, como Navidad, Semana Santa, Carnaval y la feria del pueblo, que tenía lugar dos veces al año.

Con mi sueldo nunca podría hacerme rico, porque cobraba un modesto precio por las clases, la razón era que para la mayoría de los padres pagar una pequeña suma para enseñar a sus hijos era un gran sacrificio, pero yo ganaba un poco más que en la agricultura y era más independiente.

Al cumplir los veinte años, fui llamado a hacer el servicio militar, en España, todos los hombres útiles, es decir, los que no padecen alguna enfermedad o defecto físico, estaban obligados a ingresar en el Ejército durante dos años. Por esta razón mi ocupación como maestro de escuela fue interrumpida durante este tiempo. Fue triste tener que despedirme de mis alumnos, muchos de los cuales habían hecho grandes progresos.

Fui destinado al Primer Regimiento de Infantería de Marina, que tiene su cuartel en San Fernando, cerca de Cádiz. Primero estuve en el cuartel de San Carlos, dónde aprendí la instrucción militar, terminada esta, ascendí a cabo y me destinaron al Arsenal de la Carraca, que es uno de los astilleros y base de la Marina Española de Guerra. No voy a relatar aquí los pormenores de la vida militar en esos dos años, pero narraré un caso que me aconteció que creo, merece ser referido en esta historia.

Me habían trasladado a enfermería debido a un agudo dolor de vientre, en la enfermería había dos o tres habitaciones con camas donde ponían a los enfermos antes de enviarlos al hospital. Yo estaba solo en uno de esos cuartos que tenía dos camas y según el silencio que reinaba en la enfermería aquella noche, creo que no había ningún otro enfermo. Me sentía bastante mal, el dolor a veces disminuía para volver a atacarme cada vez con más fuerza. Serían las nueve de la noche cuando entró en mi cuarto un marinero, llevando en la mano un largo cuchillo, al entrar me preguntó por un nombre que yo no conocía:

“Tan pronto como aparezca por aquí lo mato” dijo blandiendo el cuchillo. “Yo esperaré aquí hasta que venga”, y se sentó en mi cama.

Según sus acciones, estaba seguro de que aquel marinero estaba loco. Me sentía aterrorizado y trataba de razonar con él, pero a veces se enojaba y yo temía que me atacase a mí, no sabía qué hacer y decidí callar y solo responder a sus preguntas. El tiempo transcurría tan despacio que pensé que pasaría toda la noche en aquella situación. Por último, vino el enfermero de guardia y lo convenció para que se fuese con él. Después de todo esto, me di cuenta que mi dolor de vientre había desaparecido por completo y tan pronto como volvió el enfermero le pedí el alta, pero no consintió que me marchase hasta el día siguiente.

Terminado mi servicio militar, volví a dar clases, pero esta vez en otro distrito, porque los lugares por dónde yo enseñaba los había tomado otro maestro. En mi nuevo distrito, los alumnos estaban más desperdigados, pero también daba clases a un grupo de siete u ocho por la noche, después de la cena. Vivía entonces en casa de mi hermana Rosa y por la noche daba clases a sus hijos y cinco adultos que vivían cerca y venían por la noche a las clases. Continué dando clases hasta el año 1936, cuando me coloqué en la industria del corcho, allí estaba trabajando cuando empezó la Guerra Civil.

Capítulo VI

LA REPÚBLICA

Con el advenimiento de la República en abril de 1931, el país experimentó un enorme cambio político jamás visto antes en España. Por primera vez en la historia, el pueblo era libre para expresar sus ideas políticas y religiosas, aunque claro, corriendo el riesgo de ser encarcelado, como fui yo unas cuantas veces. Hasta 1931, no había libertad de prensa en el país, ni asociaciones políticas y sindicales; la mordaza empleada contra el pueblo fue destruida el 13 de abril de 1931, cuando por primera vez en más de diez años, se celebraron elecciones municipales. La dictadura de Primo de Rivera y después de Berenguer, llegó a su fin y con ella, la monarquía de Alfonso XIII. Un nuevo régimen lleno de promesas y esperanzas vino a reemplazar al despotismo militar. Con la libertad de prensa y la libertad de asociación, nuevos periódicos nacieron y nuevos partidos políticos y asociaciones sindicales se constituyeron en casi todos los pueblos y la clase trabajadora empezó a luchar de forma reivindicativa.

En Alcalá se constituyó el Sindicato Único de Trabajadores y fui elegido secretario del comité ejecutivo. A mi cargo estaba también la información y distribución de prensa. Todo fue bien en los dos primeros años de régimen republicano, pero cuando los patronos le declararon el boicot a la República y se negaron a labrar las tierras y el descontento empezó a sentirse en todas partes, el país se dividió en dos bandos: en un lado los que tenían demasiado y en otro los que no tenían nada.

La República dio el voto a las mujeres, que hasta entonces no habían tenido parte en las elecciones de los representantes del pueblo, y la Iglesia explotó en su beneficio este acontecimiento desde el púlpito y así, en las segundas elecciones, la izquierda sufrió una terrible derrota. Durante dos años, lo que llegó a llamarse “Bienio Negro”, las organizaciones obreras fueron clausuradas y sus dirigentes encarcelados y torturados sin piedad. Si los obreros de un pueblo se declaraban en huelga, no solo sus dirigentes eran encarcelados, sino también los dirigentes de los pueblos vecinos. Como ejemplo puedo ofrecer el caso de un pueblecito llamado Casas Viejas (hoy Benalup). En este pueblo se habían declarado en huelga

general y la Guardia Civil y la Guardia de Asalto fueron enviadas para apaciguar a los huelguistas; las casas de este pueblo tenían las techumbres de castañuela y juncos de la laguna de La Janda. En una de estas chozas, se hicieron fuertes un grupo de huelguistas y la Guardia de Asalto y la Guardia Civil arrojaron bombas de petróleo sobre el techo y sus ocupantes. Los que no pudieron escapar, fueron quemados vivos, entre ellos un anciano y dos mujeres.

Aunque nosotros en Alcalá no declaramos ninguna huelga, todos los componentes del comité de nuestro sindicato, incluido yo, fuimos detenidos, encarcelados y torturados sádicamente. A mí me detuvieron en el cuartel de la Guardia Civil ocho horas, cuando uno de los guardias estaba cansado de abofetearme y pegarme con un vergajo, otro llegaba y tomaba su plaza y seguía torturándome hasta que se cansaba y otro venía a reemplazarlo y así ocho horas. A las dos de la mañana me lanzaron en una celda, agotado y sangrando por todo el cuerpo, sin nada para abrigarme en esa fría noche del mes de enero, mi única cama eran los ladrillos del suelo.

Debí estar en muy mal estado, porque mis compañeros hicieron que trajeran a un médico a las cuatro de la mañana. No debían haberse molestado, porque como dice el adagio, el médico y los guardias “eran lobos de la misma manada”, en lugar de atender mis heridas, me recetó un purgante de aceite castor. Esta no fue la última vez que estuve en la cárcel; varias veces me vi entre rejas, pero nunca más fui torturado o maltratado y hasta puedo decir que el sargento de la Guardia Civil empezó a sentir simpatía por mí, cuando sin ningún motivo me ponía detrás de las rejas. No solo fui encarcelado por ser el secretario del sindicato, fui detenido también por repartir literatura sindical y por escribir artículos en la prensa obrera. La última vez que me detuvieron, fue por escribir un artículo que se publicó en un periódico de Algeciras y como en aquellos años el Gobierno había promulgado la ley marcial, me acusaron de incitar a la sedición, cuyo caso tenía que ser juzgado por la ley marcial. Cuando me detuvieron, el sargento me dijo que lo sentía mucho pero que el caso no dependía de él. Al día siguiente de haber sido detenido, esposado y escoltado por una pareja de la Guardia Civil, me trasladaron a Algeciras en un autobús de línea. Recuerdo las miradas de los pasajeros, sospechando que yo era un criminal. Al llegar a Algeciras me condujeron en presencia del comandante jefe del Campo de Gibraltar, este al verme con las esposas, después de ojear los documentos que la pareja les había entregado, le dijo a los guardias:

“Suelten a este hombre inmediatamente. Este hombre no es un criminal”

Después de despedir a los Guardias, el comandante jefe me dio una lista de abogados, entre los cuales yo podía elegir a mi defensor. Como no conocía a ninguno de estos oficiales, él me aconsejó que eligiera a un tal capitán Rojas, así lo hice y provisto de su dirección fui a verlo. Después de discutir el caso, me dijo

que ya se pondría en contacto conmigo antes que el Tribunal se reuniese para juzgarme.

Afortunadamente, unos días más tarde, el “Bienio Negro” tocó a su fin. El Frente popular había ganado las elecciones de febrero de 1936 y decretó una amnistía para todos los acusados o condenados por causas políticas. Por esta razón nunca oí más del capitán Rojas. Otra vez que me vi en conflicto con la ley fue cuando escribí un artículo en el periódico de CNT, órgano de los sindicatos obreros. Esta vez no me detuvieron, pero me dijeron que tenía que presentarme en la comisaría de policía de Madrid, no pude menos que reírme; Madrid está a más de 500 kilómetros de Alcalá: ¿cómo podría ir yo a Madrid cada día? Después de reflexionar durante un rato sobre el problema, me dijeron que me fuese a casa y que ya me llamarían si me necesitaban. Después de algún tiempo, un día recibí una nota del juez de Alcalá, notificándome que me presentara en el juzgado para oír el resultado del fallo del juzgado de Madrid en la causa que se seguía contra mí por mi contribución en el periódico CNT.

Me presenté en el juzgado y el juez me dijo que me habían impuesto una multa de mil pesetas, cuya suma podía pagar allí y asunto zanjado. Esta vez no me reí porque el asunto era demasiado serio para reírme. Mil pesetas en aquellos tiempos era una inmensa fortuna, ¿de dónde podía sacar tanto dinero? ¡Yo que la mitad del año estaba sin empleo! Traté de ser lo más cortés posible con el juez, pero creo que la sangre empezó a hervir en mis venas.

“¿Ha dicho usted mil pesetas, Señor Juez?”, le pregunté un tanto incrédulo.

“Sí, sí, mil pesetas”, me respondió.

“Entonces, ordene usted que me conduzcan a la cárcel, porque yo no tengo ni un céntimo”.

“En ese caso lo que haremos—dijo el juez— es hacer una orden de requisición y embargar sus posesiones”.

“No creo que mis posesiones, incluida la ropa que tengo puesta valgan más de unos cuantos reales”

Él, viendo que era un caso perdido, me echó una mirada de conmiseración y me dijo:

“Lo que voy a hacer es enviar al juzgado de Madrid un atestado, certificando que usted es insolvente y no puede pagar la multa y así terminó el asunto de CNT.

Todas estas persecuciones no hicieron mella en mi afán de luchar por una sociedad más justa. Lejos de cambiar el modo de pensar, me daba aliento para seguir el camino de la reivindicación. El gran Cervantes en su famosa obra *Don Quijote de la Mancha*, creó dos caracteres completamente opuestos: don Quijote, un hombre soñador, idealista, desinteresado y siempre dispuesto a “desfacer entuertos”¹ mientras que Sancho Panza, su escudero, era todo lo contrario: egoísta e interesado en llegar a gobernar la isla de sus sueños, sin importarle un bledo cómo conseguir su objetivo.

En España la mayoría de las gentes se identifican con estos dos caracteres; yo pertenecía en aquel tiempo (ahora he cambiado) al primero de estos caracteres. Soñaba con una sociedad sin ricos ni pobres, dónde cada uno aportase según su capacidad y recibiese según sus necesidades, dónde no hubiese acumulación de riquezas por unos mientras otros mueren de hambre; dónde no hubiese especuladores, usureros ni parásitos de ninguna clase, dónde no hubiese policías ni criminales, atacando las causas y origen del crimen, en lugar de fomentarlo como hoy ocurre. Una sociedad dónde todos fuésemos hermanos, no una sociedad de dos clases, los que tienen y los que no tienen.

¿Una utopía? Quizás, pero cuando yo era joven, sinceramente creía que era posible. No pensaba que hubiese tanta avaricia, tanto egoísmo, tanta maldad, y lo que es peor, tantos “pancistas”.

En febrero de 1936, el “Bienio Negro” llegó a su fin con el triunfo del Frente Popular en las elecciones. Después de dos años de tiranía, el pueblo empezó a disfrutar de la libertad que tanto deseaba, pero no por mucho tiempo. Como he dicho antes, España estaba dividida en dos facciones y la atmósfera política era asfixiante, atentados contra figuras políticas de ambos lados eran frecuentes. La situación no podía continuar. Una noche un oficial de policía fue asesinado en Madrid; dos o tres días más tarde, el líder de la oposición corrió la misma suerte.

La guerra civil había comenzado.

1 - En realidad, lo que dice el Quijote es como sigue: “Caballero soy armado, que corre el mundo para desfacer agravios y enderezar entuertos...” (Nota transcriptor)

Capítulo VII

LA GUERRA CIVIL

El 18 de julio, las Fuerzas Armadas, dirigidas por un grupo de generales traidores a la República se lanzaron a la calle, creyendo que el pueblo se sometería, una vez más, al yugo militar, pero no fue así; los trabajadores de Madrid y Barcelona, las dos capitales principales de España, rodearon los cuarteles y los soldados hicieron causa común con el pueblo.

Lo que los generales rebeldes creían que duraría unas cuantas horas, duró tres años de sangrienta lucha, donde más de un millón de personas perdieron la vida, dejando el país destruido y muchos pueblos desaparecidos del mapa. Veamos ahora como me afectó a mí esta lucha. Hasta entonces había sido enemigo de toda clase de violencia. Mi teoría se centraba en que era posible cambiar la sociedad usando la persuasión y educando a las futuras generaciones en el respeto mutuo, creando un ambiente de fraternidad. ¡Qué ingenuo! En unos cuantos meses me di cuenta que vivía en un sueño. Cuando en la plaza de toros de Badajoz metieron unos tres mil obreros y los liquidaron con una ametralladora, cuando en un pueblo de la provincia de Córdoba exterminaron a toda la población masculina, dejando solamente a los menores de edad; cuando centenares de inocentes eran sacados por la noche y ejecutados al lado de la carretera o en el cementerio y abandonados allí hasta que los gusanos los devoraban...No, no era posible seguir siendo pacifista. Hasta entonces había repudiado empuñar un arma para usarla contra un ser humano, pero estos no eran seres humanos, sino monstruos.

La noticia del alzamiento militar la tomamos con escepticismo, los informes en la radio eran contradictorios, según la fuente de procedencia.

Yo estaba en la puerta de mi casa en Alcalá. Mi madre estaba dentro de la casa y enfrente había un bar donde mi hermano Francisco jugaba al dominó con unos amigos. La calle donde estaba mi casa era bastante estrecha y cuando un vehículo pasaba por la calle, casi tocaba las aceras. Un camión cargado de falangistas apareció y al pasar frente a mi puerta, uno de los falangistas, haciendo el saludo nazi, casi metió su mano en mi cara gritando: “¡Arriba España!”. Yo no pude resistir

la ira y sin darme cuenta del peligro al que exponía a mi familia y a mí, cometí la imprudencia de responder: “¡Viva Azaña!”. Después me di cuenta de que esta estupidez podía haberme costado la vida, poniendo en peligro a mi madre y a mi hermano.

Inmediatamente el camión se detuvo y dos o tres falangistas se apearon y se dirigieron a mi casa, yo trataba de cerrar la puerta antes de que los falangistas entrasen, pero estos ya empezaban a empujarla. Apoyé el hombro en la puerta tratando de echar el cerrojo, pero con los golpes que ellos daban con las culatas de sus fusiles era imposible, por fin, mientras ponía toda mi fuerza en el hombro, mi madre consiguió tirar del cerrojo. Los golpes en la puerta arreciaban y mi pobre madre llorando me decía:

-“Hijo mío, ¿qué vamos a hacer?”

-“Valor, madre, valor” le respondí yo tratando de animarla.

-“Pero si tengo valor” decía la pobre.

Podía escapar por la ventana trasera pero no podía dejar a mi madre allí, los golpes eran cada vez más fuertes y yo estaba convencido que me había llegado la hora final, pero entonces algo ocurrió fuera, uno de los falangistas en el camión preguntó:

“¿Pero qué ha hecho ese hombre, decir Viva Azaña?, yo también digo Viva Azaña. Los falangistas empezaron a discutir entre ellos y a gritar: “¡Vámonos, vámonos de aquí!”.

Parece ser que la gente se aglomeraba en la calle y ellos temían un ataque por parte del pueblo. El camión empezó a acelerar y oí que alguien decía: “Ya vendremos más tarde”

Tan pronto como el camión desapareció, mi hermano llamó a la puerta y yo vi que una gran muchedumbre se había concentrado a lo largo de la calle. Le dije a mi madre que se marchase de allí antes de que vinieran otra vez. Fue la última vez que vi a mi madre.

Empezaba a anochecer y me escurrí entre la gente para salir del pueblo siguiendo el mismo camino que en la tarde del 3 de octubre de 1869, siguió Fermín Salvochea, cuando seguido de los carabineros y la Infantería de Marina, marchó hacia Algar. Una vez fuera del pueblo, aproveché la oscuridad de la noche para dirigirme a un pueblo vecino dónde tenía bastantes amigos. En el camino me encontré a un tío mío que se dirigía hacia Alcalá. Él era republicano y su partido le había llamado al pueblo para hacer frente al alzamiento militar. Le conté lo que

había ocurrido y le aconsejé que esperase hasta el día siguiente. Aquella noche dormí en casa de mi tío y por la mañana, después de desayunar, me puse en marcha hacia Paterna, el pueblo donde tenía varios amigos.

Durante toda la mañana podía oírse el ruido de bombardeos en Cádiz, donde los obreros habían opuesto alguna resistencia. Aquella noche nos sentamos en un bar de la plaza de Paterna oyendo la radio, serían las diez poco más o menos, cuando fuimos sorprendidos por un ataque de ametralladora y fusiles desde la esquina de la calle. En un momento la plaza quedó desierta, excepto los que estaban heridos o muertos. El tiroteo duró bastante tiempo, porque los fascistas fueron de casa en casa, fusilando a aquellos que creían sus enemigos. Yo me salí del pueblo y a la mañana siguiente, encontré a uno de mis amigos, un joven de 16 años, herido en una pierna. Los falangistas habían sacado de su casa a su padre y a él y les habían disparado varios tiros, dejándolos por muertos; su padre murió en el acto, pero él solo recibió un tiro en la pierna. Desde este momento, la ley no significaba nada para nosotros, todos estábamos fuera de la ley, era la ley del más fuerte la que regía. Durante toda la mañana, una columna de fugitivos salía de Paterna, la mayoría sin saber adónde dirigirse. No lejos de Paterna, junto al camino por donde iban los fugitivos, vivía entonces mi hermana Rosa y su familia. Mi cuñado Antonio ofrecía a los fugitivos agua para que se refrescasen, eso fue como firmar su sentencia de muerte, unos días más tarde, vinieron a por él y por su hijo de 18 años y los dos fueron asesinados. Caminé con unos cuantos amigos durante unos dos días por la montaña y llegamos a una aldea llamada La Saucedada. Aquella noche la pasamos en una barricada, porque en la aldea esperaban un ataque fascista, pero la noche transcurrió sin novedad. Después de desayunar nos dirigimos a un pueblo llamado Ubrique, en el camino nos sorprendió un grupo de vigilantes de un puesto avanzado que los ubriqueños tenían establecido en la montaña. Aquí pasamos por un momento angustiados, porque no sabíamos si este grupo era o no fascista. Nos apuntaron con sus escopetas desde detrás de una roca, nos exigieron que nos identificásemos.

“¿Y quiénes sois vosotros?”, le respondimos llenos de dudas.

“No importa –dijo uno amenazadoramente– Responded pronto quienes sois”.

Nosotros teníamos desventaja, ellos parapetados tras una roca y nosotros al descubierto en medio de la carretera. Cuando les dijimos quiénes éramos, nos pidieron nuestros documentos o pruebas de identificación, nos examinaron las manos para asegurarse que en realidad éramos obreros. Yo estaba bien documentado porque había trabajado en la industria del corcho y mis manos estaban teñidas del curtido. La atmósfera cambió inmediatamente, de un estado de duda y desconfianza a un estado de fraternidad y regocijo. Después de este acontecimiento seguimos camino de Ubrique, donde llegamos a la caída de la tarde a las afueras del pueblo, pero no podíamos entrar porque en aquellos momentos había

una batalla en progreso. Los fascistas habían atacado el pueblo, pero después de tres o cuatro horas de combate, fueron rechazados, dejando dos muertos y un guardia civil prisionero. Acabado el combate, entramos en el pueblo y en cada entrada del pueblo había una guardia compuesta por obreros. El encargado de la guardia por dónde nosotros teníamos que entrar, parece que había estado celebrando el triunfo de la batalla porque estaba más borracho que una cuba. Seguramente creyó que nosotros éramos fascistas y poniendo su pistola en mi pecho, me amenazó con dispararnos si no nos identificábamos pronto. Estaba seguro de que ese hombre era capaz de ejecutar lo que decía, pero afortunadamente había en el pueblo una persona a quién yo conocía y tan pronto como le dije el nombre, la situación cambió. Después de cerciorarse por teléfono de que yo decía la verdad, se puso muy amable y ordenó a uno de sus hombres que me acompañasen hasta donde estaba mi amigo. Otra vez pasamos la noche en una barricada, esta vez bajo las órdenes del teniente de la Guardia Civil, que al parecer era leal a la República, pero solamente al parecer, porque después he sabido que este teniente era el jefe de la Guardia Civil de Alcalá de los Gazules cuando mataron a mi padre.

He dicho en páginas anteriores, que en ambos bandos murieron millares de inocentes y mi padre fue uno de ellos. Su único delito fue ser padre de cinco hijos que estaban todos luchando contra los fascistas. Así se vengaron.

Como ya he dicho antes, mi padre era analfabeto y no entendía una palabra de política; sin embargo, cuando había elecciones siempre votaba a los conservadores, nadie podía llamarlo revolucionario. Mi padre tenía un trozo de tierra en arrendamiento, que cultivaba con dos caballos. Un día cuando ya tenía el trigo limpio en la era, vinieron los falangistas, se incautaron de los caballos y el grano y a él se lo llevaron preso. Unas noches más tardes lo sacaron de la cárcel y lo asesinaron en las afueras del pueblo. Este es un ejemplo de la justicia que se usaba en aquellos días.

Después de la noche que pasé en la barricada con la Guardia Civil, estaba yo bastante cansado después de tres días de marcha por la montaña y haciendo guardia durante la noche, así, decidí salir del pueblo y descansar un poco. Serían las nueve de la mañana cuando apareció en el cielo un avión y empezó a lanzar hojillas en las que se decía que, si el pueblo no se rendía, tendría lugar un bombardeo. En esas hojillas se daban instrucciones de poner sábanas en lugares visibles, en señal de rendición. Al mismo tiempo que las hojas caían al suelo, una columna de fuerzas apareció por la carretera donde el día anterior había tenido lugar la batalla. El ataque comenzó inmediatamente, y yo, como no tenía fusil, me quedé observando como la columna avanzaba. Creí que como no estaba tomando parte en la batalla, nadie se iba a ocupar de mí, pero una ráfaga de ametralladora alcanzó la roca donde estaba sentado. Enseguida me di cuenta que en este juego no se admitían espectadores y me puse detrás de la roca. Como era de esperar, el pueblo cayó en manos de los falangistas después de varias horas de combate.

Nuestra odisea, que duró tres años, empezó en este momento.

Llegó a nuestro conocimiento que en Ronda se estaba organizando un ejército del pueblo y allá nos dirigimos. Tres o cuatro días de marcha por las montañas y al fin llegamos a Ronda. Ronda fue una pequeña ciudad al sur del tajo durante la ocupación árabe, en ella había un viejo puente que aún existe al norte de Ronda o Ronda la Nueva, área de la ciudad que se desarrolló con posterioridad cuando se construyó un nuevo puente que une Ronda la Vieja y la Nueva. Hoy en día Ronda es un pueblo turístico muy visitado por numerosos autocares procedentes de la Costa del Sol.

Cuando comenzó la guerra, la Guardia Civil se unió a los rebeldes, después de todo, el jefe de la Guardia Civil era el General Sanjurjo, líder de los rebeldes. En cambio, los Carabineros se mantuvieron leales al Gobierno. El jefe de los Carabineros en Ronda era un suboficial llamado Trujillo y su hijo era el líder de los Milicianos de Ronda. A nuestra llegada a Ronda nos presentaron al general Trujillo con el objeto de alistarnos en las filas de los Milicianos. Tras verificar que éramos leales a la República, nos dijo que en aquel momento no había fusiles para nosotros, pero estaba esperando recibir algunas armas y que tan pronto llegasen, nos avisaría. Unos días más tarde nos llamó a la oficina de reclutamiento y nos alistamos a las Milicias. El número de fusiles que recibió el general Trujillo no era suficiente para equipar a todos los que querían alistarse, pero fui afortunado y me dieron uno. En otras circunstancias lo primero que hubiéramos recibido era instrucción y manejo de armas, pero con el enemigo amenazando por todas partes, no podíamos perder el tiempo, además, casi todos los españoles sabían manejar un fusil, porque estábamos obligados a hacer el servicio militar durante dos años. Tan pronto como tuvimos el fusil fuimos metidos en un camión y desplazados al frente. Nuestra función era asistir a los milicianos en los pueblos pequeños alrededor de Ronda. Nuestra unidad era una fuerza móvil, siempre preparada para ir a donde fuese necesario. Un día nos metieron en un camión y nos llevaron a un pueblo llamado Villanueva de San Juan. Llegamos al pueblo alrededor de las cuatro de la tarde. El capitán Trujillo pidió voluntarios para una misión delicada, según él. Éramos unos veinte voluntarios y dividiéndonos en grupos, nos acercamos al pueblo. El objetivo, según nos dijo, era el cuartel de la Guardia Civil. Al grupo donde iba yo se nos dio la orden de ocupar una escuela que estaba detrás del cuartel. Las ventanas del cuartel daban a la escuela, que se encontraba a unos diez metros. Tan pronto como entramos en la escuela empezó un tiroteo que duró más de dos horas. El tabique de la escuela era tan delgado que las balas pasaban a través de él.

Afortunadamente, ninguno del grupo fue herido.

El tiroteo fue perdiendo fuerza a medida que pasaba el tiempo, y por fin, se hizo el silencio. En mi grupo, que al principio éramos seis, ya no quedábamos

más que dos, los otros se habían ido a averiguar lo que pasaba fuera. Esperábamos órdenes del capitán, pero nadie se ocupó de nosotros, llegó la noche y la oscuridad y el silencio se me hizo insoportable. Entre los dos que quedábamos en la escuela decidimos que uno fuese a investigar mientras el otro vigilaba las ventanas del cuartel. Después de unos diez minutos, que me parecieron diez horas, el otro compañero volvió diciendo que todos los milicianos se habían retirado y la Guardia Civil había abandonado el cuartel. No sé porque no se nos ordenó retirarnos, cuando la operación había terminado. Desde entonces nunca he salido voluntario para ninguna operación. Aquella noche dormimos en una era, cerca del pueblo y al día siguiente nos reunimos con nuestra unidad, el capitán nos dijo que había sido un error, un error que podía habernos costado la vida. Desde allí fuimos a Antequera, pero ya era demasiado tarde, los fascistas habían tomado ya parte de la ciudad y solo pudimos contener el avance por la carretera que atraviesa la Sierra del Torcal. Después de una semana en la Sierra, volvimos a Ronda; durante los dos o tres meses que estuve en Ronda, el régimen de administración era una clase de comunismo, más o menos; las pocas cosas que había en las tiendas, no se podían obtener con dinero, si se necesitaba algo, el comité de abastos daba un vale que era intercambiado por la mercancía. La gente trabajaba sin ningún sueldo, después de todo, para qué se quería un sueldo si cuanto necesitabas lo podías obtener sin dinero. El sistema tenía sus ventajas y desventajas, pero no creo que sea un asunto para ser discutido en estas memorias.

En la película basada en el libro: *For who the bells toll* cuyo autor es el americano Hemingway, se pueden ver escenas del *film*, donde los rojos (ese era el apelativo dado a los partidarios del gobierno), tiraban a los fascistas por el famoso tajo de Ronda. Yo no sé si hay algo de verdad en lo que Mr. Hemingway dice en su libro, solo puedo decir que en tres meses que estuve allí, no vi arrojar a nadie por el tajo, lo que puedo asegurar es que, lo mismo que en el lado fascista, fueron asesinados muchos hombres.

Una mañana fui al cementerio a recoger algunas herramientas (picos y palas), para hacer fortificaciones y vi que a un lado del cementerio había en el suelo ocho hombres que habían sido fusilados. Esto era trágico, pero también me daba cuenta de que esta guerra la comenzaron los fascistas y no se puede poner uno demasiado sentimental. Algunas noches, cuando no estaba en el frente, hacía servicio de vigilancia en Ronda la Vieja que era donde vivían la mayoría de los fascistas. El lugar era muy peligroso e íbamos en grupos de cuatro. Yo prefería el servicio en el frente a la retaguardia. El día que los fascistas tomaron Ronda, no estaba de servicio, porque había más hombres que fusiles y nos relevábamos de vez en cuando. Aquella semana la tenía de descanso y estaba en Ronda la Vieja. El ataque empezó por la mañana con un gran bombardeo aéreo y en unas cuantas horas la resistencia se había desvanecido. No podía esperarse otra cosa de una fuerza casi sin armas, sin instrucción y sin disciplina. Centenares de mujeres, ancianos y niños abandonaron el pueblo y salieron en dirección a Málaga. Algunos

fueron afortunados y tomaron un coche o un camión, otros como yo, caminamos todo el día y toda la noche, tomando un atajo por la montaña y llegamos a San Pedro a las cuatro de la mañana. El alcalde nos recibió con mucha amabilidad y ordenó que nos dieran café y pan caliente recién salido del horno. De San Pedro cogí un camión que iba a Alhaurín el Grande, donde dormí aquella noche. A la mañana siguiente me puse en marcha y caminé todo el día, pasando a través de los pueblecitos pequeños de la costa, entre ellos Fuengirola y Torremolinos. Hoy, estos pueblecitos se han convertido en ciudades, donde cada año veranean millones de turistas internacionales. Cuando yo pasé por Torremolinos en 1936, era un pintoresco pueblecito pesquero y sus habitantes pasaban la noche pescando en sus luminosas lanchas pesqueras para durante el día, reparar sus redes en la playa. La carretera que bordeaba la costa era muy estrecha y con muchas curvas y no había ningún tráfico. Me acuerdo que donde hoy está el aeropuerto internacional, había un campo de gitanos que, el día que pasé por allí, fueron bombardeados, seguramente confundidos con un campamento militar. Málaga estaba llena de refugiados de los pueblos ocupados por los fascistas. Yo dormía en un convento de monjas, muchas de las cuales se habían marchado, pero, aún había unas cuantas que nos atendían y trataban de hacernos la vida más agradable. También pasé unas cuantas noches alojado en un colegio

Las comidas para los milicianos eran servidas en la Lonja, aunque yo muchas veces comía en un pequeño restaurante, porque desde nuestra llegada a Málaga, todos los milicianos recibíamos diez pesetas diarias. Este era un buen sueldo en aquellos días. Por último, todos los milicianos de Ronda y de otros pueblos de la provincia fueron reunidos y alojados en una iglesia en un pueblecito cerca de Málaga. La idea era organizar una fuerza militar con nuevos mandos bajo las órdenes del Ministerio de Guerra. Durante mi estancia en Ronda supe que el alcalde de Cortes, uno de los pueblos cercanos, era un señor que había sido capitán de Infantería de Marina, cuando yo hacía el servicio militar en San Fernando. Este capitán se había trasladado a Cartagena a tomar a su cargo el mando de una compañía de Infantería de Marina. Antes de comprometerme a afiliarme al nuevo cuerpo formado por milicianos de Ronda, decidí unirme al capitán y servir en el cuerpo donde yo ya había servido dos años. Por esta razón, pedí un pase para trasladarme a Cartagena. El pase me fue otorgado, pero con más de una semana de retraso. Tan pronto como obtuve el pase, cogí el barco que hacía el servicio de Málaga a Cartagena cada noche.

Cuando me presenté en el cuartel de Infantería de Marina en Cartagena me dijeron que la compañía al mando del capitán, exalcalde de Cortes, ya había salido para el frente de Málaga. En la casa de huéspedes donde me alojaba en Cartagena, había dos jóvenes, uno de Cádiz y el otro de San Fernando, ellos trabajaban en una fábrica de harinas; al enterarse que yo había perdido la oportunidad de unirme a la compañía de Infantería de Marina, me aconsejaron que me quedara a trabajar con ellos. Yo no podía permanecer inactivo y acepté de buena gana.

La fábrica de harinas era administrada como una colectividad y los trabajadores formaban parte de un comité que consistía en un presidente, un secretario, un tesorero y varios vocales. Esta fábrica era la única de su clase en Cartagena y teníamos que trabajar continuamente, veinticuatro horas al día, siete días a la semana para abastecer al pueblo de harinas. El problema era que el trigo empezaba a escasear; para resolver este problema, se acordó salir por los campos y comprar trigo, a este efecto me nombraron a mí como agente de compras. Al principio obtenía trigo en las cercanías. Murcia, Valencia, Alicante, Guadix...eran los lugares donde hacía la compra de trigo, pero a medida que el tiempo avanzaba, el grano era más escaso y tuve que alejarme a Castilla, en Alcázar de San Juan y sus alrededores. Como los bancos no funcionaban con regularidad en los pueblos, tenía que llevar conmigo gran cantidad de dinero. Recuerdo un día que fui a un pueblecito cerca de Toledo, llamado Tembleque, en la posada donde me estaba alojando no había ninguna habitación libre y el dueño me arregló una cama en el pasillo y me eché a dormir después de colgar la chaqueta en un clavo que había encima de mi cabecera. En el bolsillo había 20.000 pesetas. Al día siguiente muy temprano, me desperté y creí escuchar la respiración de alguien; abrí los ojos y vi que un hombre, de pie sobre mí, metía la mano en el bolsillo de mi chaqueta, le pregunté qué quería y me dijo que estaba buscando un cigarrillo. Si no hubiese despertado a tiempo, no sé lo que hubiese ocurrido con el dinero. Cuando le conté al dueño lo ocurrido, inmediatamente me dio una habitación para el tiempo que permanecí en el pueblo.

Convencer a los campesinos de que me vendiesen trigo, no era tarea fácil, ellos creían que yo era un agente del gobierno y temían que viniese a requisar sus granos. Así tenía que permanecer varios días en el lugar, charlando con los campesinos en los bares hasta que me ganaba su confianza. Tan pronto como hacía una compra, se corría la voz entre ellos y era fácil encontrar vendedores. Al mismo tiempo que compraba trigo, también compraba muchas cosas que era difícil encontrar en las tiendas, como queso, jamón, embutidos, etc. Las ganancias en la fábrica aumentaban enormemente y después de poner cierta cantidad de dinero en el banco para maquinarias o cualquier caso imprevisto, nos permitíamos el lujo de un buen sueldo.

Pero entonces ocurrió algo que cambió mi situación, un día estando empacando harina, uno de los tubos conductores de harina se atascó y en mi afán de arreglarlo lo más pronto posible, subí corriendo por la escalera de mano, esta se resbaló y yo caí desde una altura de unos cinco metros y me lastimé la espalda. Durante unas cuantas semanas tuve que permanecer en cama. Gracias al ama de la casa que me trataba, como me hubiese tratado mi madre, me fui recuperando poco a poco. El médico me dijo que el polvo de la fábrica podía afectar a mis pulmones y sería mejor que trabajase al aire libre. Cuando me recuperé, decidí dejar la fábrica y me coloqué en una colectividad agrícola en Alicante, en un lugar llamado la Conga, no muy lejos de donde hoy está el aeropuerto de Alicante.

Esta colectividad agrícola funcionaba, poco más o menos, lo mismo que la fábrica de harinas, pero las ganancias eran más reducidas y mi sueldo más moderado. Un día me ocurrió un caso que nunca podré olvidar. En la Conga se producía, además de grano y verdura, aceite de oliva y vinos. En esta ocasión estábamos haciendo reformas en la bodega donde había una gran cantidad de toneles de vino. Yo asistía al albañil, mezclando arena y cemento, proveerle de ladrillos etc.; mientras trabajábamos teníamos cerca un jarro de vino, yo no bebía casi nunca, solo a la hora de la comida tomaba un trago. Un día desmantelando la tubería que se usaba para trasladar el vino de una parte de la bodega a otra, encontré un tubo lleno de vino, su color era claro como un cristal y solamente por curiosidad me tomé un trago, su sabor era excelente, muy dulce como a mí me gusta, entonces tomé otro trago. Media hora más tarde, empecé a sentir un malestar en el cuerpo, náuseas, diarrea...nunca en mi vida me he sentido tan mal. Creí que me moría. Después de vaciar los intestinos y vomitar, algunas veces las dos cosas al mismo tiempo, durante dos o tres horas, me sentí un poco mejor y por fin me recuperé. Los tubos eran de cobre y el vino había estado allí mucho tiempo, años quizás y estaban contaminados por el metal.

Cuando empecé a estudiar Ido, el idioma internacional, nacido de una reforma del Esperanto, tenía correspondencia con un amigo Idista en Canet de Mar, provincia de Barcelona. Durante la guerra, nuestra correspondencia continuó tanto como fue posible en aquellas circunstancias. Escribí a mi amigo desde Alicante y él me preguntó si quería trabajar en la colectividad de Canet de Mar. Para mí Cataluña siempre había sido la región más avanzada de España, no podía perder la ocasión de hallarme entre estos camaradas. Fue un largo viaje, primero en un camión desde Alicante a Valencia, después, desde Valencia a Canet en tren, cambiando en Barcelona. Mi amigo me presentó a los compañeros de la colectividad y a otros muchos de sus amigos y fui muy bien acogido por la comunidad. El trabajo era labrar unas viñas y alimentar unas vacas, por lo cual tenía que ir con un carro tirado por mulos a un pueblo cercano llamado Arenys de Munt, cortar ramón, cargarlo en el carro y traerlo a Canet.

Mientras tanto la guerra había llegado a un estado de estancamiento. Los ataques contra Madrid eran rechazados constantemente y en los demás frentes, la lucha continuaba, unas veces en favor de un bando y otras en favor de otro. El ejército republicano estaba ya organizado y con disciplina, pero la calidad y cantidad de armamentos era inferior a la del ejército de Franco. Al principio de esta autobiografía, dije que el general Sanjurjo era el líder de los falangistas, pero este murió en un accidente aéreo y Franco tomó el cargo de jefe de todas las fuerzas fascistas. La superioridad del ejército de Franco estaba en su flota aérea. Hitler, que se preparaba para la II Guerra Mundial, experimentó su fuerza aérea en España y Franco disponía de tantos aviones como necesitaba. Cuando yo estaba en Canet, el gobierno llamó a las armas a mi quinta, esto es, todos los hombres nacidos en 1907 tenían que ingresar en el ejército. Hasta ahora yo solo había estado

en el frente de Ronda como miliciano, pero a partir de aquella fecha, tenía que ingresar en filas como soldado. Me presenté en Barcelona y me llevaron al castillo de Montjuich, donde estaba el centro de reclutamiento. Antes de la guerra este castillo era una prisión, pero durante la guerra allí se equipaba a los nuevos reclutas para ir al frente. Conmigo venía de Canet, un amigo que era de Carmona, provincia de Sevilla y ambos fuimos destinados a una Compañía de Zapadores. Después de marchar marcando el paso por las calles de Barcelona, llegamos a una estación de ferrocarril y nos llevaron a un pueblo llamado Cervera, entre Barcelona y Lérida, donde nos equiparon con armas y herramientas para hacer trincheras. Desde allí nos llevaron a otro pueblo llamado Vinaixa, donde había gran concentración de tropas. Una tarde nos metieron en un camión y después de viajar unas dos horas en un convoy de tropas, llegamos al río Ebro, al norte de Ribarroja del Ebro. Los puentes sobre el río Ebro estaban todos destruidos, el frente se extendía desde

Amposta al sur hasta cerca de Lérida al norte. Al oeste del río estaban las fuerzas de Franco y al este las fuerzas republicanas. El río Ebro era uno de los más caudalosos de España y cruzarlo sin puentes era muy difícil. Una noche, las fuerzas de Franco, confiadas en la dificultad de cruzar el río, fueron sorprendidas con un ataque por sorpresa y perseguidas durante unos treinta kilómetros. El ataque se efectuó con unos pequeños grupos de nadadores llevando al otro lado del río largas maromas y fijándolas con estacas para que sirvieran de pasarelas al resto de la tropa. Muchos soldados fueron arrastrados por la corriente y perecieron, pero en general, la operación fue un éxito. Más tarde se estableció un *ferry* para transportar munición y víveres.

La operación del Ebro fue una de las mayores azañas del ejército republicano. Cuando nosotros llegamos al río aquella noche, ya las fuerzas de combate habían consolidado sus posiciones y no había ningún peligro con respecto al enemigo, el peligro consistía en cruzar el río. Como he dicho, no había puentes, pero por donde nosotros atravesamos el río había una presa de donde extraían el agua para regar las huertas –cuya muralla de contención era de unos dos o tres metros de ancha– por donde podía pasar un vehículo si era bastante pesado. Un vehículo ligero era arrastrado por la corriente tan pronto como entraba en el agua y más de una docena de estos vehículos podían verse volcados. Otro peligro era salirse de la muralla de contención, ya que había que cruzar el río aprovechando la oscuridad de la noche, sin hacer uso de las luces por temor a ser descubiertos por el enemigo. La altura del agua sobre la muralla era de unos veinte o veinticinco centímetros, pero un poco más arriba había otra presa que estaba controlada por las fuerzas de Franco y de vez en cuando dejaban escapar el agua poniendo en peligro a quién osara cruzar el río en estas condiciones. El ruido de la corriente cayendo en cascadas, la oscuridad de la noche y la vista de los coches volcados en el agua, daban un aspecto lúgubre al recorrido. Fue un alivio cuando el camión cruzó a la otra orilla. Los camiones rodaban muy despacio, sin luces, por estre-

chos carriles a cuyos lados había pinos y encinas. Por fin acampamos en un valle y yo estaba desorientado porque por la mañana, el sol apareció por donde creía que estaba el oeste. Estuvimos haciendo trincheras por allí unas cuantas semanas. Hacíamos el trabajo de noche porque estábamos frente a la línea de fuego. Más tarde nos trasladaron más atrás, junto al río, cerca de un pueblo llamado Flix, que estaba totalmente destruido y nadie vivía allí. El objetivo que se perseguía era hacer allí una segunda línea de fortificación. Ahora podíamos trabajar de día siempre que los aviones de Franco nos lo permitían. Estando en este lugar me nombraron comisario de la compañía. Mi misión era fomentar las buenas relaciones entre oficiales y soldados, la educación de analfabetos, la distribución de prensa y la información general. El capitán de la compañía era, o fue antes de la guerra, maestro de obras y era natural de Alicante. El médico, un joven estudiante de medicina, hijo de un médico de Valencia, se llamaba Pedro Nache. Los dos nos hicimos buenos amigos y él me ayudaba a dar clases a los analfabetos.

Para conseguir libros y material de escribir, el capitán me dio un pase y fui a Ribarroja, porque Flix, el pueblo más cercano, estaba convertido en escombros y no era posible encontrar nada. En Ribarroja no habitaba nadie, la mayoría de las casas estaban destruidas por los bombardeos, pero era posible encontrar lo que yo deseaba. En el pueblo había un oficial que cuidaba de que nadie saqueara lo que sus habitantes habían dejado atrás para salvarse. Enseñé el pase al oficial y me dijo que cogiese lo que necesitaba, pero antes de salir del pueblo le mostrase lo que llevaba, y así lo hice. El primer lugar que visité fue la escuela, uno de los edificios que aún estaba en pie, después anduve por el pueblo y entre los escombros encontré libros, cuadernos, lápices etc. El resultado de mi requisa fue bastante satisfactorio, mis discípulos tendrían todo lo que necesitaban.

La cuenca del Ebro es muy fértil, al otro lado del río había una vega de huertas y muchos árboles frutales. Todas estas huertas estaban abandonadas, lo que en término de guerra se llama "tierra de nadie", yo cruzaba el río nadando y venía cargado de melocotones. Alrededor de nuestro campamento había muchos almendros, higueras y gran cantidad de viñas. La fruta era exquisita, tanto los melocotones como la uva, pero los higos estaban pasados. La fruta no la recogía nadie, todo un desperdicio, excepto lo que podíamos comernos. Estando en Flix, recibí carta de mi hermano Francisco, que se hallaba en el frente del Ebro. El capitán me dio un pase y puso a mi disposición el camión de la compañía para que fuese a verle. El conductor del camión me llevó lo más cerca posible de la línea y esperó allí hasta que yo volviese. Encontrar a alguien en el frente no era tarea fácil, la brigada de mi hermano cubría la línea por una distancia de cuatro o cinco kilómetros. Después de recorrer un kilómetro más o menos de línea, preguntando, nadie conocía el nombre de mi hermano. Afortunadamente mi hermano era uno de los cocineros de la brigada y ya en vez de preguntar por su nombre, pregunté por la cocina, al fin lo encontré después de esquivar los nidos de ametralladoras del enemigo.

Otro día estaba haciendo trincheras, cuando aparecieron en el cielo un gran número de aviones y empezaron a bombardear un camino que estaba cerca de nosotros, al parecer una columna de tropa caminaba por allí. Cuando terminó el bombardeo me acerqué a investigar, entre unos cuantos heridos, había un joven herido en una pierna, era de las famosas Brigadas Internacionales. Como mi hermano Juan estaba en las Brigadas Internacionales, le pregunté si lo conocía y me dijo que sí, que lo conocía bien y que si yo podía llevarlo al puesto de sanidad, que estaba en un túnel de la carretera a medio kilómetro de distancia, y allí me encontré con mi hermano Juan, ¡Tan cerca y no lo hubiese visto si no hubiera sido por el bombardeo! Esta fue la última vez que vi a mi hermano, unos días más tarde, otro bombardeo en el túnel donde estaba el puesto de sanidad derrumbó el túnel y mi hermano quedó gravemente herido. Recibí una carta suya desde el hospital, pero no me decía por qué estaba allí. Cuando terminó la guerra supe por mi madre que mi hermano había muerto. No puedo decir que murió a causa de la herida o si lo fusilaron cuando cayó en manos de las fuerzas de Franco. Tengo mis dudas, porque pertenecer a las Brigadas Internacionales era ya suficiente delito para fusilarlo. Mi familia dice que recibieron la noticia de su muerte a través de una monja, y que esta decía que había muerto en Guernica. Todo esto me parece extraño por varias razones: mi hermano estaba herido en Cataluña, ¿Por qué tenían que llevarlo al norte de España? Mi opinión es que lo fusilaron por pertenecer a las Brigadas Internacionales y la monja que dio la noticia a mi familia no hizo más que seguir los rumores que Franco hizo circular, en los que culpaba del bombardeo de Guernica a *los rojos*, cuando todo el mundo sabe que fueron los aviones alemanes los que destruyeron la ciudad vasca. Sea como sea, el misterio no lo podemos aclarar, después de tanto tiempo, pero yo estoy seguro que mi hermano no murió en Guernica. Extraña coincidencia, mi hermano José que era mellizo con Juan, también fue a morir a Cataluña en un accidente de carretera después de la guerra.

Como era de esperar, las fuerzas de Franco fueron ganando terreno al oeste del Ebro, después de sangrientos combates, la sierra de Pandol que dominaba Gandesa y la carretera de Tarragona a Zaragoza, estuvo sujeta a bombardeos día y noche por más de dos meses. En una novela que he leído, aunque ahora no me acuerdo de su título, dice que la altura de algunas cotas habían sido rebajadas por el continuo bombardeo. No importa lo abnegados y heroicos que puedan ser un grupo de hombres, al fin tienen que rendirse al poder de las máquinas.

El Ebro lo cruzamos de nuevo por la muralla de la presa, pero esta vez de día y no nos causó tanto terror. Era la Navidad de 1938, nos hallábamos cerca de Lérida, unos celebrando la fiesta, otros como yo no teníamos nada que celebrar. La moral estaba bastante baja, la pérdida del Ebro marcaba el principio del fin de nuestra lucha, pero siempre había optimistas que pensaban que podíamos ganar la guerra. Pensaba que incluso si nosotros pudiéramos vencer a las tropas

de Franco, cosa que no era posible, tendríamos que vencer también a los grandes poderes: América, Inglaterra, Francia,

Alemania, Italia..., todos estos países estaban contra nosotros, como lo habían demostrado durante tres años, ayudando de una manera o de otra a Franco. No, nosotros no podíamos ganar. Nuestro destino se había decidido fuera de España. Nosotros éramos peones en un juego de ajedrez que se sacrificaban para obtener una mejor posición en el tablero o para dar mate. Por esta razón no celebraba la Navidad aquella noche de diciembre, cuando un motorista llegó con un comunicado del mando dando órdenes de retirada porque las fuerzas enemigas venían avanzando por la carretera de Lérida; a partir de ese momento fue una continua retirada hasta llegar a la frontera francesa. Mi compañía de zapadores, continuábamos improvisando trincheras, para que las fuerzas combatientes hicieran alguna resistencia y así garantizar una retirada más o menos ordenada. Los puentes de las carreteras estaban minados y destruidos, para hacer detener a los tanques y demás vehículos motorizados. Cuando llegamos a Barcelona acampamos en el Tibidabo, hoy lugar de gran interés turístico. A la mañana siguiente, mi amigo Pedro Nache, el médico de la compañía, se despidió de mí, ya que decidió quedarse en España. Deseé de todo corazón que sobreviviera a la purga que Franco aplicó después de la guerra, donde millares y millares perecieron y que fuera un famoso médico en Valencia o en cualquier otra parte, no importa dónde.

Después de Barcelona, la compañía disminuyó mucho, porque gran cantidad de soldados habían desertado, solo un pequeño grupo continuamos a las órdenes de los oficiales. Las últimas trincheras que hicimos fueron en Arenys de Mount. Cuando pasé por Canet de Mar, traté de ver a mis amigos, pero casi todos se habían marchado.

La familia con quien yo había estado viviendo –Francisco Marcó, su esposa y su hija Teresa– se habían marchado a Francia y María Marcó, la hermana de Francisco, no se había ido porque tenía que cuidar de su madre que era inválida. Yo había pasado muy buenos momentos con la familia Marcó cuando estuve en el pueblo. Teresa era joven, vivaracha, de unos dieciocho años de edad y su tía María, tendría unos treinta años y era hermosísima, sin embargo, aún estaba soltera y sin compromiso. Ellas se reían de mi pronunciación del castellano, porque los andaluces confundimos la C con la S y la S con la C y omitimos ciertas letras como la D en muchas palabras. La familia Marcó me introdujo en esa deliciosa bebida que se llama “Calisay” que yo nunca había bebido antes. Más tarde, estando en la Legión Extranjera, contacté con Teresa, que vivía en Nimes y establecimos una íntima y franca correspondencia. Teresa me confesó que su interés por mí iba más allá de la simple amistad, yo le expliqué que la apreciaba como se aprecia a una buena amiga y nada más y que era mejor esperar a que acabara la guerra y entonces podíamos hablar del asunto. Sabía que Teresa padecía tuberculosis y con el problema de la guerra y la escasez de alimentos su estado estaba bastante

avanzado y no quería decirle nada que perjudicase a su estado de salud, por eso le escribí que ya hablaríamos del asunto cuando la guerra terminase.

Con la invasión de Francia por los alemanes y mi partida hacia Noruega, nuestra relación se interrumpió. Una de mis cartas fue devuelta marcada como “nombre desconocido”. Contacté con la Cruz Roja pero no pudieron encontrar su paradero. Aquí terminó una amistad que podía haber llegado a un asunto más serio.

Capítulo VIII

EL CAMPO DE REFUGIADOS EN FRANCIA

Desde mi paso por Canet y mi llegada a la frontera, pasarían un par de semanas. Unas veces caminaba a pie, otras en camión. Una noche, cerca de Blanes, estuvimos cargando munición en camiones para las fuerzas que aún oponían alguna resistencia. Antes de cruzar los Pirineos de noche, estábamos cerca de Figueras, cuando un rayo de luz iluminó el cielo y las casas podían verse como si fuera de día, al mismo tiempo, una tremenda explosión se escuchó segundos después. Era el polvorín que estaba en el castillo de Figueras que había sido volado. Al día siguiente la consigna fue *every man for himself*², literalmente cada uno para sí mismo. Nuestro contacto con el mando se había terminado, cada uno trataba de llegar a la frontera por el camino más fácil y conseguí acceder a un camión que pasaba cargado de soldados.

La frontera se encontraba a medio kilómetro de Port Bou, un pueblo que está situado en una bahía y al este hay un promontorio, parte del cual es español y parte francés. La carretera pasa por el pueblo y sube zigzagueando unos doscientos metros hasta la frontera, donde desaparece en un túnel. Al otro lado del túnel está Cervera, ya en Francia. Los fugitivos que arribaban en coche o en camión, subían hasta la última curva y dejaba el vehículo allí. Para evitar el bloqueo de la carretera, los vehículos eran empujados al barranco y caían rodando por una pendiente de unos doscientos o trescientos metros, algunos rodaban hasta el mar y otros quedaban peligrosamente encallados en una roca. Centenares de vehículos de todas clases, desde el más flamante automóvil al deslucido y viejo camión, podían verse en la ladera. El lugar parecía un depósito de coches destinados para chatarra.

Por donde nosotros cruzamos la frontera no era la propia aduana, creo que la aduana estaba en el túnel. Esto era campo abierto sin ningún edificio. Había cuatro o cinco largas colas y el proceso era muy lento, después de poner el fusil en un montón de armas de todas clases, éramos cacheados e identificados y entonces

2 - La frase en inglés puede traducirse por "sálvese quien pueda" (Nota transcriptor).

nos dejaban pasar. Ya en Francia, nos ponían en grupos de unos cien hombres y unos cuantos gendarmes montados a caballo nos conducían al campo de concentración que estaba a unos cuarenta o cincuenta kilómetros, en la playa, cerca de un pueblo llamado Argeles en la proximidad de Perpiñán.

Nuestro grupo se concentró en Cervera y de allí partimos bajo las órdenes de los gendarmes. Caminamos todo el día, sin tomar ningún descanso, y cuando alguien se tiraba al suelo extenuado por el cansancio, los gendarmes amenazaban con la fusta diciendo: “¡Allez!, ¡Allez!”.

Era ya tarde y estaba muy cansado, no tenía fuerzas en las piernas para avanzar. Uno de mis compañeros y yo decidimos salirnos del grupo y descansar. Los gendarmes iban, dos delante del grupo y los demás detrás. Nos pusimos en medio del grupo y cuando llegamos a una curva de la carretera, de un salto nos salimos al bosque y nos escondimos en unos arbustos. Allí permanecemos hasta que el grupo desapareció; entonces buscamos un sitio apropiado donde pasar la noche. Al día siguiente nos levantamos muy temprano, porque el frío y el hambre no nos dejaban dormir, y continuamos la marcha. No habíamos caminado media hora cuando vimos un letrero indicando el campo de concentración. Llegamos a la entrada del campo y a ambos lados se extendía una alambrada de unos tres metros de altura, con torres de madera a intervalos, donde se veía la morena figura de soldados senegaleses, con el fusil a bayoneta calada. Detrás de la entrada se extendía una inmensa llanura cubierta de arena y al fondo, a unos dos kilómetros, el azul del Mediterráneo. Gran cantidad de soldados ocupaban el lugar, unos en pie, otros sentados y muchos tendidos en la arena. No había ningún edificio, aunque a gran distancia podían verse unas barracas de madera. Cerca de la entrada había mucha gente, quizás esperando ver llegar a algún familiar o amigo; así es como yo encontré a mi primo Alfonso Domínguez, que estaba allí esperando cuando llegué.

La llegada de refugiados era continua y en dos o tres días el campo estaba atestado de tal manera que no había sitio donde sentarse. La primera noche que pasamos en el campo mi primo y yo, hicimos una especie de cueva de arena para protegernos de un viento muy frío que soplaba del Pirineo. Era en el mes de marzo y aún hacía frío, particularmente de noche. Nosotros no teníamos mantas ni ninguna prenda de abrigo, pero como estábamos cansados, pronto nos dormimos. No sé cuánto tiempo estuvimos durmiendo, lo que sí sé es que me despertó un gran estruendo, como si algo cayera sobre nosotros, dejándonos enterrados en arena: era un caballo que andaba por allí buscando algo de comer y el pobre animal no se dio cuenta de que andaba por encima de nuestro *dormitorio*. Después de salir del susto y sacudirnos la arena del cabello y las orejas, nos sentamos sobre nuestra derrumbada casa, y esperamos el próximo día acurrucados para sentir menos el frío. Esta fue mi primera noche en el campo de concentración. El día lo pasamos buscando a amigos y familiares entre aquella inmensa muchedumbre,

que se multiplicaba de día en día, pero cuando llegaba la noche volvía el frío insoportable.

Durante la primera semana, nos daban un pan para cada 25 hombres, cuando dividíamos el pan en 25 raciones, lo que alcanzábamos era una pequeña rebanada, y este era el alimento que recibíamos cada 24 horas. No solamente teníamos que luchar contra el hambre, también contra el frío. De noche no podía dormir, no solo por el frío, sino porque pensaba en nuestra tragedia, pensaba que todos mis sueños se habían desvanecido, mis esperanzas se habían derrumbado como se derrumba un castillo de naipes. En lugar de una sociedad más justa, allí estaba yo, en un país extraño, sin libertad y muriéndome de frío y hambre, sin patria, sin familia, sin amigos...sin futuro.

Un día, estando cerca de la entrada del campo, vi aparecer a mi hermano Francisco con Joaquín García, hijo de un amigo mío de Alcalá. Joaquín acababa de estudiar la carrera de Magisterio cuando empezó la guerra. La segunda semana en el campo, mejoró un poco nuestra situación: nos trasladaron a St. Ciprien, otro campo no muy lejos, donde habían construido barracas de madera. Cada barraca era ocupada por unos 25 hombres. Nos dieron una manta y la comida mejoró un poco. En una caldera cocían lentejas con agua y nos daban una lata de este “sancochado”, que consistía en tres partes de agua por una de lentejas. Nos daban un pan para cada ocho hombres, con lo cual, el hambre y el frío se habían mitigado un poco, pero solo un poco. Teníamos que dormir en la arena, que estaba bastante húmeda. Dormíamos en parejas, poniendo una manta sobre el suelo y cubriéndonos con la otra, pero la del suelo estaba tan húmeda, que teníamos que ponerla a secar durante el día. El estado de higiene era pésimo: fuera de la barraca había grifos de agua fría, pero no teníamos toallas ni jabón y era difícil conservarse limpio. Tampoco podíamos obtener cuchillas de afeitar. Después de semanas en este estado, yo estaba deprimido, pasaba el día cavilando sin querer salir de la barraca. Por la noche, cuando dormía, si no tenía pesadillas, soñaba con comida, grandes cantidades de comida con la que podía saciar mi hambre, pero luego despertaba desilusionado y mi estado de ánimo iba decayendo día tras día. Mi amigo Joaquín trataba de animarme y un día me dijo que fuese con él al *Rastro*. El *Rastro* es un mercado de Madrid donde puede comprarse todo lo que uno pueda imaginar, desde un libro de segunda mano a una obra de arte, desde un objeto moderno a un mueble antiguo de gran valor histórico. En el *Rastro* de nuestro campo, no había nada de eso, las mercancías en venta eran insignificantes, pero la variedad de artículos era enorme: desde objetos sin ningún valor, como billetes de banco fuera de uso, a relojes de oro; desde un par de zapatillas usadas a un par de botas de montar flamantes. Cigarrillos, cerillas, incluso las colillas del suelo habían sido recogidas y puestas a la venta. El espectáculo, lejos de animarme me desalentó de tal manera, que le dije a Joaquín:

—“Vámonos de aquí”.

Para mí era degradante ver a esos hombres, que habían luchado por un noble ideal, convertidos en mercaderes de baratijas con el fin de adquirir unos céntimos con los que mitigar el hambre. A medida que pasaban los días, me iba convirtiendo en un ser melancólico y huraño. Mi carácter cambió totalmente de un joven alegre, siempre cantando, sin una preocupación en el mundo a un hombre nervioso y lleno de zozobras. Oía con frecuencia un ruido en mi cerebro y creí que me volvía loco. Para agravar más el asunto sentía un terrible dolor de muelas. Cuando no podía soportar más el dolor fui a la clínica, pero el dentista—un oficial de las Brigadas Internacionales—, me dijo que no tenía ningún anestésico para sacarme la muela. Yo estaba desesperado y le dije que la extrajese como fuera, él me dijo que me pusiera en la cola y aguardase mi turno. El hombre que estaba delante de mí en la cola entró, yo me preparaba para seguirle cuando de pronto oí un alarido y en aquel momento mi dolor de muelas desapareció por completo. Ni siquiera esperé que me llamaran y tomando la salida volví a mi barraca.

La muela no me dolió más hasta un año después en Marrakech.

En el campo era raro el día que no se veía a alguien envuelto en una manta, conducido hasta la barraca mortuoria. Así, cuando me quedaba solo, me entregaba a mis cavilaciones y venía a mi memoria cuando yo era pequeño y mi madre me contaba cuentos, uno de estos cuentos se refería a un castillo llamado “Irás y no Volverás”, según el cuento, nadie que entraba en el castillo, salía con vida. Yo estaba ahora en ese castillo y la prueba eran aquellos desgraciados envueltos en la manta depositados en la barraca mortuoria.

Un día apareció frente a nuestra barraca un tablero anunciando que, si alguien estaba interesado en ingresar en la legión extranjera, podía dar su nombre en la oficina del mando. Antes de dar ningún paso, discutí el asunto con los demás, principalmente con mi hermano. Ellos, comprendiendo la gravedad del caso, no me aconsejaron ni que me fuese ni que me quedase. Por último, decidí ingresar en la Legión con la idea de desertar a la primera oportunidad.

Mi primo Alfonso pertenecía al Partido Socialista y era concejal del Ayuntamiento de Alcalá, como tal, tenía cierta influencia en el Comité de refugiados y fue elegido para emigrar a Méjico. Mi hermano Joaquín y yo no teníamos ninguna esperanza de salir de allí, aunque mi hermano tenía sus hijos en España y como es natural, pensaba volver a su casa tan pronto como le fuera posible, yo había tomado ya mi decisión.

Capítulo IX

LA LEGIÓN EXTRANJERA

Unos días después de alistarme a la Legión, me llevaron a Perpiñán para un examen médico. Los que pasamos el examen fuimos conducidos a Marsella, a un castillo cuyo nombre he olvidado, solo sé que estaba cerca del puerto y que desde nuestra ventana se veía la isla donde fue filmado *El Conde de Montecristo*; la prisión, creo, todavía está en esta isla. Mi llegada a Marsella me causó nuevos problemas: después de tanto tiempo pasando hambre, mi estómago estaba muy débil y casi todo lo que comía, lo devolvía inmediatamente, lejos de mejorar me sentía peor. Por fin mi estómago empezó a aceptar las nuevas comidas y pronto me recuperé.

Estando en Marsella, debíamos ir al otro lado de la ciudad a hacernos Rayos X y para ir allí teníamos que atravesar las principales calles. Por razones que descubrí meses más tarde, nos hacían cambiar de ropa y en lugar de nuestro uniforme de soldados de la República, nos teníamos que cubrir con harapos de la Legión. El pantalón que me dieron a mí, y casi todos eran lo mismo, tenía tantos agujeros que yo iba enseñando “mis partes privadas”, porque ni aún nuestros calzoncillos nos permitieron que usáramos. En mi vida he pasado más vergüenza, marchando por las principales calles de Marsella, enseñándolo todo y lo peor es que tuve que ir dos veces para hacerme un segundo Rayo X. Como dije antes, meses más tarde descubrí que todo lo hacían para humillarnos, para someternos a la férrea disciplina que rige en la vida de la Legión Extranjera.

Después de fotografiarnos de frente y de perfil, con el pelo cortado a rape, después de tomarnos nuestras huellas dactilares, nos enviaron a Sidi Bel Abbès, en Argelia. La travesía la hicimos en la bodega de un pequeño barco. Embarcamos al oscurecer e inmediatamente descendimos a la bodega y como no podíamos ver lo que ocurría fuera, pronto nos echamos a dormir. Más tarde, nos despertó el balanceo del barco. Un fuerte temporal se había levantado en el Mediterráneo y el barco se mecía agitadamente y nosotros éramos lanzados hacia la quilla, dando a un lado con la cabeza y al otro con los pies. Ponerse de pie era imposible porque no había donde agarrarse, todos estábamos mareados. Cuando desembarcamos

en Orán, aún en tierra, yo veía las casas y los árboles moviéndose como si todavía estuviese en el barco.

De Orán fuimos a Sidi Bel Abbes, que era donde estaba el cuartel de la Legión. Allí firmamos un contrato por cinco años. Durante este tiempo, nos pagaban dos mil francos. De estos, mil iban al banco y nos daban una libreta para ir sacando pequeñas cantidades, sujeto a una autorización del oficial de nuestra unidad. Los otros mil francos, no podíamos reclamarlos hasta el final de los cinco años de servicio. Nos equiparon con todo lo necesario para esos cinco años. En las revistas de equipaje, que se pasaba toda la semana, no podía faltar ninguna prenda porque entonces teníamos que pagar por su reposición, para esto se quedaban los mil francos hasta el final de los cinco años.

Yo he visto unas cuantas películas sobre la Legión Extranjera, presentando a la Legión como un cuerpo de héroes. ¡Qué tontería! Quizás sea necesario explicar aquí, que clase de gente compone la Legión. En la legión admiten a todo hombre que quiera ingresar, siempre que sea de cierta edad y pueda convencer a un médico de que está sano y útil para ser un soldado. La parte moral no tiene nada que ver con la Legión, cuando un hombre ingresa en ella puede dejar atrás todo su pasado, nadie le pregunta el por qué de su ingreso, dar su nombre verdadero o uno falso ya que no tiene que mostrar ningún documento que acredite su identidad, puede ser un criminal recién escapado de la prisión que busca inmunidad, ser un aventurero, un romántico despreciado por su mujer, un marido cuya esposa le ha sido infiel o un homosexual buscando un nuevo campo. También hay gran número de perseguidos políticos. Cuando yo estaba en la Legión había gran cantidad de rusos, alemanes, españoles... pero la mayoría estaba integrada por criminales de distintas categorías. Hay también numerosos borrachos empedernidos, muchos enviados debido a las circunstancias en que hay que vivir allí. Hay una cantidad de hombres entre treinta y cuarenta años que solo viven para la bebida, cuando cumplen los cinco años cobran los mil francos y se van a París, gastan el dinero en vino y cuando no tienen un céntimo, vuelven a firmar por otros cinco años, así hasta que tienen cincuenta años y ya no lo admiten más.

Esta es la vida de la gran mayoría de legionarios, una vez que ingresan allí, se envían en la bebida y es por lo único que viven. La comida la tienen segura todos los días y sin ninguna responsabilidad. Si les echan de la Legión les ocurre lo mismo que al pájaro enjaulado, si lo ponen en libertad se muere de hambre porque no sabe cómo buscarse la vida. Los españoles no éramos muy populares en la Legión, especialmente entre los alemanes, con quienes teníamos broncas con bastante frecuencia, la razón era que nos aplicaban el estigma de *rojos* y otros calificativos que nosotros no estábamos dispuestos a aceptar y menos aún, de estos decréptos borrachos empedernidos. Durante nuestra estancia en Sidi Bel Abbes, teníamos que hacer limpieza en los cuartos a las órdenes de estos viejos legionarios que nos trataban con desdén y por la menor razón nos reportaban

al oficial. El oficial no escuchaba si teníamos razón o no, el castigo siempre caía sobre nosotros.

En la Legión cuando éramos llamados o teníamos que presentarnos ante un oficial, había que dar el nombre seguido del número en francés; mi número era 163.487 y me costó unos cuantos días pronunciarlo correctamente. Tras unos días en Sidi Bel Abbes, nos trasladaron en camiones a un campamento llamado Bossuet, cerca de un pueblecito a unos 50 km al sur, allí empezamos a aprender la instrucción militar. Había un sargento español intérprete, pero todas las órdenes las daban en francés.

En Sidi Bel Abbes había camas de hierro con una taquilla al lado para poner el equipo, pero en Bossuet no existían estas comodidades: las camas estaban en el suelo y el equipo había que ponerlo también en el suelo doblando las prendas y colocándolas unas encima de otras formando una figura simétrica de unos 30 cm de ancha, 35 cm de larga y 60 cm de alta. Encima se colocaba el abrigo, también doblado y, para terminar, el casco y un par de botas que teníamos de repuesto. Las esquinas de este equipaje, tenían que estar verticalmente a plomo como si fuese una obra de arquitectura. Si la pila no estaba hecha a satisfacción del oficial, daba un fuerte tirón de la primera prenda y todo venía al suelo y había que empezar de nuevo. El problema era que cada mañana, después del desayuno, había que pasar revista de equipaje con todo el equipo puesto sobre la cama. Después de la revista solo teníamos media hora antes de la parada, y si como he dicho antes, la pila no satisfacía al oficial, cuando veníamos a medio día, todo estaba derrumbado en el suelo. En Bossuet, teníamos los domingos libres para lavar la ropa y yo me gané dos castigos a causa del lavado. Después de lavar la ropa, el oficial pasaba inspección para asegurarse que estaba limpia. Yo no tenía mucha experiencia de lavar ropa, como pude ver cuando llegó la inspección. Había restregado mis pantalones con el cepillo de esparto y jabón y los puse al sol a blanquear, estaba satisfecho porque mis pantalones estaban “más blancos que blancos” como dice un anuncio en el televisor, pero olvidé los forros de los bolsillos, por esto me castigaron a *tunic de campagne*. Esto consistía en aparecer vestido como para ir al campo, con todo el equipaje en el saco y a la espalda, con el abrigo y la faja azul, o sea, cuando digo todo el equipaje, es exactamente eso lo que quiero decir. Después de la inspección que era a las nueve de la noche, solamente tenía media hora antes del toque de silencio, cuando se apagaba la luz para hacer la pila. Este era el mayor castigo pues era imposible poner todo en orden antes de apagar la luz. La segunda vez que me castigaron, también fue día de lavado. Lavé mi guerrera y la puse a secar en una alambrada que había en el campo. No sé porque se me ocurrió ir a nuestra habitación y cuando volví, en menos de cinco minutos, mi guerrera había desaparecido. Temiendo que me castigaran por perder la prenda, cogí otra que estaba tendida en la alambrada, pero por desgracia para mí, su dueño estaba vigilando y me reportó al oficial. Cuando me presenté en la oficina frente al oficial, yo le dije que había cogido la

guerrera porque alguien había robado la mía. El oficial, dando un puñetazo en la mesa, me dijo que en la Legión no había ladrones. No podía argüir con él y me castigó a dar cincuenta vueltas al cuartel cargado con un saco de arena, que en lugar de correas para sujetarse en los hombros, tenía un alambre muy fino que se me clavaba en los hombros. En Bossuet, cuando algún legionario cometía un delito, como formar un escándalo en la calle o en un bar, al día siguiente nos castigaban a todos para dar ejemplo. El castigo consistía en hacernos arrastrar con los codos sobre los espinosos cardos con el suelo cubierto de cristales o guijarros, hasta que la sangre chorreaba por nuestros brazos. De vez en cuando, mandaban levantarnos y hacer paso gimnástico, el ejercicio se repetía: “Pas gymnastique... Couchez vous...

Rampez...Debout...Pas gymnastique” Este ejercicio sádico me traía a la memoria cuando tenía que cruzar las calles de Marsella enseñando al público mis órganos genitales. Esto me convenció una vez más que lo que querían era humillarnos, mostrarnos que no significábamos nada, que podían pisotearnos como si fuésemos reptiles. Un día en una de estas sesiones de *rampes*³ mi paciencia empezaba a llegar a su fin y tenía la intención de romper la culata de mi fusil en la cabeza de ese cabo sádico que se regocijaba en hacernos sufrir, pero me contenía porque yo había ingresado en la Legión para escapar del campo de concentración y no para morir en Colombechar, que era la prisión de la Legión situada en el desierto, de donde muy pocos volvían. No, yo debía frenar mi ira, ya vendría la ocasión de salir de aquel infierno. Otras veces nos llevaban a una ladera muy pendiente, donde había muchos cardos con espinas y con el saco a la espalda y el fusil entre las piernas, teníamos que echarnos a rodar por la cuesta, clavándonos espinas en todo el cuerpo, hasta llegar al final de esta.

Cuando castigaban a alguien por razones más serias, lo ponían en el cuerpo de guardia y a la hora de la comida le ordenaban colocarse de cara a la pared y dejaban la *gamele*⁴ en el suelo tocando los talones del prisionero y le ordenaban dar media vuelta; el resultado era que derramaba la comida y se tenía que ir sin comer. Otros ejercicios que nos ordenaban hacer eran las marchas que duraban dos o tres días. En estas marchas había que cargar todo el equipaje y como era costumbre en la Legión, teníamos que ponernos el abrigo y la faja en pleno mes de julio. Además del equipaje —que con el fusil, la munición etc. pesaba más de 30 kg— nos obligaban a llevar la cantimplora con dos litros de agua, parte de la cual había que darla a la cocina para los guisos. Caminábamos dos o tres días cargados como mulos y con altas temperaturas por eso hasta el más fuerte empezaba a flaquear. Muchas veces el oficial ordenaba que cantásemos, aunque no siempre teníamos ganas de cantar y si no lo hacíamos, ordenaba el paso gimnástico, después de correr unos cien metros, gritaba de nuevo:

3 - Gatear es su traducción al español (Nota transcriptor).

4 - Puede traducirse por almuerzo (Nota transcriptor).

—“Chantez, ne chant pas, pase gymnastique”

Esto se repetía hasta que había que cantar. En estas marchas, si alguien no podía continuar, le quitaban el fusil y lo dejaban abandonado a merced de los árabes.

Por fin, acabada la instrucción, después de tres meses en Bossuet, volvimos a Sidi Bel Abbes, de allí me destinaron a Marrakech. La Legión se componía de tres regimientos: el primero estaba en Sidi Bel Abbes, el segundo en Marrakech y en tercero en Hanoy, Indochina, hoy Vietnan, que estaba entonces en poder de los franceses. El cuartel de Marrakech estaba situado a dos o tres km de la ciudad, en una llanura donde había gran cantidad de palmeras. Dentro del cuartel había una prisión y a través de la verja podían verse los prisioneros formando un círculo, en medio del cual estaba el carcelero obligando a los presos a continuar dando vueltas como si jugasen a *Ring a ring rose* (juego infantil de rueda de procedencia inglesa, en el que los niños se toman de la mano y cantan una canción y se caen al suelo finalizada esta).

También disponía el cuartel de un burdel con bar, en cuya puerta había una guardia y también una clínica. Si un legionario había estado en contacto con una prostituta, su nombre y el de ella eran anotados en un libro y él era objeto de un riguroso lavado por el enfermero de la clínica. En el cuartel teníamos de nuevo camas y taquillas y no existía el problema del equipaje apilado, la disciplina era menos rigurosa. Por primera vez en un año, empezaba a disfrutar de la vida, aunque la tragedia de la guerra y del campo de concentración había dejado una huella indeleble en mi mente. Yo no era el mismo hombre que salió de Alcalá aquel inolvidable día de agosto de 1936, pero era inútil seguir pensando en la tragedia, había que olvidar y afrontar el porvenir. Mi plan de escapar de la Legión, tenía que dejarlo a un lado mientras en España se mantuviera la dictadura de Franco. Por eso pensé que lo mejor era esperar y disfrutar de la vida y eso es lo que hacía.

En mi tiempo libre, muchas veces iba a Marrakech. Esta ciudad tiene dos grandes urbes, la ciudad europea y la ciudad musulmana. La europea no me interesaba, ya que era lo mismo que cualquier otra ciudad de Europa, en cambio la parte antigua, me parecía algo fuera de este mundo. En la medina pasaba mucho tiempo, un mercado grandísimo donde podías comprar cualquier cosa que pudieras imaginar. No lejos de la Medina, había un barrio lleno de cabarets, bares, cafés, burdeles... Para evitar peleas entre los soldados, la Legión solo podía entrar en este barrio tres veces a la semana, los demás días eran para las otras tropas. Al lado de la medina, estaba la mezquita, cuya torre es exactamente igual que la Giralda de Sevilla y construida por el mismo arquitecto. No todos los días iba a Marrakech, muchas veces me gustaba dar un paseo por los alrededores del cuartel, donde había bosques de palmeras cargadas de dátiles. Un día nos llevaron a unos 20 ó 25 km al norte de Marrakech, donde según decían, iban a construir un hospital; allí pasamos varios días cerniendo arena para la obra que iba a comen-

zar. En este lugar tuvimos la experiencia de vivir unas 24 horas de Siroco, que no es otra cosa que una tempestad de arena. El aire se cubre de un polvo muy fino y se forma una neblina que se parece a un día de niebla en Inglaterra. La fina arena penetra por todas partes: en los ojos, los oídos, la boca... cuando llega la hora de comer, es inevitable masticar arena. Después de unas semanas en Marrakech me trasladaron a Ouarzazate, a unos cien km al sur del Atlas. Este es el último pueblo de importancia antes de llegar al desierto del Sahara.

Ouarzazate⁵ se componía del cuartel de la Legión, unas cuantas casas donde vivían las familias de los oficiales, un garaje, un café y como es natural, un burdel. No muy lejos había un pueblecito, pero a nosotros no nos estaba permitido ir allí. También un castillo y un minarete, pero ya digo que nosotros no podíamos acercarnos. Aparte del café no había donde pasar el tiempo, sin embargo, un amigo mío y yo nos íbamos al campo a ayudar a cultivar la tierra. Eran campesinos muy pobres, sin embargo, nos ofrecían lo que tenían para comer. Nosotros no aceptábamos nada, lo único que cogíamos eran dátiles que ellos tenían en abundancia.

Las relaciones entre la Legión y los nativos eran muy tirantes por los abusos que la Legión cometía contra la población. Un día en una de aquellas marchas que hacíamos, nos sentamos a comer y se acercaron unos niños cubiertos con harapos y en el modo como nos miraban podía verse que tenían hambre; mi amigo y yo le dimos un trozo de pan, pero un alemán que estaba allí cerca, cogió una piedra y se la arrojó, afortunadamente la piedra cayó a unos metros de los niños. Por esta razón era peligroso ir solo a un pueblo de estos. Mi amigo y yo pronto nos hicimos amigos de unos cuantos campesinos y estábamos a salvo entre ellos. Al cuartel venía un *mochú* (un muchacho) y se llevaba mi ropa para lavarla, yo le daba unos cuantos francos y la comida que me sobraba. Este *mochú* me llevó a su casa y me presentó a su familia. Un día me enviaron a un destacamento, cerca de las montañas del Atlas, en el cruce de la carretera que va a Río de Oro. En este cruce había un control y solo los que estaban autorizados podían pasar. A través de la carretera había una cadena y todo vehículo tenía que hacer alto y sus ocupantes estaban obligados a mostrar la documentación. El pueblecito donde estaba ese control se llamaba Amerzgane⁶. En el pueblo había un bar y su dueño era el único europeo del lugar. También me encontré una especie de bar donde servían té árabe y dentro del bar había una peluquería. Yo decidí cortarme el pelo sin darme cuenta de lo que me iba a ocurrir. Encargados de la peluquería había varios jóvenes, ninguno hablaba francés (aunque yo tampoco sabía mucho francés) cuando les dije que me quería cortar el pelo, me rodearon con afabilidad:

5 - Uarazat, ciudad al sur del Alto Atlas marroquí, famosa por ser la entrada al desierto del Sahara (Nota transcritora).

6 - Es una población en la provincia de Ouarzazate, en la región administrativa de Souss- Massa- Draa de Marruecos. En el censo de 2004 tenía una población de 7593 habitantes que vivían en 1290 hogares (Nota transcritora).

—“Sí, sí”

Uno de ellos echó mano de una vasija redonda de aluminio, que parecía un cazo sin asa y me la colocó en la cabeza cubriéndome el pelo excepto la cerviz, por mucho que yo protestaba porque no quería ese artefacto en la cabeza, no había manera de hacérselo entender. Por último, dejé que hicieran lo que quisieran, cansado de que no me entendieran. Me horroricé al ver que empezaron a afeitarme el cuello, la parte que no estaba cubierta con el cazo. El resto no lo tocaron. Nunca he tenido un corte de pelo así desde entonces.

Otro día, estando de guardia, observé que algo anormal estaba ocurriendo, porque el sargento y los demás legionarios en el destacamento, estaban fuera del cuerpo de guardia como si esperasen a alguien. No pregunté qué pasaba ni ellos me dijeron nada. Después de unos veinte minutos vi que de la dirección de Ouarzazate, venía un motorista vestido con mono azul y en el piñón llevaba a un hombre vestido de árabe. Antes de llegar a la cadena donde yo estaba de guardia, vi que todos se lanzaron hacia el motorista y cogieron al pasajero que iba en el piñón, mientras luchaban con el hombre para subyugarlo. El motorista aceleró, llegó hasta la cadena, la alzó con la mano y desapareció hacia Marrakech. Podía haberlo detenido, pero como no me dijeron nada de lo que pasaba esperé hasta averiguarlo. El sargento había detenido por error a un inocente y el hombre al que quería detener se había ido en la motocicleta. El motorista era un español que había desertado y encontró en la carretera a este hombre y le había dado “a lift”⁷. No me habían dicho nada porque yo era el único español en el destacamento y creyeron prudente no decirme que un desertor español se acercaba al puesto de control. Al desertor lo detuvieron un poco más adelante.

Después de un mes en Amerzgane, volví a Ouarzazate, donde la mayor parte del tiempo la pasábamos construyendo carreteras. Cuando me tocaba turno, hacía guardia en una de las entradas del cuartel o en el burdel. Nuestra misión en el burdel era mantener el orden y después de medianoche, la puerta se cerraba y nosotros nos quedábamos dentro durmiendo hasta la mañana.

Mientras tanto, se había declarado la Segunda Guerra Mundial, los alemanes atacaban Polonia, mientras otras fuerzas avanzaban por Bélgica, dejando la línea Maginot, donde los aliados habían puesto todas sus esperanzas. Quisling había autorizado a los alemanes a ocupar Noruega y los rusos estaban en guerra con Finlandia.

Un día fui llamado a la oficina del oficial de la Compañía y este me preguntó:

—“¿Voulez vous allé a Finlande volontaire?”

7 - A elevar, supongo que se refiere a la cadena (Nota transcriptor).

—“Non, mon Liutenant” — le respondí —“Volontaire ca méme. Allez”.

Y desde aquel momento, me vi envuelto en otra guerra que a mí nada me importaba.

Unos días más tarde nos trasladaron a Mesnés, donde nos reunimos con las fuerzas de Marrakech y de otros destacamentos. De allí nos metieron en vagones marcados “8 cheveaux o 40 hommes”, en estos vagones pasamos más de 24 horas hasta llegar a Orán. Sobre el suelo del vagón había paja que nos servía de cama. El espacio era tan reducido, que no podía moverme sin caer encima de alguien. El problema era cuando la naturaleza llamaba, entonces había que empujar la puerta, que resbalaba sobre ruedas, y agarrarse con una mano a la puerta y otra al otro lado del vagón, y poniendo al aire nuestro desnudo trasero, el excremento era dispersado con la fuerza del viento al margen del ferrocarril o al próximo vagón. Afortunadamente el territorio por donde pasamos no estaba habitado y no había que temer que alguien nos viese.

El segundo día de viaje, el tren descarriló cuando pasábamos por una pequeña estación y nuestro vagón quedó perpendicular con el vagón delante de nosotros y terminamos todos hechos un montón. No hubo bajas de importancia, excepto por pequeñas heridas y tuvimos que pasar la noche allí hasta que la vía estuviera lista para continuar.

Cuando llegué a Orán, saqué todo el dinero que tenía en el banco, dejando solamente 25 francos, para no causar sospechas. Aquella noche recorrí casi todos los bares de Orán y volví al campamento más alegre de lo que me había sentido en mucho tiempo. Al día siguiente, zarpamos para Marsella, de Marsella nos llevaron a Aviñón, donde estuvimos haciendo ejercicios de combate. Antes de salir de Marsella, le escribí a Teresa y le dije que pasaríamos por Nimes, que era donde ella vivía, pero cuando llegamos, Teresa no estaba en la estación. Más tarde me enteré que estuvo en la estación pero que la detuvieron varias horas bajo sospecha de que pudiera ser una espía. Terminados los ejercicios en Aviñón, marchamos a Marsella, allí permanecemos un par de semanas y volví a pasear por donde diez meses antes había marchado vestido con harapos. Esta vez la gente no me miraba con suspicacia, al contrario, donde quiera que íbamos nos agasajaban y trataban como héroes.

Capítulo X

EUROPA, UN VOLUNTARIO CAMINO DE NORUEGA

En Marsella nos dieron un nuevo equipo para operar en la nieve. Toda la ropa exterior era color caqui, pero de lana y teníamos también una especie de capa y boina del mismo material. Las botas eran especiales y con ellas nos dieron un par de raquetas como para jugar al tenis que después descubrimos lo útiles que eran para andar por la nieve. Equipado con nuestro nuevo uniforme fuimos a los Alpes, cerca de la frontera suiza, quizás para acostumbrarnos a la nieve. Un día nos metieron en los ya famosos vagones “8 cheveaux o 40 hommes” y cruzando Francia de este a oeste nos encontramos en Britany . He dicho en otra parte de esta historia que cuando se ingresa en la Legión, nadie se ocupa de su pasado, pero creo que debo hacer aquí una rectificación: esto era antes de 1939. La llegada a la Legión de centenares de refugiados españoles, cambió todo esto, según pude enterarme estando en Britany⁸.

Una noche alrededor del fuego estábamos sentados con el sargento español que había servido de intérprete en Bossuet; este sargento llevaba ya muchos años en la Legión, hablábamos de cosas nuestras pero la conversación derivó hacia la política: él nos dijo francamente que pertenecía al partido fascista que existía entonces en Francia y nos aconsejó que nosotros nos afiliáramos también. Yo tuve con él una larga discusión y como es natural acabamos un poco acalorados. Por último, me dijo: “Sé que tú eres un hombre de cuidado, porque cuando yo fui a España el verano pasado a recoger datos de los españoles en la Legión, nadie te conocía en la dirección que tú distes al ingresar en la Legión”

“Siento mucho que haya usted gastado su tiempo averiguando mi pasado”, le contesté. Aquí terminó nuestra discusión. Era claro que la Legión, que hasta ahora no se había ocupado del pasado de los que formaban parte de sus filas, había alterado sus reglas y costumbres cuando los españoles se vieron forzados a ingresar en masa en ella.

8 - Se refiere a la región francesa de Bretaña (Nota transcriptor).

Cuando yo ingresé en la Legión en Marsella, di el nombre de Alberto Roca y la dirección era Calle Pineda , nº 1 Cartagena (Murcia). No es extraño que el pobre sargento no encontrase a nadie que me conociese en esa dirección. Me puse este nombre porque pensaba desertar tan pronto como fuese posible y no quería dejar huellas de mi paradero.

Nuestro destino era ir de voluntarios a Finlandia y por eso en Francia nos dieron un equipo especial para la nieve, pero cuando ya en Francia estábamos listos para combatir contra los rusos, Finlandia y Rusia firmaron la paz y los planes cambiaron por completo. Había un lugar donde podíamos ir y usar nuestro equipaje: Noruega. Los alemanes habían invadido Noruega a petición del gobierno noruego, presidido por el señor Quisling. En la más remota parte del país noruego, en un pueblo llamado Narvik, había una mina de hierro que los alemanes necesitaban para construir material de guerra y por esta razón enviaron allí una guarnición para explotarla y protegerla. No había otro lugar más apropiado para enviar a la Legión: nosotros que veníamos de la parte ecuatorial de África, con temperaturas altísimas tuvimos que ir cerca del Polo Norte, donde la temperatura siempre era bajo cero.

Fue como salir de un horno y meterse en una nevera.

El día que embarcamos en Brest para Noruega, marchamos por la calle principal de la ciudad con la banda a la cabeza y el público nos dio una gran recepción. Las mujeres arrojaban flores desde los balcones y todo el mundo aplaudía como si fuésemos héroes. En opinión de los franceses, la Legión era la fuerza de élite del país y parece que todas sus esperanzas las habían puesto en nosotros.

De Brest, fuimos a la desembocadura del río Clyde, cerca de Glasgow, allí estuvimos un par de días y cambiamos de barco. Si mal no recuerdo, el barco que nos trajo de Brest se llamaba The Providence y en Clyde tomamos el Bermuda que era un barco de lujo, y para evitar que lo estropeásemos, el suelo y las paredes estaban cubiertos con chapa fina de madera (*hardboard*). Más tarde, estando en Inglaterra me enteré que este barco se hundió en las Indias Occidentales. Acomodados en el nuevo barco, zarpamos por la noche con rumbo al mar del Norte. Durante varios días solo veíamos alrededor nuestra, las aguas del mar y el cielo despejado de junio. Estaba mareado y sin apetito y pasaba casi todo el día tendido. El tercer día ya me empecé a encontrar mejor y a comer. Ahora ya veíamos tierra a estribor, el mar era más apacible, ni una ola se veía en superficie, el barco iba dejando una estela que se abría en latitud a medida que el buque avanzaba. A ambos lados de nuestro barco, otros buques de guerra nos custodiaban.

De súbito, esa calma del mar fue interrumpida, unos cuantos aviones aparecieron en el cielo y arrojaron bombas y por fortuna, todas cayeron en las pacíficas aguas que rodeaban nuestro barco. Antes de entrar en el fiordo nos trasladaron a

un barco más pequeño, un dragaminas. La tripulación del dragaminas, ansiosos de agasajarnos, hicieron té aunque no tenían ni leche ni azúcar. Esta vez fue la primera que caté el té inglés y la verdad que mi impresión no fue muy favorable. Entramos en el fiordo de noche, pero allí nunca oscurecía, hasta era posible ver los árboles en las laderas de la montaña. El barco atracó en un pequeño embarcadero, desde allí veíamos muchas casas desperdigadas sobre un montículo, pero ningún ser humano.

Parecía un pueblo desierto, no me había dado cuenta de que, aunque era de día, la gente dormía. Poco a poco la gente empezó a abrir sus puertas y a aparecer. A unos doscientos metros había una mina y cuando la sirena sonó llamando al trabajo a los mineros, estos salían deprisa de sus casas y se dirigían a la mina. Según vimos más tarde, estábamos en el centro de un pueblo minero.

Donde nosotros pusimos el campamento, había una casa y el matrimonio tenía una hija que tendría unos catorce o quince años. Esta muchacha trataba de enseñarnos a esquiar, pero yo no lo conseguía: a poco que intentaba moverme hacia delante, caía rodando por la nieve. Lo que me sorprendía era la forma en que esta muchacha jugaba con nosotros sin malicia alguna. En España, una muchacha con esa edad no jugaría ya con los hombres. Por la tarde un grupo de españoles nos pusimos a jugar a las cartas, nosotros esperábamos que se hiciera de noche para dejar el juego y acostarnos, hasta que alguien miró el reloj y eran las cuatro de la madrugada. El sol empezaba a aparecer por el otro lado de una montaña, por donde se había puesto unas horas antes.

Ese día nos pusieron en un dragaminas y desde él nos trasladaron al crucero Efenham y nos acercamos a Bjervik en el fiordo Herjangsfiord, y nos mandaron subir a cubierta a esperar. Estaríamos a unos doscientos metros de tierra, donde estaban concentradas las fuerzas alemanas. Tan pronto como subimos a cubierta, el capitán del buque dio la orden a su tripulación de abrir fuego. Todos los cañones del buque, que ya estaban apuntados hacia el pueblo, empezaron a escupir metralla y nosotros podíamos ver cómo las casas una tras otra volaban por los aires. Fue un espectáculo que no había visto nunca ni quiero volver a ver.

Cuando no quedaba ninguna casa intacta, la que no estaba derrumbada estaba en llamas, nos mandaron desembarcar. Mi grupo, compuesto por un *Bren-gun* (fusil ametrallador) y siete fusileros al mando de un sargento y un cabo, fuimos desembarcados en el flanco izquierdo. Ocurrió un incidente que hubiera causado risa sino fuera por la seriedad del momento. Uno de nuestro grupo era italiano y se llamaba Caprini y siempre le estaban ocurriendo percances y era el hazmerreír del grupo. Cuando la lancha tocó tierra, la puerta se abrió y empezamos a saltar sobre unas rocas; con la prisa de hacerlo de manera rápida, Caprini cayó al agua y tuvimos que sacarlo de los pelos. Tomamos posición

en un montículo, sobre la nieve. El pobre Caprini tenía tanto frío que tiritaba dando dientes contra dientes.

Cuando avanzamos nos dimos cuenta del terrible daño que había hecho el bombardeo. Las casas eran de madera y estaban construidas sobre una plataforma de unos dos metros de altura y para subir a la plataforma había una escalera. Esto era para impedir que la nieve bloqueara la puerta. Aquel día avanzamos hacia la montaña. No solo no vi a ningún alemán, sino que ni siquiera oí un disparo. Ya arriba, entre las montañas, había un lago muy grande donde estaba amarrado un hidroavión, pero como las aguas se habían helado el aparato estaba apresado en el hielo. Dos o tres legionarios, andando por el hielo, se acercaron al hidroavión y lo destruyeron.

Desde la montaña pudimos ver como abajo en el fiordo, que sería de unos diez kilómetros de ancho, uno de los buques de guerra que había bombardeado Bjerвик, se defendía contra una escuadrilla de aviones nazis. Esta vez el buque fue alcanzado por una bomba y en menos de media hora, desapareció en el fondo del fiordo. Cuatro o cinco de los sobrevivientes pasaron unos cuantos días en nuestro campamento. Días más tarde nuestro campamento fue bombardeado y todo nuestro equipaje destruido. Por esta razón, estuvimos dos meses sin cambiarnos de ropa.

En la montaña siempre estaba nevando o lloviendo y todo ese tiempo estuvimos mojados de cintura para abajo. Por la noche hacíamos un iglú y poníamos ramitas sobre la nieve que nos servían de cama. Dentro del iglú no hacía frío, pero como estábamos mojados hasta los huesos, era imposible dormir por mucho tiempo. Otro problema, para mí al menos, era que me sangraban las orejas del frío. Para tomar Narvik, teníamos que cruzar el fiordo Rombaskfiordo, que tenía unos 500 metros de ancho. Al otro lado estaban atrincherados los alemanes. Cuando llegó el día de cruzar, era 27 de mayo, nos metieron en unas lanchas— tres en total— y comenzamos la operación. En las tres lanchas compartíamos las descargas que los alemanes nos hacían, desde la montaña al otro lado del fiordo. Aunque sentíamos silbar las balas cerca de las lanchas, ninguno de mi grupo resultó herido.

Una vez más ocupamos el flanco izquierdo del fiordo. Tomamos posición detrás de unas rocas, pero el enemigo se situaba más hacia la derecha, donde estaba la vía férrea. Allí se desarrolló una gran batalla y hubo algunas bajas, entre ellas un sargento español; por un momento pensé que íbamos a ser liquidados en aquel lugar, con el enemigo enfrente y el fiordo detrás de nosotros, pero entonces apareció un *destroyer* inglés en el fiordo y la situación cambió por completo. El destructor inglés estaba tan cerca de nosotros que podíamos decirle a la tripulación dónde estaba el enemigo. Contra los cañones del buque, los alemanes no podían responder y empezaron a retirarse. Nos dieron orden

de avanzar, pero entre el fiordo y la vía férrea, la montaña era inaccesible y tuvimos que subir hasta la vía. Una vez en la vía férrea empezamos a avanzar, pero muy despacio, porque había una ametralladora emplazada antes de llegar a la boca del túnel.

El tirador de nuestro *Bren-gun* era un valenciano que siempre que habíamos tenido concurso de tiro había salido campeón, emplazó la máquina y descargó una ráfaga al enemigo. Inmediatamente la ametralladora se silenció, continuamos hacia donde momentos antes había partido el fuego y allí en el suelo, había un joven con vida que aún no tendría veinte años y dirigiéndome una mirada de terror me dijo: *Wasser, Wasser*. No entendía lo que me decía, más tarde supe que lo que me estaba pidiendo era agua. Nunca podré olvidar esa mirada tan joven, esos ojos. Era una tragedia, quizás también fuera voluntario como yo y había ido allí a matar o morir por una causa que no era la nuestra. Pensé en su madre, en mi madre, que a millares de kilómetros de distancia sufrían por la misma razón: la guerra.

Ahora comprendía por qué los hombres se matan unos a otros, cuando mi abuela trataba de explicarme lo que ella misma no comprendía, que lejos estaba yo de pensar que un día tomaría parte en estas matanzas. Yo que soñaba con una sociedad de fraternidad, donde reinara la paz entre todos, me he visto obligado a disparar un fusil contra mis semejantes. A mí, que odio la guerra, me han enseñado a matar en tres países diferentes y en tres idiomas distintos. Doce años de mi juventud aprendiendo el manejo de unas armas que debía usar muchas veces contra mis semejantes. Es paradójico que todo empezara porque yo quería ser pacifista. Primero tuve que defenderme de los que querían subyugarme, después las circunstancias me han empujado a aceptar unos principios que no eran los míos. En el campo de concentración tuve que elegir entre la lenta aniquilación por hambre y frío o la posible libertad y aún lleno de dudas, acepté esa libertad que no era tal, sino verte envuelto en otra guerra que no me importaba pero que no podía rehusar tomar parte en ella sin poner mi piel en peligro.

Por aquel joven desgraciado, no era mucho lo que podíamos hacer, le quitamos la ametralladora y seguimos avanzando, pero evitando el túnel por si estuviera minado. A un par de km después del túnel el enemigo se había reorganizado y empezaba a poner resistencia. Allí cogimos un prisionero y sufrimos algunas bajas, entre ellas un francés de mi grupo. Por fin tomamos el montículo donde estaban resistiendo los alemanes. Al día siguiente apareció una escuadrilla de aviones alemanes por encima de nosotros, nuestro grupo estaba diseminado en un llano donde había varios arbustos; estaba cerca del *Bren-gun*, a unos quince metros había un pequeño hoyo y decidí meterme allí. Según parece, el ataque iba dirigido al grueso de la fuerza que estaba a lo largo del ferrocarril donde tuvimos varias bajas, entre ellas un español. Donde estaba mi grupo cayó una bomba, exactamente donde yo estaba antes de mudarme al pequeño hoyo. El tirador del

Bren-gun, se quedó enterrado en barro cerca del cráter que hizo la bomba. Todos tuvimos suerte, porque el terreno era pantanoso y muy blando, si en vez de barro hubiese sido roca lo que cayó sobre nosotros nos habrían herido y lo más seguro es que el tirador estuviese muerto.

Aquella tarde avanzamos hacia el túnel, donde nos preparábamos para pasar la noche. Estaba en la boca del túnel para cocer el contenido de una lata de carne de vaca —la única manera de comerla era calentándola— que nosotros llamábamos *carne de mono*. Desde que llegamos a Noruega, esto era lo único que comíamos y estábamos hasta los pelos de ella. De pronto oímos un terrible ruido que venía del interior del túnel, me salí de él tirándome al suelo cerca del raíl. Era un vagón que los alemanes habían empujado sobre la vía y como marchaba cuesta abajo, venía a una enorme velocidad. Por fortuna nadie fue alcanzado, todavía estábamos comentando el hecho, cuando el vagón, que había descarrilado unos cincuenta metros más abajo, voló por los aires hecho añicos. Los alemanes habían cargado el vagón con dinamita y habían fijado un mecanismo para que explotara en el túnel, pero explotó dos o tres minutos más tarde.

Al día siguiente avanzamos hasta donde podíamos ver la frontera de Suecia. Entre la frontera y nosotros, estaban los alemanes. En esta posición permanecimos hasta que abandonamos Noruega por completo. Durante nuestra estancia en ese puesto, salíamos de patrulla casi todos los días. El cabo que hacía la patrulla parecía que se había enamorado de mí, siempre mi nombre era el primero de la lista y aunque protestara, no había manera de que me dejara fuera de la patrulla. Nuestra misión era muy peligrosa y consistía en ir a inspeccionar el terreno entre las dos líneas de fuego y observar al enemigo entre arbustos y matorrales, sin saber lo que podía haber detrás de cada tronco. Muchas veces estábamos tan cerca del enemigo, que podíamos verles unos sentados, otros fumando, otros inmóviles como si estuvieran pensando en sus familiares.

Un día me vi en el lado opuesto: en lugar de patrullar y ver a los alemanes en sus posiciones, los alemanes venían acercándose a nuestras líneas. Yo no estaba de guardia esta vez; por primera vez desde que llegamos a Noruega, estaba comiendo pan y carne de cerdo (la carne de cerdo era alemana). Después de dos meses comiendo carne de mono y galletas rancias, el pan y la carne de cerdo en manteca eran manjares exquisitos. A unos cien metros vi el uniforme verdoso de un alemán cruzar un claro, de pronto otro y otro. Avisé al tirador del *Bren-gun* que estaba dormido, pero él no veía a nadie, me eché el fusil a la cara y apunté al claro, cuando el cuarto alemán intentó pasar, disparé mi fusil e inmediatamente comenzó un estrepitoso combate. El valle parecía haber sufrido una tempestad seguida de un trueno continuo. Las granadas de mano caían sobre nosotros como una granizada, el *Bren-gun* se había atascado, debido a que el día anterior habíamos sufrido un ataque aéreo, quedó enterrado en barro y no estaba limpio, como debía de estar. Yo oí que detrás de mí alguien daba un que-

jido: “¡Madre mía!” Era Caprini, una bala le había atravesado el corazón. Pobre Caprini, tanto como habíamos reído con él. Sin el *Bren-gun* nuestra situación era precaria, pero pronto llegó refuerzo y después de unos quince minutos, el silencio se impuso otra vez en aquel valle rodeado de montañas.

Mientras tanto, la guerra en Francia no iba muy bien para los aliados: los alemanes habían tomado Holanda, Bélgica, Luxemburgo y avanzaban por el norte de Francia hacia París. Las fuerzas británicas que estaban en el norte se retiraban a Dunquerque, donde quedaron copadas. Era inútil defender esta posición en el norte de Noruega, cuando París estaba amenazado y por esta razón, los aliados decidieron abandonar Narvik y llevarnos a Francia para tratar de contener el avance alemán.

El último día que pasamos en esta posición, el sargento de mi grupo me ordenó prender fuego a unas hogueras que estaban preparadas al efecto, la idea era que los alemanes al ver el humo creyeran que nosotros estábamos allí y nos diera tiempo para retirarnos al barco que nos esperaba en el fiordo. Mientras estaba prendiendo las hogueras, se me pasó por la cabeza esconderme allí y dejar que la Legión se marchara, pero yo pensé que entregarme a los alemanes era quizás peor que entregarme a Franco y pronto desistí de mi propósito.

Embarcamos a la caída de la tarde y tan pronto como entramos en alta mar, nos mandaron formar en cubierta para tomar parte en el funeral del español que unos días antes fue mortalmente herido, cuando sufrimos el bombardeo aéreo. Después de la ceremonia, fue arrojado al agua donde los peces pondrían fin a su cuerpo. Pensé:

“¡Qué fin tan trágico para un joven idealista, morir en estas inhóspitas tierras!

Terminada la ceremonia, rompimos filas y decidí tomarme un baño. La última vez que me había dado un baño era hacía dos meses, cuando estábamos en el “Bermuda”. Durante nuestra estancia en Noruega no solo no nos habíamos bañado, sino que tampoco nos habíamos cambiado de ropa, permaneciendo mojado todo el tiempo. Cuando me metí en el baño y me cubrí con agua caliente, sentí una extraña sensación en mi cuerpo y cuando me salí, apenas me sostenían las piernas, no podía ponerme de pie. Entre varios compañeros me sacaron de la bañera, me secaron y me pusieron en la cama y tan pronto como caí en la cama me quedé dormido. No sé cuánto tiempo estuve durmiendo, creo que tres o cuatro días. Cuando desperté, el barco se aproximaba a Francia.

Nuestra recepción en Brest fue radicalmente distinta a la despedida que nos hicieron dos meses antes. No había banda de música, ni flores ni aplausos, nadie nos esperaba en el puerto. Cuando desembarcamos, nos llevaron a un lugar no muy lejos que parecía estar desocupado, aunque un bar sí había. Allí nos hicieron

esperar, a mi grupo por lo menos, más de media hora. Sabía que algo ocurría, porque veía a los oficiales que iban y venían con aspecto de preocupación. Y lo que ocurría, pronto lo supe, es que uno de esos viejos legionarios que solo vivían para el vino, empezó a gritar: “¡Heil Hitler!”. Un oficial sacó la pistola y le dio dos tiros en la cabeza. Parece ser que unos cuantos alemanes se habían sublevado contra la Legión, después de todo, no se le podía criticar a aquellos hombres si en una situación como aquella se sentían patrióticos, cuando su *father land* iba ocupando triunfalmente todos los países de Europa.

Por un momento la situación fue caótica, nadie sabía qué hacer ni nadie osaba decir una palabra, después que el oficial matara al viejo legionario. Por fin nos condujeron a la estación de ferrocarril y partimos en dirección a París. En un lugar al norte de París nos apearon del tren y nos llevaron a un sitio cercano. Los habitantes del pueblo habían hecho una barricada en la carretera con un carro y algunas maderas, no pude menos que reírme, porque aquellas maderas no eran ningún obstáculo para el moderno ejército de Hitler. Pasamos la noche en aquel pueblo y al día siguiente por la tarde, nos pusieron de nuevo en el tren rumbo a Brest. En cada estación que pasábamos, el maquinista se paraba a preguntar, y la respuesta era siempre la misma: “No están muy lejos de aquí”.

A nuestra llegada a la estación de Brest, vimos que estaba en llamas: todos los edificios de la estación ardían como si fuese un infierno. El humo nos impedía ver, pero el tren continuó a una velocidad de unos 120 km por hora. En unos segundos el fuego quedó detrás de nosotros. El tren hizo alto en el puerto. Si alguien mereció una medalla por heroísmo en aquella guerra fue el valeroso maquinista, conductor del tren que arriesgó su vida para salvar las nuestras.

Empezaba a anochecer cuando llegamos al puerto, un barco estaba atracado en el muelle e inmediatamente empezamos a embarcar. Mi amigo el tirador del *Bren-gun* y yo, estábamos indecisos, no sabíamos si irnos en el barco o quedarnos en Brest. En Francia había muchos refugiados españoles y era fácil mezclarse con ellos y pasar inadvertidos. Por fin saltamos a tierra dispuestos a quedarnos, pero cuando empezamos a alejarnos del barco, nos hicieron una descarga de ametralladora desde una ventana próxima. Esto nos hizo cambiar de idea y volvimos pies atrás, pero cuando llegamos al barco, ya estaba maniobrando para alejarse del muelle. Con la ayuda de los que ya estaban en cubierta, saltamos a bordo con el tiempo justo. Pasaron unos aviones por encima del puerto, pero no arrojaron bomba alguna y el barco se deslizó silenciosamente sobre las aguas, aprovechando la oscuridad de la noche, y pronto estábamos en alta mar.

A esas horas los alemanes habían entrado en Brest y las tropas británicas estaban copadas en Dunquerque, mientras el grueso de la fuerza se acercaba a París. Desde la salida del puerto, cada uno de nosotros buscó un rincón donde dormir.

Estaba dormido cuando me despertó un tremendo golpe: un barco había chocado con el nuestro, pero la colisión fue de poca importancia.

En estas páginas yo he criticado a la Legión por el trato cruel que recibimos en África, pero ahora debo elogiar la manera en que se esforzaron para evitar que cayésemos en manos de los alemanes. No cabe duda que hicieron lo imposible para salvarnos y estoy muy agradecido porque gracias a ellos no tuve que estar en campos de concentración bajo el yugo de los nazis.

Bajamos del barco en el puerto de Plymouth, en Inglaterra, al son de una banda de música que nos esperaba en el puerto, como si fuésemos héroes. También nos agasajaron con refrescos y bocadillos. De allí nos llevaron a Stoke y de Stoke a Trent Park. En Trent Park estaba lo que quedaba de las fuerzas de Francia Libre a las órdenes del general De Gaulle.

Capítulo XI

INGLATERRA

Los españoles que quedábamos en la Legión, entendíamos que nuestro contrato de cinco años había concluido, ya que el gobierno francés se había unido a Hitler. En una parada, a la que vino el General De Gaulle a pasar revista, los españoles pusieron el fusil en el suelo y dijeron que ellos habían dejado de ser legionarios. Yo no estaba, pero inmediatamente fueron detenidos y puestos en un campo rodeado de alambradas con gendarmes a bayoneta calada alrededor. Tan pronto como me enteré, fui a la tienda de campaña donde estaba el oficial de guardia y le entregué mi fusil, manifestándole mi voluntad de ingresar en prisión con el resto de los españoles. Él le dijo al sargento que estaba a su lado: "Amenez lui".

Nosotros sabíamos bastante bien que el caso era grave. Rebelión contra el mando en tiempo de guerra era un delito que se castigaba con la pena de muerte. Pero nuestro mando, según nuestra opinión, no representaba ningún gobierno, aunque había una duda: De Gaulle se había aliado con el gobierno británico, Inglaterra estaba en guerra y necesitaba a De Gaulle. Nosotros estábamos dispuestos a jugarnos la última carta: si ganábamos, salíamos de la Legión; si perdíamos, también salíamos, aunque para el cementerio. Como dijo la famosa Dolores Ibarruri, *la Pasionaria*: "Vale más morir de pie que vivir de rodillas".

Al día siguiente nos pusieron en un tren y nos llevaron hacia el norte, hacia un campo de concentración preparado para prisioneros italianos, cuyo nombre no sé. Llegamos de noche y el hecho de ver altas alambradas y soldados con bayonetas caladas nos dio muy mala impresión, pero nuestro miedo desapareció cuando los soldados, que eran ingleses, fraternizaron con nosotros y éramos libres para ir donde queríamos dentro del campo. Dos días más tarde aparecieron de nuevo los gendarmes y nos pusieron en el tren. No sabíamos dónde nos llevaban y hubo veces, cuando el tren iba despacio, que algunos soldados se tiraron del tren y desaparecieron. Después de cuatro o cinco horas de viaje, llegamos a una gran ciudad que resultó ser Bristol. El tren hizo alto en la estación de mercancías, donde nos ordenaron bajar. Desde allí nosotros podíamos ver los andenes de la estación

de pasajeros. Nos hicieron formar en línea de a tres y cuando el oficial ordenó: “¡Adelante, mar!”, los primeros diez o quince en cabeza comenzaron a marchar y esa fue la última vez que los vimos. El resto del grupo, unos cincuenta o sesenta, nos sentamos en el suelo y nos negamos a marchar. Los gendarmes nos pinchaban con la bayoneta y nos empujaban para que nos levantásemos, pero todo fue inútil: nosotros estábamos resueltos a todo. Cuando vieron que con amenazas no podían convencernos, el oficial nos dio un discurso prometiendo llevarnos a Casablanca y que nada nos iba a ocurrir. Pero todo fue en vano. Nosotros le dijimos que no queríamos saber nada de Casablanca ni de la Legión.

A esta hora ya habíamos llamado la atención del público, en la estación de pasajeros, y una pareja de *red cap* (guardia militar) que estaba en el andén, vinieron a ver lo que ocurría. Entre nosotros había muy pocos que hablaran inglés, era difícil explicarles nuestro problema, pero nos dijeron que esperaríamos; se marcharon y poco después llegaron con un capitán que hablaba francés. Cuando le contamos lo que nos pasaba, nos dijo que no nos moviésemos de allí hasta que él regresara de nuevo. El capitán se marchó y estuvo ausente más de una hora. Se hizo de noche y la sirena sonó dando la voz de alarma de un bombardeo. La policía nos obligó a ir a un refugio y allí permanecemos hasta que sonó la señal de fuera de peligro. Para entonces, algunos de los españoles habían desaparecido. Cuando volvió el capitán, trajo un par de autobuses y nos dijo que pasaríamos la noche en un cuartel británico. Nosotros aún no estábamos convencidos que aquello no era una estratagema para llevarnos al puerto y aunque aceptamos subir en los autobuses, acordamos —en caso que el autobús se acercara al puerto— subyugar al conductor y escapar. Pero no fue necesario, nos llevaron a un cuartel de escoceses, donde pasamos unos cuantos días. Los gendarmes aún hacían guardia en la puerta del cuartel, pero nosotros protestamos y los retiraron por completo.

Unos días más tarde vino otro oficial que hablaba español y nos dijo que teníamos cuatro caminos a seguir:

Primero: Volver a España

Segundo: Ir a un país que quisiera aceptarnos.

Tercero: Ir a un campo de concentración hasta el final de la guerra.

Cuarto: Ingresar en el ejército británico.

Los que aceptamos ingresar en el ejército británico, la mayoría, fuimos trasladados a Westward Ho, donde se formó la Compañía Núm. I de Españoles Zapadores (Num I. Spanish Company of Pioneer Corp.).

Allí aprendimos la instrucción y después pasamos a Plymouth, donde trabajábamos estibando comestibles en un almacén. De allí fuimos cerca de Bodmin a cargar munición en camiones. En Devon, estuvimos en diferentes lugares haciendo trabajos diversos. De Devon pasamos a Wiltshire en Chippenham donde trabajamos en un aserradero cortando madera y luego en Charfield, Gloucester, Padstow, Cornwall. Son tan numerosos los lugares donde estuvimos que la mayoría de ellos los he olvidado.

Creo haber dicho que en Francia había muchos refugiados españoles. Parece ser que los alemanes no los habían molestado para nada y vivían una vida normal, trabajando entre los franceses. El gobierno británico pensó que podría usarnos como sabotadores mezclándonos con esos españoles.

A este efecto fuimos elegidos un grupo de 25 ó 30 de la Compañía Num. I para recibir la instrucción necesaria, yo fui elegido entre ellos. No creo que ponga en peligro la seguridad del país si revelo aquí mi trabajo durante dos años, porque de esto hace ya mucho tiempo. Una vez seleccionados, fuimos separados de la Compañía y trasladados a una casa señorial, que en este momento no puedo decir donde estaba situada, porque nos condujeron allí en secreto y no nos dejaron salir durante nuestra estancia. Después estuvimos en muchas de estas casas, entre ellas puedo recordar Fawley Court, Thame Park, Arisaig House, Beaulieu House y otras muchas cuyos nombres ya he olvidado, aunque sé perfectamente donde están situadas.

Ni que decir tiene que nuestra rutina era mucho mejor que la de un simple soldado de cuartel: estábamos alojados en cuartos de dos o tres camas, teníamos calefacción, agua caliente, cuarto de baño, grandes parques donde hacer deporte y *gymnasium* para cuando el tiempo impedía salir al exterior. La comida también era mejor que en una compañía, porque no es lo mismo cocinar para 30 personas que para 150. Las condiciones en que vivíamos eran, en general, superiores a la de los soldados de una compañía. Nuestro trabajo también era más interesante que el monótono trabajo de ellos. Además el programa de enseñanza era extensivo y variado.

Las casas donde nos alojábamos eran llamadas escuelas y el tema a aprender dependía del lugar donde nos alojaran, por ejemplo, en Beaulieu House aprendíamos a descifrar mensajes en código, cómo encontrar un contacto haciendo contraseñas, cómo sobrevivir en el campo, usando trampas para atrapar cacería; combate sin armas y defensa contra alguien armado con cuchillo o pistola, y, por último, el uso de explosivos. En Fawley Court aprendimos topografía, uso de mapa y brújula, morse, radiocomunicación y uso de armas de fuego, desde la pistola hasta el *Bren-gun* (fusil ametrallador).

En Thame Park teníamos que dar una vuelta por el parque y recordar todo lo que habíamos visto—eran ejercicios para fortalecer la memoria— también aprendimos el uso de mapas y brújulas, pero de diferente modo: escondían un objeto en el parque y nos daban puntos de referencia con grados y distancias y en cada punto de referencia había una nota dando nuevas instrucciones, y así hasta que encontrábamos el objeto, llamado “el tesoro”.

En Saddington, cerca de Leicester (el nombre de la casa lo he olvidado) teníamos que entrar en el pueblo próximo, llamado Kibworth y evitar ser detenido por la policía, ya que ésta tenía noticias de que un agente de espionaje iba a entrar en el pueblo. Para estos ejercicios teníamos que disfrazarnos y algunas veces vestimos con traje de mujer para la operación. En esta escuela nos daban la ración en crudo (carne, patatas, verduras, etc.) y teníamos que cocinarla en un pequeño bosque sin que nadie viese salir humo. Después de consumir la comida, había que hacer desaparecer todo indicio, sin dejar rastro alguno en el bosque. También nos enseñaban a hacer croquis de ciertos lugares.

En Arisaig House hacíamos ampliación de mapas; cómo volar con dinamita un puente o un tren, usando el mínimo de explosivos, cómo colocar una trampa personal, despistar las huellas dejadas en la nieve, etc. Como he dicho antes, el programa era muy extensivo y muchas veces se repetían en las diferentes escuelas.

Tratando de no aburrir al lector, voy a dar cuenta brevemente, de aquellos hechos que aún recuerdo.

Empiezo por la escuela cercana a Wokingham, cuyo nombre he olvidado. En esta escuela, nos daban un mapa y una brújula y nos metían en un camión completamente cerrado y cuando se acercaba la noche, el camión recorría diez o doce kilómetros y nos dejaba en un lugar; desde allí teníamos que encontrar la escuela sin usar carreteras ni caminos públicos. Esta operación es fácil cuando es de día, pero en la oscuridad no es tan simple porque en el mapa no está marcado si hay zarzales, por ejemplo. Yo recuerdo una noche, que nos metimos en uno de estos zarzales, donde había ramas que habían cortado de los árboles y entre las zarzas y las ramas el lugar era intransitable. Lo peor es que una vez metidos allí no había forma de salir.

Otro ejercicio que teníamos que hacer era entrar en una casa por la ventana durante la noche, ir a una mesa donde estaban piezas de varias clases de armas, Bren-gun, pistola, revólver, etc. y sin encender la luz, teníamos que poner las piezas en sus respectivas armas. También practicábamos aquí el camuflaje.

En todas las escuelas hacíamos gimnasia cada mañana y, a fin de conservar la línea, corríamos cuatro o cinco km antes del desayuno.

En Hertford, el nombre de la escuela nunca lo supe, porque era uno de esos lugares secretos, aprendíamos a trepar por los postes telefónicos con una especie de garras en los pies y escuchábamos la conversación de los que usaban el teléfono, es decir, pinchábamos el teléfono para oír conversaciones secretas. También poníamos trampas personales. Yo puse una en la puerta de la oficina del comandante y cuando me llamó a su despacho, creí que me iba a castigar pero en cambio me felicitó. En otra de estas escuelas secretas, que tampoco sé cómo se llamaba, practicábamos tiro al blanco. Por una de esas razones difíciles de explicar, aquel día hice cinco dianas de cinco balas de revólver; esto es más difícil que ganar la quiniela, para mí por lo menos, pero aquel día lo imposible ocurrió. Por la noche, el comandante de la escuela me llamó a su oficina, me felicitó y me ofreció un vaso de Jerez y me dijo que, si alguna vez teníamos un duelo, no elegiría el revólver para batirnos.

En Fawley Court, en un subterráneo, habían instalado figuras imitando personas. Estas figuras se movían por medio de cuerdas, manipuladas desde cierto lugar. En el subterráneo había muchos callejones y estaban a media luz, nunca sabía uno por donde iban a aparecer estas figuras. Nos daban un arma, a veces un revólver, otras veces una pistola o un *Bren-gun* y teníamos que disparar a estas figuras en una fracción de un segundo porque se movían muy rápido. En esta escuela también hacíamos otra práctica: el grupo se dividía en dos bandos, uno se quedaba al lado izquierdo del río Támesis y el otro cruzaba el río en botes y cada bando ocupaba un cerro, desde nos enviábamos mensajes usando una lámpara eléctrica. El morse lo utilizábamos durante el día, en una habitación: en una larga mesa instalaban gran cantidad de llaves conectadas a un vibrador y un par de auriculares. A estas escuelas venían de vez en cuando oficiales del cuerpo de inteligencia a darnos una charla acerca de nuestro oficio, nos aconsejaban porque era de imperativa importancia, que cuando fuésemos a trabajar al extranjero nos alojáramos en casas con dos puertas, por lo menos, a fin de poder escapar en caso de emergencia. Entre estos oficiales, había un señor que nosotros llamábamos el Profesor, que sabía bastantes cosas sobre espionaje. Una vez nos contó cómo se las arregló para escapar de Rusia, donde sospechaban de sus actividades. Otro día nos explicó cómo recoger información de las pilas que estaban emplazadas en la sierra de Algeciras, presentándose como vendedor de huevos y cómo se ganó la confianza de los oficiales hasta el punto que jugaba con ellos a las cartas y él casi siempre salía perdiendo. Era un encanto oír a estos agentes contar sus proezas en el cumplimiento de sus deberes.

Al formarse la Compañía Núm. I de españoles, todos los oficiales hablaban español, excepto el comandante, un tal Mr. Smith, exeditor de News Chronicle, que hablaba francés. Los suboficiales fueron elegidos entre españoles y en el grupo elegido para saboteadores, también teníamos oficiales que hablaban español; estos oficiales iban con nosotros cuando mudábamos de escuela. En cada escuela había un comandante permanente. Además de los oficiales, iban agregados con

nosotros, cuatro o cinco soldados ingleses que hablaban español. La misión de estos soldados era, según creo, recoger información de nosotros y de quienes trataban con nosotros (amigas, amigos). Eran una clase de “chaparones” que nos seguían casi a todas partes, aunque nosotros éramos libres para ir donde nos daba la gana. No era coincidencia que, cuando entrábamos en un bar, enseguida aparecía uno de ellos. Y si estábamos en un sitio como Henley o Thame, donde había chicas en los bares que no pertenecían al pueblo, inmediatamente nos mudaban de escuela.

Estos soldados ingleses hablaban un impecable español, pero estando en Beau-liue llegó un nuevo recluta que decía que venía de la universidad y su español tenía toda la marca de un español de escuela. El pobre nos escuchaba con la boca abierta, sin entender la mitad de lo que hablábamos. En nuestra compañía, la Núm. I de españoles, nosotros creamos una lengua, que era una mezcla de castellano, francés e inglés, con una tendencia andaluza. Nuestro español era una lengua extranjera para quien había estudiado nuestro idioma en la escuela. Por ejemplo: mujer= fama, del francés famme, aterrizar= landar, del inglés to land y el infinitivo del verbo en castellano. Además usábamos una especie de argot, como por ejemplo, Viejo= pureta, besarse= darse el pico, comida= pegote, etc. Era muy común usar el verbo en inglés y la terminación en castellano. Por esta razón, cuando llegó el nuevo recluta procedente de la universidad, no comprendía una palabra de lo que hablábamos y no estuvo con nosotros más de una semana.

Los oficiales hablaban buen español, y se veía que venían de buenas familias: teniente Tudor, teniente Hambro, de familias de banqueros; teniente Martín... Era obvio que el teniente Martín quería sacar de mí alguna información. Primero me enseñó unos mapas de la Costa del Sol y me preguntó qué opinaba yo de ellos; después me dijo que él estuvo en España antes de la Guerra Civil cuando asesinaron a Calvo Sotelo, líder de la oposición. Me dio nombres y fechas y en mi opinión era verdad lo que decía. Por último, me preguntó si yo estaba dispuesto a luchar contra España, pero le contesté que estaba dispuesto a luchar contra Franco, pero no contra España.

Eso era todo lo que quería saber, me dijo, y ya no me molestó más.

Cuando nos ingresaron en estas escuelas nos dijeron que, si alguien nos preguntaba que de qué nacionalidad éramos, le respondiéramos que éramos mejicanos y en todas partes que estuvimos, pasamos como tales. Esto creó un problema a uno de nuestros compatriotas, que se encontró con un auténtico mejicano y le preguntó de qué parte de Méjico era y pronto descubrió que nuestro compatriota no era mejicano. Como no hablábamos inglés, nos dieron un número de teléfono y nos dijeron que si éramos detenidos por la policía, le diéramos este número donde podían averiguar lo que querían. Si queríamos tener correspondencia, teníamos una dirección ficticia. Mi dirección era: Núm. I Wimpole Street, Londres.

Después de dos años en estas escuelas, nos trajeron a Sanddington y empezamos la instrucción como paracaidistas; nos dividieron en dos grupos, el primero dio uno o dos saltos, pero mi grupo nunca fue al aeródromo. Nuestra instrucción consistía en saltar desde una plataforma con un agujero en medio y por allí íbamos lanzándonos, uno tras otro, a un segundo de intervalo. En el suelo había arena para evitar hacernos daño al caer a unos cuatro o cinco metros de altura. También nos lanzábamos cogidos de una cuerda y teníamos que rodar como si cayésemos de un paracaídas. Por esta época, los alemanes comenzaron a detener a españoles refugiados en Francia, porque había gran cantidad de ellos colaborando con los *maquis*, una organización secreta que hacía sabotajes a los alemanes. El gobierno británico, no creyó prudente enviarnos a Francia, porque “sería caer en la boca del lobo” y por esta razón pusieron fin a nuestra instrucción para sabotadores y volvimos a la compañía que estaba entonces en Plymouth. De allí fuimos a Bournemouth, donde nos alojaron en dos hoteles contiguos. Allí me nombraron cabo de guardia permanente. Hacía 24 horas de servicio y tenía otras 24 horas libres.

En Bournemouth estuvimos más de un año, hasta que llegó el día de invadir Normandía. El pueblo donde desembarcamos se llamaba, creo, Arromanche y la primera noche que estuvimos allí, saltó una tempestad con truenos y relámpagos y vimos como casi todos los globos sujetos de un cable que se balanceaban por encima del puerto para impedir bombardeos, fueron destruidos uno tras otro por los rayos. Estuvimos unos cuatro días en el área de Bayeux y después fuimos a Caen, continuamos el avance hasta Lenebourg y allí permanecimos unos días cargando víveres y munición de los trenes a los camiones. De allí pasamos a Ruen, Arrás, hasta Bélgica. Yo vi muchas veces como la artillería destruía aldeas donde no había ninguna resistencia, por el solo placer de destruir. En Bélgica estuvimos unas cuantas semanas en un pueblecito llamado Vert Saint George, cerca de la ciudad universitaria de Louvain. De allí pasamos a un pueblo llamado Chinay, donde trabajábamos cortando pinos. Allí estuvimos varias semanas y después nos mudamos más al sur, a un pueblo cuyo nombre he olvidado, solo sé que está muy cerca de la frontera francesa.

Un día fui a la cantina y vi que, en la puerta, en las ventanas, por todas partes aparecía pintada la palabra PEACE. Aunque yo no sabía el significado de esa palabra, el júbilo de las caras de los que estaban allí me dijeron que la guerra había terminado. Unos días más tarde, nos pusieron en camiones y fuimos al puerto de Ostend y de allí a Sidmouth, vía Folkestone. En Sidmouth estuvimos una semana destruyendo casamatas y otras fortificaciones que ya no eran necesarias. En la escala de desmovilización yo pertenecía al grupo Núm.3, estos grupos estaban organizados de acuerdo con la edad, el tiempo de servicio, etc. Cuando llegó el día de empezar la desmovilización, fuimos enviados a Chard, en Somerset. El día 5 de noviembre cogí un tren para Herford, donde estaba el campo de desmovilización. Recuerdo muy

bien este día porque por todos los pueblos que pasábamos en el tren, había grandes fogatas y fuegos artificiales. Era el día en que el pueblo británico celebraba el intento por Guy Fawkes de volar con dinamita el parlamento inglés.

En Hereford me dieron un traje de civil y la licencia ¡Ya era libre! Por primera vez en diez años, podría disponer a mi libre albedrío. Tendido en la cama en el campo de Hereford, en aquella noche de Guy Fawkes, mi mente se entregó al pensamiento, recorriendo un tortuoso pasado y con la esperanza de un mejor porvenir. No dormí mucho aquella noche, pero no importaba: ¡Ya era libre!

Capítulo XII

LA VIDA TRAS LA II GUERRA MUNDIAL

Cuando estuvimos estacionados en Plymouth, mi amigo Lorenzo Montoursi entró un día en una farmacia a comprar una medicina y al salir vio que cerca de la puerta había literatura esperantista. Él adquirió un librito y desde entonces empezamos a aprender el idioma internacional, creado por el Dr. Zamenhof. Cuando estábamos en Bournemouth, íbamos a la casa de los cuáqueros donde se reunían los esperantistas. Muchas veces éramos invitados a tomar el té con diferentes familias esperantistas, también en otros lugares como en Poole y en Parkstone. Yo me suscribí al "British Esperantist" y fue en este periódico donde un día leí un anuncio de Miss B. Bailey, que deseaba corresponder en Esperanto. Yo no tenía mucho conocimiento de la lengua, soy mal lingüista, pero eché coraje y le escribí y así empezó una correspondencia entre nosotros.

Antes de "D DAY" (día fijado para la invasión de Francia), nos dieron permiso para un fin de semana y yo aproveché la ocasión para visitar a mi nueva amiga Brenda Bailey. Nuestra correspondencia duró todo el tiempo que yo estuve en el continente. De amigos pasamos a ser prometidos y estando en Bélgica, Brenda me invitó a visitar a su familia, que vivía en Carlton, Cleveland. Brenda me esperaba en Thornaby, en casa de Mr. Maclean, que era un amigo de la familia. Yo no sabía a qué hora llegaría, así que era inútil que Brenda fuera a la estación a esperarme.

Llegué a Thornaby bien temprano y no quería perturbar a nadie a aquella hora, así que decidí dar un paseo por el pueblo y pasar el tiempo. Paseando por la calle vi un public bath (*baño público*) y entré a tomar una ducha. Serían pasadas las nueve cuando fui a casa de Mr. Maclean, donde encontré a Brenda. Después de desayunar, cogimos un autobús para Carlton.

Uno pretende siempre dar buena impresión, sobre todo cuando se trata de encontrarse por primera vez con su futura suegra, pero creo que metí la pata hasta "el corvejón" debido a mi ignorancia del inglés. Mrs. Parker, la madre de Brenda, puso para el té un pastel de frutas y yo me comí un trozo, estaba exquisito. Ella

me dijo que cogiera otro trozo y le dije que no, porque era muy pesado. Lo que quería decir es que era muy nutritivo, pero en inglés tiene diferente significado. Afortunadamente, Brenda le explicó a su madre lo que yo quería decir, pero no estoy seguro de que Mrs. Parker quedara convencida. También tuve la ocasión de conocer a Bárbara, la hermana de Brenda, que trabajaba en una oficina en Middlesbrough. Tras una semana agradable y amena en Carlston, volví a mi compañía en Bélgica.

En Dover el barco no salía hasta por la tarde y nos llevaron a un campamento mientras esperábamos. Colgué la máscara antigas y un saco donde había metido una camiseta caqui y un diccionario, cuando nos marchamos, me olvidé la máscara y se quedó en el campamento.

Brenda era maestra, encargada de la escuela de niños de Ratcliffe Culey, cerca de Atherstone; ella tenía un par de cuartos alquilados en casa de los padres de dos de sus alumnas. Como yo no tenía dónde vivir al salir del ejército, concertamos contraer matrimonio tan pronto como fuese licenciado.

El día 6 de noviembre llegué a Ratcliffe y el día 10 por la mañana nos casamos en el Registro Civil de Market Bosworth. Algo poco usual nos ocurrió allí que no he podido olvidar. Después de la ceremonia, el oficial que actuó como juez o registrador, sacó una caja de relojes de pulsera y me preguntó si quería comprar uno. Acababa de salir del ejército y no tenía empleo, así que no me hallaba en situación de comprar relojes.

La luna de miel la pasamos en Londres y el primer día en la capital coincidió con la fecha en la que el pueblo hace su celebración anual en memoria de los caídos en las últimas guerras y tuvimos ocasión de asistir a “Cenataf”, donde la ceremonia tiene lugar cada año.

De vuelta en Ratcliffe, empecé a buscar trabajo: primero en la agricultura, pero no encontré nada y al final me coloqué en una fábrica de harinas, en Sheepy Magna, cerca de Ratcliffe. El sueldo era de 78 chelines a la semana y si tenía suerte, podía trabajar el domingo y algunas horas extraordinarias a la semana, llevando a casa cinco libras esterlinas. En aquel lugar, el problema de la vivienda era bastante agudo, había que esperar mucho tiempo para obtener una casa del Ayuntamiento. Más difícil aún era comprar una casa con mi sueldo; la situación se agravó más aún cuando Brenda dio a luz a nuestro primer hijo, una niña que llamamos Anlucía, abreviatura de Andalucía y que más tarde acertamos aún más y la llamábamos Cía. Por razones que no sabíamos, Cía pasaba media noche llorando y algunas veces parte del día. Mr. Gerathy, en cuya casa nos alojábamos, era un minero y temíamos que el llanto de la niña afectase a su trabajo en la mina. Teníamos que hacer algo para resolver el problema, porque entonces Brenda no trabajaba y vivíamos solo con mi sueldo. Sacamos una póliza de seguros y con

ella, la cooperativa podía prestarnos cierta cantidad de dinero para comprar una casa. Aunque la póliza era un seguro de vida, podía usarse también como hipoteca para comprar una casa. De esta manera compramos nuestra primera casa en Austrey por la suma de 590 libras esterlinas.

Por aquellos días, las minas de carbón fueron nacionalizadas y se estaba ejecutando un programa de reorganización. Era fácil encontrar trabajo en las minas y el sueldo era mucho mejor que el de la fábrica de harinas. Así, me convertí en un minero y este es el oficio que he tenido durante 25 años, hasta mi jubilación. Más tarde vino nuestro segundo hijo, Ian.

Austrey era un pueblo pequeño donde no había muchas oportunidades para la educación de nuestros hijos y decidimos mudarnos a Tamworth. En una barriada llamada Kettbrook, encontramos una casa vacía, pero era una de esas casas que llaman *semidetshed*, esto es, dos casas juntas separadas por un tabique —una estaba vacía y la otra ocupada— pero teníamos que comprar las dos. El precio era de 890 libras las dos. La cooperativa no estaba dispuesta esta vez a prestarnos el dinero que necesitábamos, pero sacamos una hipoteca de la Building Society y compramos las dos casas. Brenda empezó a trabajar en la escuela de Glascote y yo hacía tantas horas extraordinarias como podía, trabajaba casi todos los fines de semana. Con la ayuda de Brenda, empecé un curso por correspondencia de electricidad y cuando obtuve el diploma, solicité un puesto de electricista en la mina.

En aquella época, la mina de Pooley Hall, donde yo trabajaba, estaba cambiando el sistema eléctrico de corriente directa a corriente alterna y había que cambiar toda la instalación de alumbrado eléctrico, motores y maquinarias de los talleres y el subterráneo. Al principio trabajé en la superficie con un aprendiz, instalando el alumbrado y la maquinaria. El trabajo era muy interesante y me sentía contento excepto en un punto, el sueldo me parecía muy bajo. Cuando el trabajo de la superficie llegó a su fin, me enviaron a trabajar en el subterráneo. Aquí el sueldo era mucho mejor y además podía echar horas extraordinarias cada día.

Por entonces, aún se empleaban *ponnies*, caballos pequeños, para arrastrar los vagones de carbón. El trabajo era duro y peligroso, pero la camaradería que había entre mineros era enorme. El peligro en que se vivía constantemente, era la razón para tratarse como una gran familia. Hoy todo esto ha cambiado, entre los mineros hay una especie de guerra civil que los políticos están explotando en su propio beneficio.

De Kettebrook nos mudamos a Albert Road, en el centro de la ciudad. Mis hijos ingresaron en la Grammar School (escuela de alta educación) y de allí a la Universidad. Tenía mis temores, porque era la época de los Beattles, cuando los jóvenes empezaron a revelarse contra la disciplina paterna y a tomar drogas, y

cuando la doctrina de la mayoría de los jóvenes era el vandalismo. Pero no debía haberme preocupado, nuestros hijos pasaron sus estudios con gran honor, por lo cual, nosotros nos sentimos muy satisfechos.

Las vetas de carbón al este de Amington empezaban a agotarse y las minas en esa área, empezaron a cerrarse. Primero Alvicote, donde yo empecé a trabajar, más tarde Amington y, por último, Pooley Hall. Una nueva mina de las más modernas de Midland. Fui trasladado a Daw Mill. Hasta ahora había dependido de los autobuses para ir al trabajo, pero para esta mina solo había un autobús, que era más caro y si lo perdía, me quedaba aislado a quince kilómetros de mi casa. La solución fue comprar un coche, así era independiente y si quería, podía trabajar los fines de semana. Como he dicho antes, Daw Mill era una de las minas más modernas en Midland y el trabajo, mucho más fácil e interesante que en Pooley Hall. También el sueldo era mucho más alto y solo teníamos que instalar cables y conectarlos. Cada electricista cuidaba de un distrito y su misión era asegurarse que todos los aparatos eléctricos estuvieran en orden.

Al cumplir los 65 años, después de 25 años de servicio en la mina, llegó la hora de jubilarme. Fue triste despedirme de mis compañeros de trabajo, pero al mismo tiempo, una alegría verme libre para hacer lo que me viniera en gana. Oigo decir a muchas personas que se aburren cuando se jubilan, porque no tienen nada que hacer, pero yo no me aburro, paso mi tiempo trabajando el huerto o en el río pescando y si hace mal tiempo, leo o escribo en casa. El tiempo pasa muy rápido para mí desde que no voy al trabajo, aunque después de una vida dura, trabajando siempre como un esclavo, es maravilloso sentirse libre y hacer lo que a uno le place.

Cuando me jubilé vivíamos en Grendon Road, en Polesworth. La casa de Albert Road no tenía garaje y por eso nos mudamos aquí. Un consejo para quien esté a punto de jubilarse y quiera cambiar de lugar: Es posible que usted quiera retirarse en la costa y terminar el resto de sus días en la playa o en la montaña, pero tenga cuidado, porque es posible que se arrepienta y ya sea tarde. Cuando Brenda y yo nos jubilamos, vendimos la casa de Grendon Road y compramos otra en Monkmoore Road, en Shrewsbury. Una de las razones fue que aquella zona era muy buena para la pesca, otra que era una ciudad muy bonita, situada a la orilla del río Severn y creíamos que allí íbamos a ser muy felices, pero cometimos un error. Yo por mi parte estaba satisfecho, la pesca no podía ser mejor y me adapté pronto al ambiente, pero Brenda no tenía amigos ni familiares y pronto empezó a sentirse deprimida. Tan pronto como me di cuenta de la situación, pusimos la casa en venta y compramos otra en Tamworth Road, Amington, donde actualmente vivimos. La moraleja es que antes de mudarse a un lugar, hay que estar seguro para que no cause pesadumbres. Durante los más de 48 años que llevo viviendo en este país, han sido muchas las veces que me han preguntado:

-“*Do you like England?*” (¿Le gusta Inglaterra?) Mi respuesta siempre ha sido la misma: “Me gusta la gente, pero no me gusta el clima”. El pueblo británico es amistoso y bondadoso, sin embargo, nunca he tenido un verdadero amigo desde que salí de España, quizás sea porque yo he cambiado completamente.

Cuando llegué, traté de ajustarme a la vida de aquí, comencé a frecuentar los bares y otros lugares donde pudiese entablar una conversación con la gente, pero quizás por la barrera lingüística o porque he sido siempre un poco tímido, fallaba en mi objetivo. Cada día me hallaba más distanciado de la gente, me sentía como “gallina en corral ajeno”, extraño entre los demás e incluso extraño con la familia: en Inglaterra soy the *odd one out* (diferente de los demás).

Naturalmente, en estas circunstancias, añoraba y aún añoro el país donde nací, mis amigos, mis familiares y no menos el clima. Quizás al expresarme así parezca que demuestro ingratitud a este país, pero no es así. Debo mucho al pueblo británico por haberme acogido cuando, viéndome perseguido y sin patria, me ofreció un hogar, trabajo y libertad, con los mismos derechos y deberes que un británico. Por esta razón amo a este país lo mismo que amo al mío propio.

Capítulo XIII

VOLVER A ESPAÑA

Cuando salimos de España en 1939, después de perder la guerra, nosotros creíamos que la dictadura de Franco no duraría mucho. España ha tenido dictaduras antes, la de Primo de Rivera duró ocho años, y nosotros creíamos que la de Franco no podía durar más de diez años. La economía del país estaba en ruinas y ningún gobierno podría durar mucho tiempo, pero estábamos equivocados. Quizás si nosotros hubiésemos ganado esa guerra en el campo de batalla, nuestro gobierno ni siquiera hubiera durado un par de años, porque nadie habría venido en nuestra ayuda, pero Franco recibió ayuda económica de Estados Unidos a cambio de bases militares en España. Así, nuestra esperanza de volver a nuestro país un día no muy lejano fue disipándose poco a poco a medida que los años iban pasando.

Nuestra última esperanza era que, al terminar la Guerra Mundial, los aliados atacaran el último reducto fascista de Europa, pero una vez más, se desvanecieron nuestras esperanzas cuando Mr. Churchill declaró: "Nosotros no debemos hacer nada que pueda ofender a nuestro amigo Franco". Así, la dictadura duró hasta que murió Franco. Muchos españoles volvieron a España al final de la II Guerra Mundial; algunos con fatales consecuencias, otros como yo, esperaron y esperaron.

Fue en el año 1968 cuando por fin me decidí a visitar a mi familia; aunque Franco todavía regía con mano dura en el país, se empezaba a relajar un poco debido a la influencia del turismo. Cuando aterrizamos en el aeropuerto internacional de Málaga, yo me sentía aprensivo e inseguro, solo mi pasaporte británico me daba ánimo para afrontar la situación. Nosotros íbamos entre un grupo de turistas británicos y como tales pasamos la aduana sin ninguna dificultad.

Durante la Guerra Civil, mi familia abandonó Alcalá y se fueron a vivir a Argir, al menos la mayoría de ellos. Hay muchos desperdigados por todas partes: Cádiz, Jerez, Cataluña e incluso en Alemania y Sudamérica, pero mis dos herma-

nos y mis tres hermanas aún vivían en aquella época y habitaban en una barriada de Algeciras, donde estaban construyendo sus casas.

El encuentro con mis hermanas después de 32 años sin vernos, fue emotivo y lleno de lágrimas, una mezcla de alegría y tristeza: alegría al vernos después de tanto tiempo y tristeza al recordar de nuevo nuestra tragedia, la muerte de mis padres, mis hermanos y demás familia. Después de reponerme de la emoción, noté que no podía expresarme en mi propia lengua. Tanto tiempo en el extranjero, me impedía hablar con fluidez el castellano con mi familia y amigos. Otro de mis problemas fue reconocer el gran número de sobrinos, muchos de ellos con hijos, que habían nacido y crecido durante mi ausencia. Una nueva generación que yo nunca había visto antes. Recordar sus nombres y de quién eran hijos fue un problema que aún hoy, tras 17 años, no he podido resolver.

Después de la muerte de Franco hemos ido a España casi todos los años y ya puedo hablar castellano de nuevo.

En mi primera visita a Alcalá, nos sentamos a tomar café en el bar La Playa y en menos de media hora, se habían congregado alrededor de mí gran número de amigos. No podía recordar el nombre de todos ¡Cómo borra el tiempo la memoria! De nueve que éramos de familia, solo quedamos tres: mis hermanas Josefa, María y yo. La nueva generación nada sabe del sufrimiento que causó la Guerra Civil. Hoy España es un país democrático, donde todos tratan de olvidar el pasado y crear un futuro donde nunca más tenga lugar una guerra fratricida.

A veces oigo decir que la juventud se dedica al vandalismo porque no tiene nada que hacer, porque no hay sitios donde divertirse, ¡Tonterías! Ellos son vándalos, gamberros o drogadictos, porque vivimos en una sociedad corrupta, donde el materialismo va desplazando poco a poco la moralidad. Cuando era joven, en mi pueblo solo había un cine, ni discotecas ni salón de bailes...ningún sitio donde pasar el tiempo; sin embargo, nosotros no íbamos rompiendo cabinas de teléfono o los cristales de las ventanas de los vecinos; en lugar de eso, formamos un club al que llamábamos Ateneo y con nuestra cuota mensual comprábamos libros a fin de mejorar nuestra educación. Muchas veces, organizábamos discusiones acerca de un tema cualquiera. Otras veces invitábamos a personas de mayor educación que nosotros a que nos diera una charla. Nuestra doctrina era la persuasión y convencer a los demás que solo había una patria—el mundo—, que solo había una familia — la humanidad —, que no hubiese más guerras, que no hubiese más odio entre los hombres...todos para uno y uno para todos.

Bonita idea, aunque utópica. Hoy, 60 años más tarde, aquella sociedad que yo soñaba, no solo es irrealizable sino que la que vivimos va agravándose de tal modo que su destrucción es una posibilidad. La ciencia ha progresado tanto en estos últimos treinta años que es posible enviar a un hombre a la luna, mandar

aparatos de reconocimiento al planeta Marte o lanzar un proyectil alrededor de la Tierra y destruir la civilización en cinco minutos. Todos estos progresos se han hecho con fines bélicos, con la idea de dominar, de destruir.

La maldad que aqueja a nuestra sociedad es la acumulación de capitales, el anhelo que todos tenemos de llegar a ser ricos y para tal fin no importa qué medio usar con tal de lograr el objetivo. Unos usan medios legales como la bolsa y la usura que supone el encarecimiento de mercancías; otros utilizan medios menos legales, como el chantaje o el soborno y otros, menos escrupulosos, la trata fraudulenta o la fuerza bruta como, por ejemplo, los salteadores de banco y *house breakers* (ladrones de casas) y en la última y más baja categoría están *the muggers*, los que roban cobardemente a los indefensos discapacitados o pensionistas unos cuantos peniques porque no tienen suficiente valor para asaltar bancos. Hay un adagio castellano que dice: "Tanto tienes tanto vales", estas cuatro palabras explican claramente el malestar de la sociedad.

Después de pasar por el largo camino de mi azarosa vida, miro hacia el pasado y me comparo con la tripulación de un barco que, al cruzar los mares, ha sido atacado por grandes tempestades y ha estado a punto de zozobrar varias veces, hasta que al fin llega a puerto. Yo he llegado a mi puerto y por fin vivo en paz: tengo un hogar, una excelente esposa, dos hermosos hijos y dos adorables nietas, estoy jubilado y no tengo problemas económicos ¿Qué más puedo desear? Solo una cosa, no para mí, sino para mis descendientes, para quienes he escrito esta modesta historia:

Deseo vehementemente que la negra nube que se sostiene sobre nosotros (¿o debo decir *the smoke mushroom*, el hongo de humo?) se disipe cuanto antes y deje de amenazar las vidas de futuras generaciones.

Mi deseo es también que los dirigentes de los gobiernos del este y del oeste se den cuenta de que en una guerra atómica no habrá vencedores ni vencidos, solo será el fin de la civilización.

Mi último deseo es que esta autobiografía pueda ser leída por varias generaciones de mis descendientes y que no sea incinerada en el infierno atómico que amenaza a nuestro mundo.

Autobiografía de Manuel Delgado Carrasco

Capítulo XIV

MI ASCENDENCIA, REFLEXIÓN FINAL

¿Quiénes fueron mis antepasados? Esta es una pregunta imposible de contestar con certeza. El gran número de razas que ha pasado por el suelo ibérico, el continuo estado de agitaciones y guerras civiles por las que ha atravesado España han determinado mi genealogía. Empezando por mí mismo que me vi forzado a salir de mi tierra durante la última Guerra Civil en 1939 y establecerme en Inglaterra, mis hijos son ya una mezcla de culturas.

Mi bisabuela, Isabel Jiménez Calarreta era natural de Corella en Navarra. Durante la Guerra Carlista de 1830-40, mi bisabuelo Gabriel Sánchez Guzmán, natural de Jimera en Málaga y otro amigo suyo de Alcalá llamado Ragel, fueron llevados al norte a combatir a los carlistas. Durante su estancia en Navarra, ambos se hicieron amigos o novios de dos chicas de Corella, Isabel y su hermana. Terminada la guerra, mi bisabuelo y su amigo volvieron a su vida cotidiana en el campo, y no sabemos por qué razón, Isabel y su hermana decidieron abandonar Corella y presentarse en Alcalá, donde se celebró una doble boda. Debió de ser un viaje complicado desde el norte de España sin apenas carreteras ni medios de comunicación y quizás sin medios económicos. No cabe duda que eran jóvenes con arrojo y me siento orgulloso de pertenecer a esta familia vasca.

Cuando se empieza a escarbar en los archivos en busca de información acerca de nuestros antepasados, siempre hay algo difícil de entender quizás porque la información no está completa. Esto me ocurre con mi tatarabuelo paterno, Diego Hinojosa, que nació en Mansilla, Burgos ¿Cuál sería la razón por la que mi tatarabuelo llegó a Alcalá? Desconozco el por qué de ese desplazamiento desde Castilla la Vieja a Andalucía a no ser que una vez más fuera la guerra o que llegara como colono. En fin, creo que mi tatarabuelo vino a Alcalá en 1816 cuando un ejército expedicionario estuvo acampado en la provincia de Cádiz preparándose para ir a Río de la Plata para aplacar un movimiento subversivo. Mientras esperaban órdenes para embarcar a América, el ejército expedicionario fue atacado por la fiebre amarilla y el mando se vio obligado a aplazar el embarque. Una de estas brigadas estaba acampada en Los Espartaes, cerca de Alcalá, donde permane-

cieron durante dos años. Muchos soldados se echaron novia en Alcalá y algunos volvieron después de haber cumplido el servicio militar ¿Fue uno de ellos Diego Hinojosa?

En Andalucía es costumbre que además del nombre y apellido oficialmente registrado en la iglesia y en los registros civiles, casi todo el mundo tenga un sobrenombre o apodo por el cual es conocido entre los vecinos del pueblo. Este apodo se le aplicaba espontáneamente por sus amigos o familiares cuando era joven y venía a reemplazar su propio nombre. También era costumbre de la Guardia Civil o la Policía cuando detenían a alguien, agregar el apodo como un “alias” y, si caminando por algún sitio se encontraba uno con la Guardia Civil, te preguntaban además del nombre, el apodo, porque había gente más conocida por su sobrenombre.

Cuando mi padre era joven trabajaba de gañán en un cortijo y como era costumbre, amasaba el pan para los gañanes; por razones que desconozco, el pan siempre estaba crudo y solo la extremidad de la telera, llamada cabero, estaba bien cocido. Mi padre siempre trataba de cortar el cabero antes que nadie y de ahí le vino su apodo de Cabero, apodo que le duró toda la vida.

Cuando empecé a tomar parte en la vida sindical y escribir en la prensa obrera me vi envuelto en procesos contra la ley de aquella época y la Guardia Civil, al emprender un proceso contra mí, siempre añadía el apodo de Cabero como un calificativo despreciativo. De esta manera heredé el apodo de mi padre, hasta el punto de que más me conocían por el apodo que por mi nombre. Estoy seguro que con ese apodo debí figurar en la guerra en las listas de represaliados.

Cuando acabó la Guerra Civil, muchos soldados republicanos se internaron en las montañas, formando grupos de guerrillas que vivían sin respetar las leyes. Al fin de la Segunda Guerra Mundial, gran cantidad de españoles refugiados en Francia empezaron a cruzar los Pirineos, unos legalmente usando documentos falsos, otros ilegalmente cruzando la frontera por sitios poco vigilados. Estos refugiados se unían al gran número que ya estaba en la sierra y tomaron el nombre francés de *maquis*, y también el de *rojos*. En la sierra de Alcalá hubo un grupo de estos guerrilleros que actuaban usando los principios de Robin Hood: robaban a los ricos y socorrían a los pobres. La población campesina simpatizaba con los guerrilleros y por este motivo era imposible atraparlos. Entonces el gobierno dio con la idea de perseguir a los campesinos simpatizantes y los maquis no tenían donde apoyarse. De esta manera se vieron obligados a salir de la sierra y buscar alimento en la campiña y un día en el año 1950 fueron acorralados por la Guardia Civil entre Medina y Chiclana, donde la famosa Ley de fugas fue aplicada a muchos de ellos. Durante los diez años que los maquis estuvieron en la sierra de Alcalá, se llevaron gran cantidad de dinero y sembraron el terror en las casas de los ricos. Mucha gente de Alcalá creía que Cabero era uno de los guerrilleros y

cuentan que en una de las incursiones que la Guardia Civil hizo en la sierra de Alcalá, atraparon a un hombre, que al ser preguntado quien era, contestó: “El cabrero”. La Guardia Civil creyó oír *El Cabero* y se abalanzaron contra él hasta que al fin descubrieron su error. El apodo de Cabero en aquel tiempo debió ser como *Billy the Kid* o Che Guevara, porque me hicieron el honor de aparecer en la lista de los más buscados con un precio de varios miles de pesetas sobre mi cabeza. Estoy seguro que hubiese sido un placer para los fascistas alcalaínos si hubiesen podido darme el famoso paseo que dieron a otros muchos desde la Alameda al cementerio.

Como he dicho al principio de esta historia, en Alcalá, como en toda España, los fascistas asesinaron a gran cantidad de inocentes. Los primeros en caer fueron los miembros del Ayuntamiento: el alcalde, Antonio Gallego, el teniente de alcalde,

Domingo Ortega, los Concejales Jovacho, José Franco... además de los dirigentes políticos locales. Los registros en los sindicatos CNT y UGT, así como las listas de campesinos afiliados a las Colectividades Agrarias, fueron usadas en la represalia. También muchos inocentes sin ninguna idea de política, como mi padre, mi cuñado Antonio y mi sobrino José entre otros muchos. No sé cuántos murieron en Alcalá en los primeros días de la Guerra Civil, hay quien afirma que más de cien fueron víctimas del “paseillo” desde la Alameda, por la calle de las Monjas al muro del cementerio y hubiesen sido muchos más si no se hubieran internado en la sierra, como hicimos muchos cuando vimos acercarse el peligro.

Después de más de cuarenta y cinco años y más de un millón de vidas perdidas, debemos preguntarnos si valió la pena tantos sacrificios. Ni vencedores ni vencidos hemos ganado nada excepto una lección que no debemos olvidar: que las vergonzosas ejecuciones de 1936 no deben repetirse jamás. No tengo la menor idea de quién fue el cobarde ejecutor de mi pobre padre. Si aún vive, el cargo de su conciencia, si es que la tiene, es suficiente castigo que le acompañará hasta su tumba. Estos seres despreciables son más dignos de lástima que de odio.

LOA A MI PATRIA CHICA

Lejos de ti, Andalucía, yo te añoro,
yo te lloro, yo te quiero, yo te adoro,
yo pienso en ti, tierra mía.

De tu suelo salí un día, huyendo del enemigo,
y ahí se quedó contigo, mi corazón, mi alegría.

Ese sol de mediodía, ese cielo tan celeste,
esos campos tan agrestes, esas blancas alquerías,
están en la mente mía, grabadas de tal manera,
que, aunque olvidarlos quisiera, es cosa que no podría.

Yo te anhelo, Andalucía, yo te añoro, yo te lloro,
yo te quiero, yo te adoro, yo pienso en ti cada día.

M. Delgado.

Cuadernillo gráfico
Álbum familiar

Al paso de mi vida

Autobiografía de Manuel Delgado Carrasco



Manuel Delgado Carrasco
6 de diciembre de 1939



Manuel en la guerra



Reunión de amigos en Alcalá. 1927



Manuel, Brenda y Cía



Manuel en Inglaterra



Familiares de Manuel en Alcalá



Foto de familia en Inglaterra, 23 septiembre 1961



Boda de su hija Anlucía



Manuel, su hermana Pepa y su sobrina.



Manuel y Pepa Delgado Carrasco



Familia y nietos



El matrimonio con la nieta



Manuel, hijos y nieta en diciembre de 1992



Cena familiar, hijo, cuñado y cuñada.



Foto familiar, hijos y nieta.

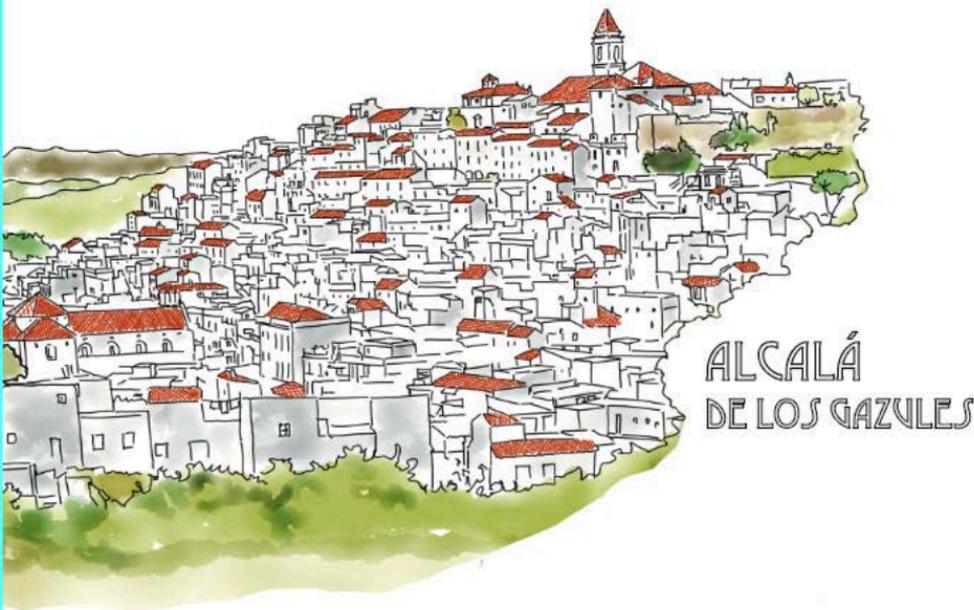


Manuel, Pepa y Luis Romero



Familiares en Alcalá

*Este libro se terminó de imprimir
el catorce de abril de 2022,
coincidiendo con la fecha de la proclamación
de la Segunda República española,
que tantas ilusiones y expectativas suscitó tras la
caída de la dictadura de Primo de Rivera.*



De Alcalá de los Gazules al mundo, esta es la memoria de un hombre humilde que vivió el convulso período histórico de la Segunda República española, de la tremenda Guerra Civil, del exilio francés en los campos de refugiados, que se alistó en la Legión Extranjera y más tarde luchó en la Segunda Guerra Mundial, terminando su etapa como militar perteneciendo a la Inteligencia Británica.

Sin olvidar sus raíces, se casó y vivió en Inglaterra. Allí nacieron sus hijos, mientras él trabajaba en la minería y estudiaba para mejorar su posición hasta hacerse con el mantenimiento eléctrico de las minas Polley Hall y Daw Mill.

Con el inestimable apoyo de su esposa Brenda, sacó de sí cuanto había vivido en un relato trepidante en ocasiones, en otras reflexivo y siempre con el propósito de contarle a su pueblo su insólita experiencia.

Sirva este libro para tener presente el pasado y valorar el futuro.